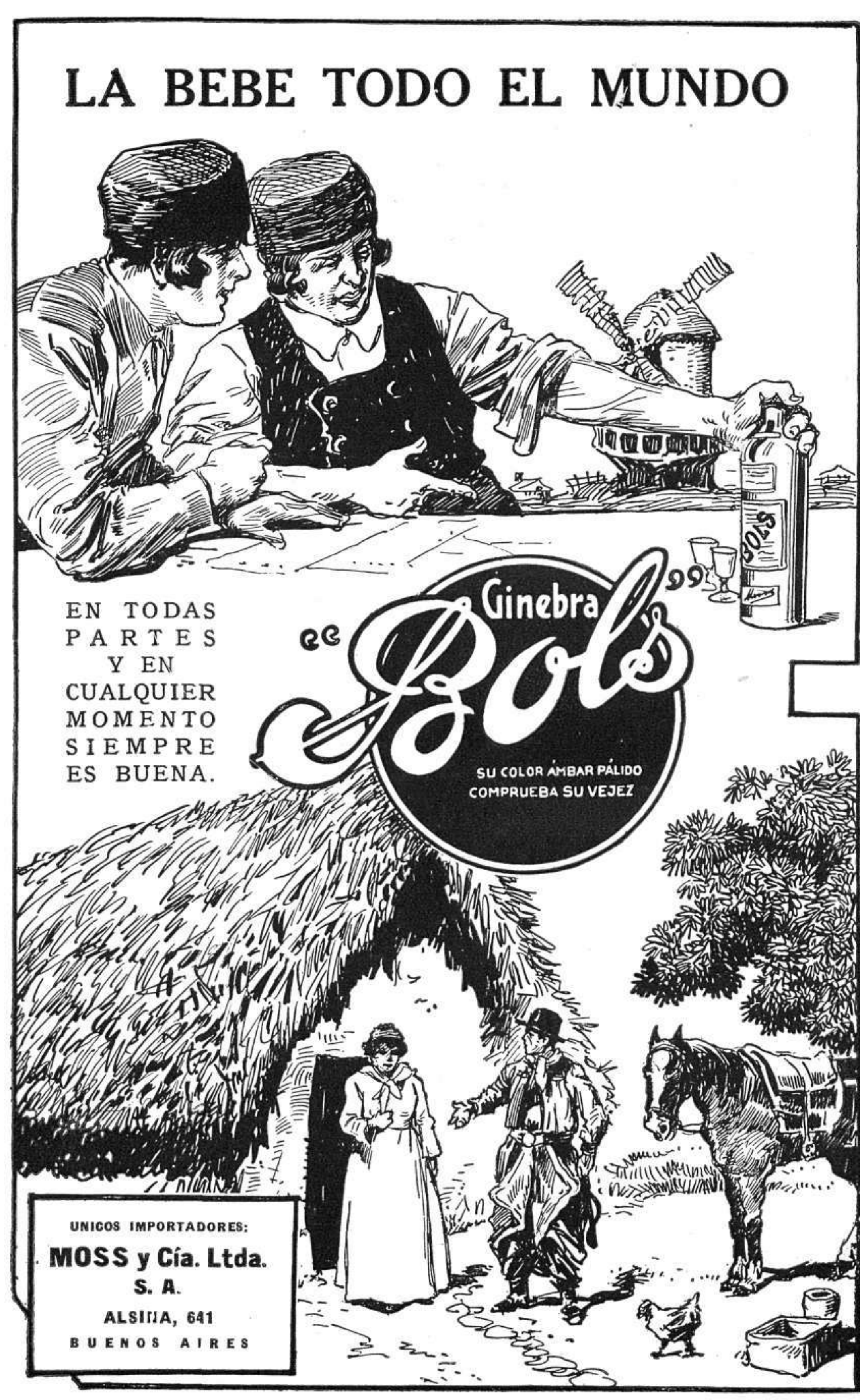
CARAS Y CARETAS



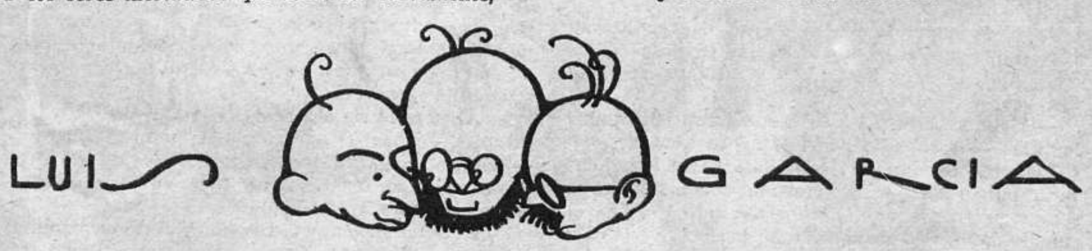
VUELOS SIN "MOTOR"

Alvear, el "as" de los "ases", batiendo el record de permanencia en el "aire".

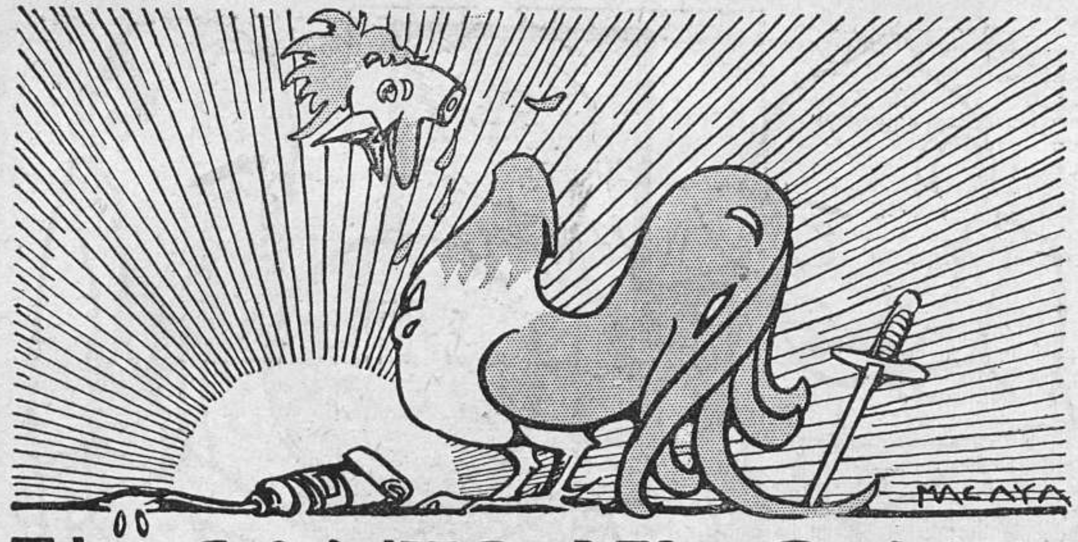

LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES Y EN CUALQUIER MOMENTO SIEMPRE ES BUENA.
"Ginebra Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO COMPRUEBA SU VEJEZ
BOLS
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641
BUENOS AIRES

LA CALVICIE VICTORIOSA

Con su calva deslumbrante que parece un azulejo,
orgulloso, vanidoso,
majestuoso
se ha plantado ante el espejo,
y le dice a su sobrino, que es un calvo prematuro:
—Te aconsejo
que, si tienes pretensiones de triunfar en lo futuro,
no te mojes ni te pringues
con lociones y potingues
y menjurjes endiablados.
Los pelados
son sujetos envidiables,
respetables,
respetados
y famosos a la larga. Y aunque el orbe se desquicie
y se adueñen de este mundo la pereza y la molicie,
ya verás, caro sobrino,
que se impone la calvicie.
El destino
peregrino
te ha dejado sin cabello.
Y tú debes alegrarte. ¡No lo dudes! Pues con ello
serás hombre de valía.
No lo digo por jactancia.
Si tu tía
me ha querido con locura y me quiere todavía
es debido a que ella sabe que la calva da importancia.
Todo calvo es un sujeto
muy prudente,
muy discreto
y muy digno de alabanza y muy digno de respeto.
Y los seres melenudos que le miran torvamente,
a la postre se descubre que la envidian en secreto.
Este erial de mi cabeza
ha probado a todo el mundo
que soy tipo sosegado, que soy grave y soy profundo;
esta falta de maleza
capilar innecesaria ¿no es un timbre de nobleza?
No lo olvides, ¡oh sobrino!,
las personas calvidiestras, calvilustres, calvihonradas,
son por todos veneradas.
Si no puedes ser un Calvo, sé un Calvete o un Calvino.
Y así harás mucho camino.
Las peladas
afamadas
no son pocas, ya lo sabes.
¡No sonrías!
Te conviene que la alabes
y te engrías
de la tuya que promete
prosperar rápidamente y agrandarse como es justo.
Para el joven ambicioso, para todo mozalbete
la calvicie es una cosa elegante y de buen gusto.
No desoigas las razones
de tu tío.
En ser calvo sin remedio, pon tu esfuerzo, pon tu brío,
pues te esperan las más altas posiciones.
Si eres calvo hasta la nuca
y desdeñas la peluca
serás algo en este mundo y en tu ayuda vendrá el cielo.
"Encalvece",
porque el premio prometido, sin disputa lo merece
y recuerda a don Marcelo.



DIBUJOS DE MACAYA



EL CANTO DEL GALLO

El comisario Nudd, en el modesto restaurant de Martín Dooly, examinaba detenidamente el «menú» escrito sobre una pizarra.

— Quiero un almuerzo ligero, Phoebe. Las comidas abundantes cuestan dinero.

— Así es, comisario — respondió Phoebe, sonriendo.

Esta era una linda muchacha, de veinte años de edad, gerente del restaurant de Mr. Dooly, que sostenía a su madre viuda y costeaba la educación de sus dos hermanos menores.

— Jamón con tres huevos. Papas. Tomates al natural. Empanadas de carne. Dulce de manzana. Dos pedazos de queso. Café. Eso es todo. Con este frugal almuerzo podré sostenerme hasta el medio día.

— ¿Nada de nueces? — preguntó Phoebe, intencionadamente.

— No, nada, Phoebe. Para nuez me basto yo — respondió Nudd jocosamente.

El comisario Nudd era un hombre fuerte y bondadoso, querido y respetado por todos los vecinos del condado de Dixon, en el que ejercía sus funciones policiales desde hacía veinte años.

— ¿Sin apetito, eh? — insinuó Abe Stark, fijando su vista burlonamente sobre los platos rebasando comida colocados encima de la mesa. — Cuando usted tiene apetito, ¿qué pide?

— En ese caso no hay selección — respondió el comisario riendo a carcajadas. — Entonces me engullo todo el «menú» anunciado en la pizarra.

Abe Stark era un hombre de treinta años, de carácter sombrío y retraído. Durante su conversación había vigilado furtivamente tanto a la bella Phoebe como a un robusto joven que comía en una mesa próxima. En sus ojos bizcos se reflejaba una mirada encubierta de celos y secreta animosidad, que al parecer había pasado inadvertida al jovial comisario.

— ¿Está su reloj en hora, Lem? — preguntó él, volviéndose al joven objeto de sus recelosas miradas. — El alba ya ha pasado y estamos en pleno día, ¿sabe usted?

— Debo saberlo. El alba me es anunciada todos los días — respondió nerviosamente Lem.

Lem Bisbee, aunque descuidado en su indumentaria, por su porte y correctas maneras manifestaba ser un joven educado. Estaba afeitado y usaba el cabello largo. Sus facciones eran perfectas, sus ojos penetrantes, y su voz agradablemente timbrada. Aspiraba a ser un gran autor, un famoso trágico, a pesar de su poco éxito logrado durante su corta carrera teatral.

Estaba escribiendo un drama en cinco actos y como pintor pasaba como un reconocido y establecido fracasado. Sus convecinos le tenían por un tipo raro y desamparado. Confundiendo, como suele suceder, ambición por genio, constantemente le predecían que jamás llegaría a realizar sus aspiraciones. Estas pesimistas predicciones eran oídas por él con indiferencia, limitándose a contradecirles con razonadas argumentaciones y mal disimulada benevolencia. Aunque sus talentos no eran valoreados, por su trato y comportamiento gozaba de la estimación y aprecio de todos en general.

— ¿Quién le anuncia a usted el alba? — inquirió el comisario. — Si no estoy equivocado usted vive solo desde que murió su madre.

— Solo en la casa — exclamó Bisbee. — Pero tengo un odioso vecino al lado.

— ¿Un vecino? — Nudd le miró con curiosidad.

— Me refiero al gallo Leghorn de Seth Ackin — replicó Lem, expresando en sus ojos reconcentrada ira. — Canta debajo de mi ventana desde que rompe el día hasta el anochecer. Parece que tuviera una máquina de cantar dentro de su maldito gaznate. No se contenta con cantar dentro de la casa de su amo sino que tiene que venir a la mía, y termina por posarse en la cerca divisoria de nuestros huertos, y allí canta, canta y canta. No satisfecho con anunciar el día con su sublime y agudo canto, al igual que los demás gallos necesita cantar el día entero. Sus endiabladas notas repercuten en mis oídos todo el tiempo. Esto no es agradable para un hombre que está escribiendo un drama. ¡Concentración y continuidad de pensamiento son imposibles!

Aléjele de mí, comisario, si no quiere que la paz de este honrado villorrio sea trágicamente rota. ¡Un asesinato será cometido! ¡Voy a matar ese maldito animal, tan seguro como usted tiene más de un pie de estatura, y quizá a Ackin por conservar semejante avechucho!

— Aleje también a Ackin por todos los medios posibles, Bisbee — agregó Stark, maliciosamente. — Es un holgazán incorregible, lleno de whisky la mayor parte del tiempo y tiene su vieja granja completamente abandonada.

— Refrene su lengua, Bisbee, y evite hacer manifestaciones de esa clase — dijo el comisario en

tono amistoso. — Supóngase que Ackin fuese asesinado misteriosamente hoy y que usted no pudiese probar su inocencia. Sus imprudentes juramentos pueden comprometerle.



— Oigame bien, comisario — replicó Lem altaneramente. — La cabeza de ese gallo está en peligro. No soy hombre que hace juramentos falsos.

— Tenga cuidado con lo que hace — contestó Nudd gravemente.

— Solamente una cosa puede ser hecha — insistió Lem. — Cortarle la cabeza. Es el único medio de hacerle callar para siempre.

Stark comprendió que sus declarados e insistentes juramentos sanguinarios obedecían a resentimientos profundos. Desde hacía largo tiempo él estaba enamorado de Phoebe, y sospechaba que ella estaba secretamente apasionada de Bisbee. Aunque imposible pensar que un gallo Leghorn pudiese ser causa de una venganza y mucho menos origen de un crimen, juzgó que valiéndose astutamente de este enojoso incidente podría librarse de tan peligroso rival y de una vez por todas desprestigiarlo, haciéndole perder la buena opinión que ella tenía de él.

Un pequeño objeto redondo caído en el suelo atrajo su atención. Era un tubo de pintura que Lem impensadamente había dejado caer, al sacar el pañuelo de un bolsillo de su saco. Rápidamente arrojó su servilleta sobre él y con toda precaución lo recogió sin que nadie se apercibiera de su hábil maniobra. Después maliciosamente continuó provocando a Lem aumentando su indignación.

— ¿Por qué no trata usted de conseguir que Ackin amordace su gallo? — preguntó socarronamente.

— Oh, yo le amordazaré — contestó Lem convencido.

— O mejor, escriba una solicitud pidiendo que todos los gallos en Dixon, habiendo llegado a ser una amenaza para la paz pública y continuo tormento para algunos de sus más notables vecinos, deben ser en lo sucesivo fuertemente amordazados durante el día. He oído decir que usted es un magnífico escritor — continuó diciendo irónicamente. — Usted lo redactará en clásico estilo y el comisario Nudd consentirá, sin duda, presentarlo en la primera reunión del pueblo.

— ¡Seguramente! — afirmó Nudd sonriendo. — Lo haré con gran placer.

— Apresúrese Lem, no pierda tiempo — aconsejó Stark con una provocadora risa.



— Usted va a ensordecernos con sus risas — replicó Bisbee, frunciendo las cejas.

— O cúbrale con una bolsa — prosiguió Stark con mofadores tonos. — Yo no dudo que usted lo conseguirá Pruebe y verá.

Bisbee le miró sin contestarle.

— O tal vez Joe Green, que es un gran veterinario y un buen cirujano de aves, será capaz de arrancar el canto del cuello de un gallo sin matarle. Véale, Lem y consúltele.

Bisbee no respondió. Continuó comiendo guardando un sombrío silencio. Su rostro empezó a palidecer y sus ojos se enrojecieron.

— Todavía hay otros medios — prosiguió Stark. — Usted puede agarrar un pájaro poniéndole sal en la cola. ¿Por qué no un gallo? También he oído decir que un ladrillo atado a la cola de un pavo le impide caminar. Ensaye algunos de estos medios. Los gallos cuando cantan baten las alas. Agarre el gallo con sal y átele las alas. Si usted encuentra esto factible, puede aprovechar estas ideas para su drama, contando que en su obra haya ideas.

— ¡Basta! — Lem tiró con fuerza el tenedor y airadamente miró a su atormentador. — Todo eso será muy gracioso para usted, pero a mí no me hace gracia alguna. Yo no tendré tanto dinero como usted, pero tengo más talento. Cese en sus insolencias o le obligaré a callar de una manera que no le agradará.

— ¿Con eso? — Stark señaló el cuchillo que Lem tenía en una mano.

— No preciso de él — respondió Lem, furioso.

— No es justo calificar de insolencia un buen consejo — dijo Stark, despreciativamente. — No se encolerice. Vaya y córtese el pelo. Tanto pelo le calienta la cabeza.

— ¿Pero no calienta la suya, verdad?

— Ciertamente que no.

— Entonces gasto el pelo que quiero.

— No hay razón para disgustarse, Lem. Pero creame, que usted ganará más dinero con una azada y un rastrillo trabajando en su huerta que gastando el tiempo en un drama que nadie comprará o soportará una sola representación. No olvide un amistoso consejo — terminó diciendo Stark.

— ¡Oh! no sé — intervino Phoebe, que en este momento estaba sirviendo al comisario. — No puede asegurarse eso. Yo creo que Lem tiene tanto en su cabeza como cualquier hombre en Dixon y quizá, Mr. Stark, un poco más — dijo ella irónicamente.

Bisbee fijó sus ojos en ella conmovido ante su desinteresada defensa.

— Puede ser, Phoebe — balbuceó Stark, riéndose y levantándose de la mesa. — Si usted tiene razón o no, es difícil saberlo, pero no me gusta contradecir a una linda muchacha — dijo él con insinuante cortesía.

Antes de marcharse dejó, como de costumbre, una propina cerca del plato, que ella aceptó con una sonrisa y la guardó en el bolsillo del delantal. Nuevamente volvió al lado del comisario.

— Eso está bien, Phoebe. Tome sus propinas pero ninguna de sus opiniones — dijo confidencialmente el comisario, tomándola por un brazo.

Lem fué a su encuentro para pagarla el importe de su almuerzo.

— Ha sido muy amable por parte de usted la de-

fensa que me ha hecho.

— ¿Por qué no había de hacerlo? — preguntó ella. — Yo ciertamente lo creo.

— Es muy dulce sentir que alguien tiene confianza en mí — exclamó Lem.

— Una debe tenerla, puesto que usted tanto confía en usted mismo — respondió Phoebe con más emoción que ella se imaginaba.

— Siempre recordaré lo que usted dijo. Ello me animará y algún día le diré algo que confío le agradará — se aventuró a decir Lem. — Le ruego que aguarde un poco más.



— Aguardaré — replicó Phoebe, sonrojándose, y bajó la vista al suelo.

— Aguarde hasta que mi obra sea estrenada — repitió Lem. — Yo no voy a ser siempre un fracasado. ¡De mi drama depende mi felicidad!

Todo, salvo este rayo de sol entre las nubes, se presentaba malamente para Lem Bisbee esta mañana. Al salir del restaurant se encontró con Seth Ackin en la calle. Lo que había dicho Stark de él era rigurosamente cierto. Ackin era un patán mal encarado, de repulsiva expresión y nariz muy colorada. No gastaba saco ni chaleco, y su pantalón ancho y raído era sujetado a la cintura con una sucia tira de cuero. Notando que Lem se dirigía a él, se detuvo y le miró rencorosamente.

— Dígame, Ackin, ¿qué piensa usted hacer con ese gallo? — preguntó Lem, amenazador.

— ¿Qué supone usted que voy a hacer? — interrogó Ackin con un siniestro gesto. — Stark dice que usted necesita agarrotarle o meterle la cabeza dentro de una bolsa. ¿Por qué no lo hace?

— Yo amordazaré a usted y a Stark si ese pajarraco vuelve a molestarme — replicó Lem, agriamente.

— ¿A qué no lo hace usted? — dijo Ackin desafiándole. — Usted tiene que crecer un poco más.

— Permítame decirle una cosa. — Lem se aproximó a él con ojos saltones. — He procurado ser correcto con usted. Le he pedido gentilmente que impidiera a su gallo cantar debajo de mi ventana. Estoy escribiendo una obra. Mis mejores horas de trabajo son desde que sale el sol hasta el medio día.

— Es cuando usted se siente inspirado — interrumpió Ackin, burlonamente.

— No hablemos de mi inspiración — gritó Lem; — le hablo de su antipática ave. Si yo pudiera hablarle cuando no estuviera usted borracho, atendería usted mis súplicas. Pero eso es imposible. Usted ya ha bebido esta mañana. Escúcheme bien, Ackin; si usted no encierra ese animal en donde yo no le oiga más, le cortaré el pescuezo.

— Si usted lo hace, Lem, tenga la seguridad que correrá la misma suerte usted. Mi gallo vale más que su drama y cantará cuanto quiera. El está dentro de mi terreno y no en el de usted. Si le molesta múdese, y no dude, Bisbee, que si usted lo mata yo le mataré a usted.

— ¿Usted me matará?

— Tan seguro como ese sol que nos alumbra.



Lem se excitó al oír tal amenaza. En su excitación no reparó en los numerosos espectadores que se habían estacionado a ambos lados de la polvorienta calle y alarmados escuchaban a los dos enojados contendientes. Tampoco se percató que el comisario Nudd salió del restaurant y estrechamente le vigilaba. Rápidamente se abalanzó sobre Ackin y le agarró por los hombros.

— ¡Escúcheme por última vez! — le gritó. — Estoy perdiendo mi tiempo con usted, perro del demonio, inútilmente. Si soy molestado otra vez por ese infernal cantante, lo encontrará usted muerto en su huerto antes del anochecer. Y si usted trata de agredirme, despreciable borrachín, es ciento contra uno que le dejaré a usted tan muerto como a su maldecido gallo.

Lem, sin esperar la respuesta de su contrincante, le arrojó bruscamente, cuan largo era, sobre la sucia calle, y sin volverse a mirar al caído ni a los numerosos curiosos que presenciaron el altercado, siguió su camino con pasos acelerados

II

El comisario Nudd, carácter optimista y bondadoso, repudiaba los presentimientos. No podía pensar que Lem cumpliera sus amenazas, ni mucho menos que un gallo pudiese ser causa de un crimen que perturbara la tranquilidad de su feudo, en el que desde remotos tiempos no se habían cometido delitos y sus pacíficos moradores sólo sabían de crímenes por lo que leían en los diarios.

Pronto el comisario Nudd tuvo motivos para cambiar de parecer. Mirando desde la ventana de su oficina, sobre las cuatro de la tarde de ese mismo día, divisó a Abe Stark corriendo por la calle seguido de hombres, mujeres y niños, gritando excitadísimos. Mientras Abe Stark entró en su despacho, el resto de los amotinados se quedó en el patio de la comisaría.

— ¡Al fin! — gritó Stark, cuando se encontró en presencia del comisario. — En Dixon ya tenemos un asesinato. Vístase de gala y mande su retrato a los diarios.

— ¿Qué dice usted? — inquirió Nudd, gravemente sin levantarse del viejo sillón en que estaba sentado. — ¿Quién ha sido asesinado?

— Bisbee, como era de esperar, ha matado a Ackin y a su gallo Leghorn. — afirmó Stark dando muestra de una secreta satisfacción.

— ¡Ahora comprendo! — exclamó Nudd. — ¡Usted no tendrá la pretensión de que me lo puede usted hacer creer!

— ¡Usted lo creerá! Hay pruebas categóricas del hecho — declaró Stark. — De su bolsillo sacó un cuchillo, cuya afilada hoja estaba cubierta de arena y partículas de serrín adheridas a un líquido encarnado obscuro que había llegado a secarse y congelarse. — Creo que esto

confirma lo que estaba diciendo — dijo convencido.

— Entréguemelo.— Nudd examinó el cuchillo con todo el detenimiento. Su rostro manifestó la profunda impresión que le dominaba. Alzó la vista y miró Stark con una recelosa mirada durante unos segundos. — Admito que puede usted tener razón. No hay ninguna equivocación sobre lo que esto es. ¿Dónde encontró usted este cuchillo? — preguntó severamente.

— Lo encontré caído en el suelo del cobertizo de Ackin.

— ¿Qué fué usted a hacer allí? — interrogó Nudd.

— Oí a Lucy y Any, los hijos de Page, hablar con un muchacho cerca del camino que corre a espaldas del terreno de Ackin — se apresuró a decir Stark. — Según me refirieron, ellos vieron que Ackin se separaba de Lem y con pasos vacilantes atravesó la callejuela y se internó en el bosque próximo a su casa. Al principio creí que se trataba de una borrachera, pero cuando me agregaron que su blusa y pantalones estaban manchados de sangre, he comprendido que ese desgraciado borrachín ha sido apuñalado por Lem Bisbee.

— ¿Ellos le dijeron a usted eso? — preguntó Nudd, mirándole fijamente.

— ¡Ciertamente! — respondió Stark con rapidez. — Puede ser que ya haya muerto en el bosque o tal vez...

— ¿Dónde están los niños de Page. — El comisario se levantó nerviosamente. — Quiero interrogarles.

— Los mandé a su casa — replicó Stark. — Estaban muy asustados y nerviosos por lo que habían visto. Inmediatamente corrí a la casa de Ackin para verificar sus relatos. Allí no encontré a nadie. La puerta de la cocina estaba abierta, pero él no estaba en ella ni en su dormitorio tampoco, en donde entré, pensando que él podía haber vuelto.

— ¿Dónde está su mujer? — interrumpió el comisario.

— No está en el pueblo. Sobre el suelo del cobertizo en que encontré ese cuchillo ensangrentado había manchas de sangre, y cerca de una pila de madera, fuera del cobertizo, se encontraba el gallo decapitado. Bisbee positivamente lo mató y una pelea se entabló entre él y Ackin, en la cual éste fué fatalmente herido, juzgando por...

— ¡Basta! Ahora mismo visitaré el lugar del crimen.

El comisario Nudd descolgó su sombrero de una percha clavada en el muro.

— ¿Ha visto usted a Bisbee? — preguntó el comisario al abandonar el despacho dirigiéndose a la calle.

— No, desde esta mañana — respondió Stark. — Pensé que era mejor verle a usted antes de comunicarle a Bisbee el mal que ha hecho. Sin embargo, no habrá faltado quien haya ido a decírselo, dándole tiempo de huir.

— Pronto lo sabremos. Antes pasaremos por casa de Ackin.

Seguidos de los numerosos vecinos que impacientes esperaban la salida de Stark, se dirigieron al lugar del suceso.

— Ahí está el gallo muerto — dijo Stark señalando. — Indudablemente Lem le cortó la cabeza como había jurado.

— Así parece — agregó Nudd.

— Aquí es donde encontré el cuchillo — prosiguio Stark al entrar en el cobertizo. — Observe las manchas rojas del suelo. En esta pieza es donde Bisbee hirió a Ackin y, arrojando el cuchillo al suelo, huyó.

— Esto es grave, Stark, terriblemente grave — dijo el comisario mirando sorprendido las manchas rojas del pavimento. — Pero de todos modos, no estamos seguros de la identidad del agresor.

— ¡Tonterías! — exclamó Stark. — Quién puede dudar que Bisbee cometió el crimen, después de lo ocurrido esta mañana? Usted oyó sus juramentos y les vió discutir. Además le desafió a usted cuando usted le aconsejó que tuviera cuidado con lo que hablaba. Y sobre todo, ¿quién sino él hubiera sido capaz de matar ese inocente animalito?

— Puede que tenga usted razón — murmuró el comisario desconfiado.

— Pero mire, aquí hay otra prueba más convincente — gritó Stark, con marcada alegría, mientras alzaba una cosa del suelo. — Esto aclara completamente el caso.

— ¿Qué es ello? — preguntó Nudd, aproximándose.

— Un tubo de pintura de los que usan los pintores — replicó Stark, mostrándolo regocijado. — Bisbee estaba pintando un cuadro y esto prueba que él ha estado aquí. Se le debe haber caído del bolsillo durante la lucha.

— Amarillo cromo — repitió el comisario leyendo el rótulo, y al mismo tiempo observó que una pequeña cantidad de pintura salía de la boca del tubo. — ¿En dónde lo encontró?

— Aquí mismo — dijo Stark, señalando el suelo.

— Démelo — ordenó Nudd imperativamente; y guardándoselo en un bolsillo se dirigió a las habitaciones de la casa de Ackin. — ¿Está usted seguro que no está dentro?

— Segurísimo. Le llamé vanamente y recorrí todas las piezas.

— Tal vez habrá vuelto después que estuvo usted aquí. Voy personalmente a mirar de nuevo.

El comisario registró otra vez la casa sin encontrar la persona buscada. Al retirarse vió sobre la mesa de la cocina una botella vacía, y próximo a ella había un pequeño vaso que contenía restos de licor.

— ¡Whisky! — balbuceó oliendolo. — No hay duda. Probablemente estaría borracho cuando sorprendió a Bisbee cometiendo el delito. A juzgar por esta mancha roja sobre la mesa y esta otra del vaso, debe haberse refugiado aquí al sentirse herido. No me explico por qué ha huido al bosque.

— Seguramente no creyó que estaba gravemente herido — respondió Stark, que no había perdido de vista al comisario. — Además es de suponer que perseguiría a Bisbee, y sin darse cuenta de lo que hacía se internó en el bosque. Hay tan poca distancia...

— De aquí a la casa de Lem Bisbee — interrumpió el comisario enfadosamente. — Tenga la seguridad que le arrancaré toda la verdad.

III

La mayoría de la exaltada muchedumbre que siguió al comisario a la casa de Lem Bisbee deseaba

sinceramente que éste pudiera probar que no había cometido el horrendo crimen de que le acusaban.

Phoebe Dale, atemorizada por las amenazas proferidas por los encolerizados enemigos de Lem, entró en el patio de la casa de su amado hondamente impresionada, y sus grandes ojos azules se clavaron en la imponente figura del comisario mientras éste golpea en la puerta del presunto asesino.

Lem la abrió inmediatamente. Su cara estaba arrebatada, sus cabellos en desorden y el cuello de su camisa abierto.

— ¡Hola, comisario! — exclamó él sorprendido.— ¿A qué esta inesperada visita? ¿Por qué tanta gente?

— ¿Usted lo ignora? ¿Qué estaba haciendo cuando llamé?

— Trabajando en un drama. ¿Acaso no me cree?

— Usted parece que se estuviera preparando para abandonar el pueblo o que acabara usted de ejecutar un trabajo violento. No trate de escaparse.

— Eso es lo que quería hacer, aunque lo niegue — interrumpió Stark.

— Cállese, usted Stark. No necesito su auxilio — dijo el comisario mirándole fijamente. — ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en su obra, Bisbee? — preguntó.

— ¿Cuánto tiempo? — murmuró Lem. — He estado trabajando desde que vine de almorzar.

— ¿Sin interrupción? — preguntó gravemente Nudd.

— Sin descansar un minuto — respondió Bisbee contrariado.

— Con esto no puede probarme nada — dijo el comisario. — Recuerde lo que le dije a usted esta mañana, cuando juró usted matar el gallo de Seth Ackin. ¿No me oyó usted, Stark?

— Claro que lo oí — replicó Stark. — Usted dijo que sus juramentos podían comprometerle, como así ha sucedido.

— ¿Qué quiere usted decir? — exclamó Lem abalanzándose a él furioso. — Si usted sospecha que yo...

— ¡Deténgase! — ordenó el comisario. — Necesito saber de usted, Bisbee, toda la verdad. Usted suspendió su trabajo para ir a casa de Ackin y matar su gallo Leghorn. — agregó Nudd afirmativamente.

— ¡El gallo de Ackin! ¿Usted realmente me asegura, comisario, que ha muerto? — preguntó Lem lanzando una sonora carcajada. — Si ha muerto yo ciertamente no le he matado — agregó él rápidamente.

— Usted no puede convencerme con una carcajada — respondió Nudd con severidad. — Usted comprenderá que esto no es una broma.

— Pero yo no le he matado — insistió Lem. — Soy inocente.

— ¿Usted afirma que no ha estado hoy en casa de Ackin? — volvió a interrogar el comisario.

— Lo afirmo. No he salido de aquí desde...

— ¡Aguarde! ¿Usted negará que esto es suyo? — preguntó el comisario sacando el tubo de pintura de su bolsillo.

— No, no lo niego. — Bisbee lo miró perplejo. — Admito que es mío. Creo que estaría en el bolsillo de mi saco.

— Fué encontrado en el suelo cerca del cobertizo de Ackin. ¿Cómo estaba allí, Bisbee, si usted asegura que dice la verdad?

— No lo sé — confesó Lem. — No me lo explico.

— O sobre este cuchillo — continuó Nudd mostrándoselo. — ¿Se atrevería usted a negar que no es de usted? Si usted lo niega, sus mejillas denunciarán la mentira que pronuncien sus labios — dijo él intencionadamente cuando Lem palideció súbitamente. Con este cuchillo usted ha apuñalado a Ackin.

— ¡Apuñalado! ¡Ackin apuñalado! — exclamó Bisbee. — Juro, comisario, que yo no he sido y que ignoro todo.

— ¿Este cuchillo es o no es de usted? — preguntó otra vez el comisario.

— No es mío — protestó Lem desesperadamente.

— No mienta, Bisbee — replicó Nudd. — Las mentiras no le favorecerán a usted. Ackin ha sido apuñalado, quizá mortalmente, y usted es el hombre que lo ha hecho. Su mejor camino es decir la verdad, y desde este momento queda usted arrestado, — terminó diciendo Nudd sacando unas esposas.

— ¡Arrestado! — gritó Lem.

— No creo una sola palabra de lo que usted ha declarado; usted miente.

El comisario Nudd se aproximó al inculpado. Su aseveración fué acogida con murmullos de aprobación por los numerosos curiosos que presenciaban el interrogatorio.

Phoebe Dale, intensamente pálida y sus ojos llenos de lágrimas, rápidamente se interpuso entre el comisario y Bisbee. Con voz velada por la emoción, balbuceó:

— ¡Yo le creo a usted Lem! Ellos piensan como quieren, pero yo jamás pensaré que usted lo hizo.

Lem, afectadísimo, comprendió que su situación era más seria de lo que él creía. Sin fuerzas para defenderse de tan injusta acusación, miró a la muchacha amorosamente.

— ¡Oh!, su opinión no tiene valor — insinuó Stark. — Ella piensa que...

— ¡Un momento! — dijo el comisario reflejando en sus ojos una expresión singular. — Permítame decirle, Stark, que estas cosas no son siempre lo que parecen, y usted puede haber incurrido en un grave error.

— ¿Qué quiere decir usted? — El gesto malicioso de Stark se desvaneció bajo la mirada penetrante del comisario.

— Que el líquido que hay secado sobre la hoja de este cuchillo es sencillamente pintura roja.

— ¡Pintura roja! — esclamó Stark inquieto. — Usted no querrá decir...

— Yo digo lo que pienso — interrumpió Nudd bruscamente. — Las manchas rojas que hemos visto en el suelo del cobertizo de Ackin han sido hechas por éste al abrir un tarro de pintura con el cuchillo, que después arrojó en el sitio en que usted lo ha encontrado. Pero no es la pintura que debe preocuparnos. En el borde de su bolsillo hay una mancha de amarillo cromo.

Un movimiento de sorpresa y asombro se exteriorizó entre los silenciosos espectadores.

— La vi — continuó Nudd — antes de que usted encontrara el tubo en el lugar imaginado por usted.

Velozmente introdujo su mano en el bolsillo delator, lo volvió hacia afuera y una fresca mancha amarilla apareció sobre el obscuro forro del mismo.

— ¿Qué hace usted? — gritó Stark. — Permítame marcharme.

— Todavía no! — contestó Nudd indignado. — Quiero demostrarle que es usted un hombre despreciable y miserable. Usted no ignora que Ackin está herido en el bosque, y esperanzado en que habrá muerto, trata usted de perder a Bisbee. Usted ha sido el que ha matado el gallo, confiado en que nadie creerá a Lem aunque intente negarlo. Esa mancha corrobora la maldad de sus propósitos. Otros podrán sorprenderse porque obra usted de esa manera, pero yo no, que tengo buena vista y no preciso gafas ahumadas. — Miró intencionadamente a Phoebe y Bisbee, que atentamente y complacidos escuchaban su violenta acusación.— Si hay alguien que dude que esto es pintura — terminó

diciendo, alzando el cuchillo, — buscaremos a Ackin y...

— Usted no necesita buscarme porque estoy aquí — interrumpió Ackin. — ¿Y se puede saber por qué han armado todo este alboroto?

Nadie había advertido de la aparición repentina de Ackin. El brillo del alcohol todavía resplandecía en sus ojos. Su cara, manos, camisa y pantalón estaban cubiertos de rojo. Lo que en un principio parecía ser un caso trágico y sensacional, pronto llegó a ser un motivo de hilaridad en que tomaron parte todos los presentes.

— ¡Oh! ¿Usted no está herido? — preguntó el comisario Nudd.

— ¡Herido! ¡herido! — repetía Ackin, tambaleándose. — Ah, ¿por esto? Esto es pintura — dijo él haciendo una mueca grotesca. — Estaba tan borracho pintando un gallinero, que he puesto más pintura sobre mí que sobre él. Al volver del bosque a donde he ido a pasear y tomar aire, he visto tanta gente aquí que he venido por...

No pudo seguir hablando. Cuanto más insistía en hablar, más ensordecedoras eran las risas y los gritos de alegría. Stark aprovechó estas circunstancias para huir sin ser visto.

— Usted lo merece todo, Lem — dijo el comisario Nudd paternalmente. — Phoebe es una buena muchacha, y le deseo un feliz éxito con su drama para que pueda reunir amor, fama y dinero.



ESCOTT CAMPBELL

DIBUJOS DE MACAYA



PIEDAD POSTRERA



Fué el tiempo de una terrible exaltación de la piedad. El mundo había encontrado nuevamente la luz, y la obscuridad ya no existía.

Porque la Humanidad había sentido en su alma la conciencia del infinito, y el horizonte de la vida era cada vez más grande y cada vez más azul.

El Hombre ya no podía soportar el espectáculo del sufrimiento ajeno y se desvivía por los demás. El rico había comenzado por desprenderse de lo superfluo y quería partir con sus semejantes lo necesario, y el pobre se resistía a tomarlo, y ambos eran felices.

Pero al corazón generoso del Hombre esto no le bastaba y trató también de llevar la felicidad a los animales, y a las plantas, y a todo lo que vive, y a todo lo que siente.

Porque en todo está la Idea y todo es la Idea, y la Idea es Dios.

Y el hombre recordó que Jehová había dicho: «No matarás», y se abstuvo de derramar sangre de hombre.

Y recordó que en el *Eclesiastés* estaba escrito: «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos así mueren los otros y una misma respiración tienen todos».

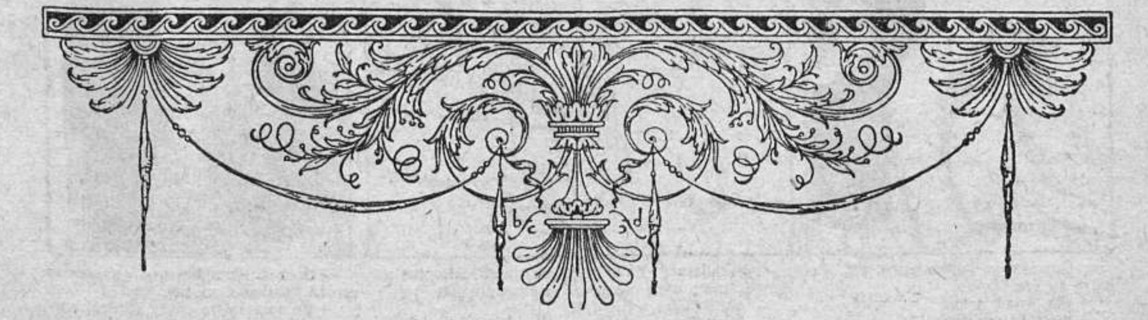
Y se abstuvo de derramar sangre de animal.

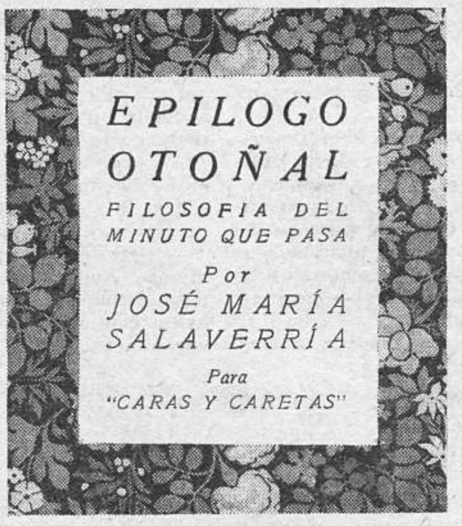
....

En una inmensa pradera bañada por el sol, celebraron en el mundo la fiesta de la emancipación de los vivos.

Y por delante del Hombre desfilaron los animales, llenos de inmenso agradecimiento, los caballos y los asnos, las vacas, los perros, los elefantes, los leones y las serpientes, y todos miraban al Hombre con amor, porque había dejado de ser su verdugo para ser su verdadero amigo.

PÍO BAROJA





EPILOGO OTOÑAL

FILOSOFIA DEL MINUTO QUE PASA

Por JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

Para "CARAS Y CARETAS"

En el silencioso bosque hay rincones espesos donde la nota amarilla cobra un valor exaltado, como un gran acorde sostenido de una sublime sinfonía. Es cuando los inmóviles árboles parecen pompas de oro. El sol vivaz de la mañana los inunda de alegre luz, y al ser movidas por el aire las hojas doradas recuerdan a una multitud de pajaritos extraños que temblasen gozosos. De los árboles cae una lluvia, o un lloro, de hojas. Hasta la dulzura que penetra profundamente al alma es de oro, es amarilla, es de una inefable delicadeza otoñal.

El otoño ha vivido mucho y por eso lo sabe todo. ¡Con qué tácitas voces nos insinúa en el alma su sabiduría! «Todo acaba, nos dice. Nada hay estable. El tiempo es fugaz. Las horas huyen y la vida pasa veloz. Pero el tiempo es también lo único importante, lo único real que existe en la vida... Aprendamos a amar, aprendamos a *utilizar* el tiempo».

En la sabiduría más antigua consta ya la advertencia de que debemos utilizar las horas, porque los días huyen precipitadamente. El tiempo es breve y el arte largo. *Time is money*. Tiempo igual a trabajo. De ahí no pasa la pedagogía secular.

Sin embargo, queda lo mejor del alma sin saber utilizar el momento fugaz que pasa. Los minutos llegan henchidos de intensidad, y nosotros los dejamos que huyan, que se desvanezcan, completamente inútiles. Aprovechamos con avaricia las horas para obrar, aprender, luchar, y los más torpes la aprovechan para sus glotonerías sensuales. Pero terminada nuestra utilización de primer plano, ya no sabemos qué hacer del tiempo. El tiempo pasa entonces realmente inútil ante nosotros, y decimos con melancolía que es breve.

Pero cada minuto es inmenso para quien sabe gozarlo. En cada minuto reside una porción de la eternidad, y la eternidad está hecha de minutos ricos en todas las sensaciones apetecibles. Así ahora el otoño, en su mañana de sol alegre y en su inspirada sinfonía en oro mayor, nos invita a extraerle al divino momento que pasa su emoción inefable, su íntima dulzura, su éxtasis contemplativo.

Como se aplica la gimnasia sueca a un organismo endeble o debilitado, igualmente le convendrá hacer una gimnasia del optimismo al hombre a quien acosa el dolor o la melancolía. Las naturalezas inclinadas a la negación deberán habituarse a un ejercicio metódico por el que logren un desarrollo y una fortificación de las ideas ascendentes. Afirmarse a cada paso, por ejemplo, en la idea de que el mundo no es del todo detestable. Y cada vez que logramos un gusto o alguna cosa que anhelábamos, afirmarse con toda la fuerza del ser entero en la convicción de que se es feliz y de que la vida tiene un sentido. Al revés, los momentos de felicidad no sabemos apreciarlos, no nos detenemos en ellos, y cuando logramos realizar un deseo, nuestra imaginación nos substrae al momento actual y nos arrebata galopando hacia otro objeto remoto, mientras el objeto logrado queda allí, inerme, fracasado.

Saber extraerle su zumo de delicia y de emoción al minuto que pasa: he ahí el arte y el premio de los espíritus delicados y graves. Como la abeja que se detiene a libar la flor que ha encontrado al vuelo, así al alma diestra ha de saber *detenerse* en cada uno de los bellos, curiosos o emocionados minutos que pasan. Una puesta de sol, una flor temblorosa en la brisa, un efecto de luz en el bosque, una canción al paso, una mirada de amor, un beso, una sonrisa comunicativa: todo eso, que es infinitamente grande, cabe en un minuto.

La idea de eternidad y de infinito es la causa de las mejores obras humanas. Tan pronto como el hombre, rompiendo la terrible envoltura de la barbarie, surgió a la luz de la verdad, su primer pensamiento fué para concebir lo infinito y lo eterno. Es una idea hija del cielo e inspirada por los propios dioses. Todo lo grande que ha producido la humanidad, más todo lo de magnífico que habrá de producir, de alla procede. Es la idea fecunda que desde el principio ha puesto en movimiento a la mente humana, lanzándola a sucesivas y cada vez más encumbradas hipótesis.

Pero el universo en toda su plenitud está ahora mismo en este momento que pasa.



— Querida: yo pongo todos mis títulos a su disposición.
— ¿Es usted noble?
— No. Soy novelista.
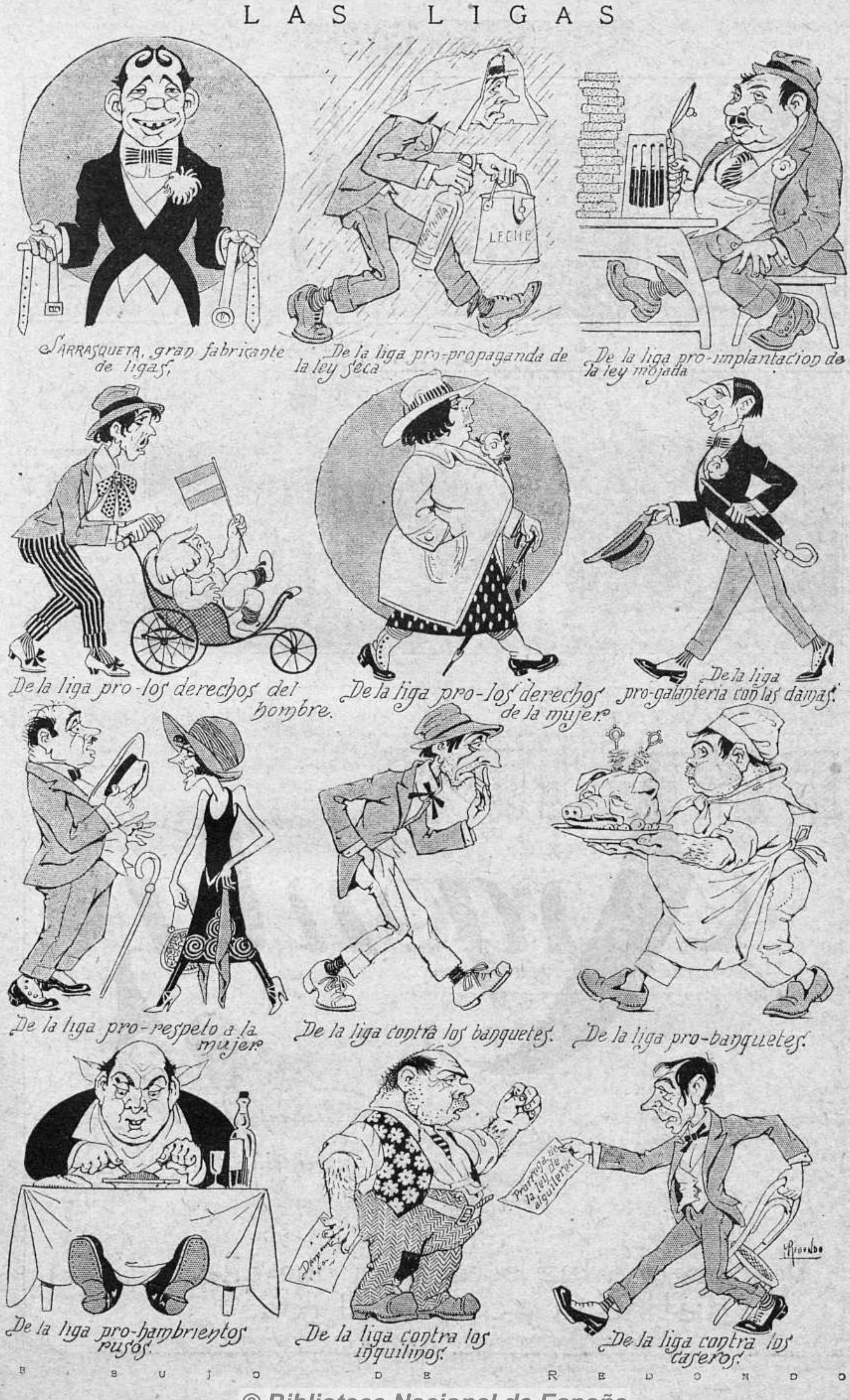


— ¿Trabajar? ¡Ya lo creo que quiero! Sólo que no tengo dinero para comprar las herramientas.
— ¿Qué desea ser usted?
— Capitalista.



— Creo difícilmente que su marido estaba borracho anoche.
— En cambio yo estoy segura, porque me besó...

LAS LIGAS



Sarrasqueta, gran fabricante de ligas.

De la liga pro-propaganda de la ley seca

De la liga pro-implantación de la ley mojada

De la liga pro-los derechos del hombre.

De la liga pro-los derechos de la mujer.

De la liga pro-galantería con las damas.

De la liga pro-respeto a la mujer.

De la liga contra los banquetes.

De la liga pro-banquetes.

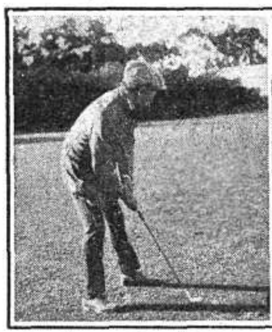
De la liga pro-hambrientos rusos.

De la liga contra los inquilinos.

De la liga contra los caseros.

DIBUJO DE REDONDO

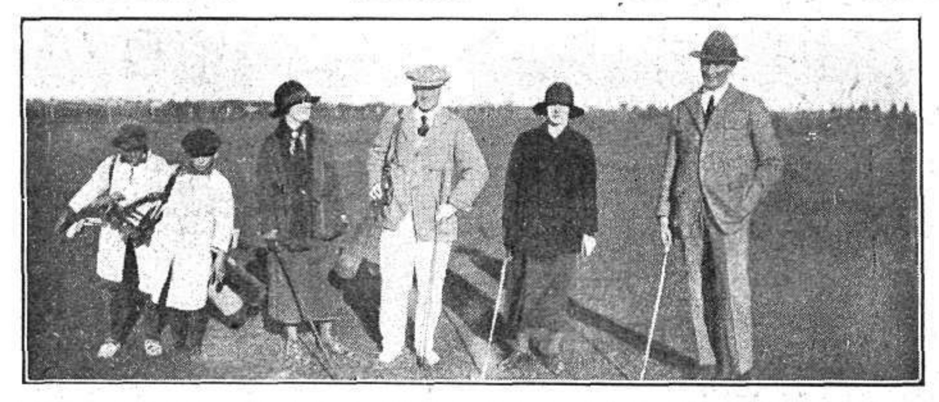
De San Isidro


Señor F. Engelken.


Señor D. Scott.


F. Thompson.


Señora A. Mongiardini.


Jugadores que tomaron parte en el partido de golf en el que se disputó la «Copa Becú», la cual no pudo ser adjudicada por no haber vencedores ni vencidos.



Grupo de concurrentes al baile organizado por la Sociedad Italiana «Unione e Benevolenza» celebrando el 47.º aniversario de su fundación y adhiriéndose a las fiestas mayas.

LOS ARDIDES DE LA ENVIDIA



Existe sobre la envidia un sinnúmero de profundas definiciones filosóficas. Pero quizá la más plástica, enérgica y pintoresca sea la formulada por Quevedo en los siete ensayos que forman la «Virtud Militante», las páginas menos conocidas y divulgadas del más intenso y agudo de los pensadores españoles: «La envidia está flaca porque muerde y no come», dice el gran ironista. Y agrega: «El bien fué primero que la envidia, porque es tan mala que sólo aguardó a tener buena madre para ser ruin hija. Si el bien la hizo mala, ¿quién la hará buena? Ella hizo, de las luces del sol, ascuas del infierno».

La envidia es un sentimiento universal. En mayor o menor grado, no hay criatura exenta de este torcedor. «El hombre — añade Quevedo — o ha de ser envidioso o envidiado, y los más son envidiados y envidiosos; y al que no fuere envidioso, cuando no tenga otra cosa que le envidien, le envidiarán el no serlo». La envidia nació con el primer vagido de la vida humana. «Anciana ponzoña, veneno de los siglos» — la llama San Pedro Crisólogo; — y en su sermón IV añade el gran predicador y severo crítico de las costumbres: «Hizo la envidia que toda la latitud del mundo fuese angosta para dos hermanos, pues ella incitó a Caín para que diese muerte al que era menor». Según dicho Padre de la Iglesia hasta en el cielo existe la envidia, pues «se introdujo en la salud de los ángeles».

Para Aristóteles la envidia toma forma de tristeza por el bien ajeno. Esta manera de envidia es, digamos así, estática, inofensiva, no como aquella de que habla Quevedo, la más universal, la que muerde y no come, la que trata de destruir la favorable opinión que merecen los méritos y virtudes del envidiado. A este género de envidia, en el orden político, se refiere Demócrito cuando dice que «la envidia es la mecha que prende fuego a la sedición y a la anarquía». La mayor parte de los próceres que figuran en los anales humanos no se libraron de los efectos de la diatriba calumniosa para volver en su contra la opinión de los pueblos.

Pero no en todos los casos es estéril la envidia para quien la padece. Existe también la envidia utilitaria, la que trata de comer sin morder, adulando suavemente al envidiado: «ella ha sido útil a muchos» — dice Tácito con su concisión habitual. — Porque la envidia no siempre tiene forma de can hidrófobo; a veces adopta la mansedumbre del cordero. Los temperamentos impetuosos y los caracteres indisciplinados llevan sus sentimientos al aire, desnudos. De un envidioso violento es fácil librarse, porque se le ve venir irritado y derecho cono un toro. Es, además, poco peligroso, pues la propia desnudez de su sentimiento le pone en ridículo, quitando todo valor a cuanto diga y haga en perjuicio de aquel a quien envidia.

Los envidiosos no envidian el talento, el mérito y la virtud de las criaturas selectas. Lo que tortura su espíritu no son las capacidades superiores sino la resonancia que ellas tienen en la conciencia y en el espíritu de los demás. Envidian el prestigio, no el sentido moral en que se funda, ni mucho menos el esfuerzo que costó lograrlo; porque la envidia es holgazana, y supone que, negando valor a las actividades meritorias, justifica su propia inercia.

* * *

Pero la envidia descubre otro sentimiento muy encomiable: la modestia. Ningún hombre fuertemente orgulloso siente envidia de nadie. El orgullo, sentimiento activo, suele ser envidiado; jamás es envidioso. «Donde quiera que vaya, mi gigante íntimo va conmigo», dice Emerson. Los gigantes nunca sienten envidia por los pigmeos. No es atrayente el orgullo; pero lo es mucho menos la modestia acusada en envidia.

No carecen de ingenio algunos envidiosos. Ante la generosidad defendiendo el mérito adoptan una actitud crítica cautelosa, sutil y sofística. No combaten de frente al envidiado. Le atribuyen alguna cualidad recomendable, para no descubrir su envi-



EL. — Esta es la momia de una princesa que vivió hace tres mil años.
ELLA. — ¡Caramba! ¡Pero qué mal vestida!



EL MEDICO (tomando la temperatura). — Abra la boca.
EL ENFERMITO. — Si me da un trago de agua bajará fácilmente.



— ¿Ha aprendido a hablar ya el chico?
— ¡Oh! Sí. Ahora le estamos enseñando a callarse.

Por
Francisco
Grandmontagne
Para
Caras y Caretas

dia al negarle las de más subido valor. Un observador sagaz nota al punto la treta. Inútil será que se intente convencerle, porque su postura frente al mérito no es la de una inteligencia abierta a reconocerlo, sino de una disposición del ánimo inclinado por la envidia a la negación. Ya lo dice Quevedo con palabras insustituíbles: «Entendimiento que no entiende sino lo que quiere entender, y no lo que debe, antes es voluntad que entendimiento». Mala voluntad, desde luego, contumaz, obstinada y endurecida por el sentimiento envidioso.

La envidia más despreciable es aquella que se disfraza de amor benevolente y de adhesión hipócrita. Empieza por reconocer el mérito, para en seguida destacar los lunares, simulando gran pena por su existencia. En términos afectivos y aflictivos, el envidioso crucifica al envidiado con una murmuración condolida y tierna que a los observadores ingenuos les parece el colmo de la buena fe. Pero a un verdadero psicólogo no se le escapa la intención, que es descubrir los defectos, ocultando la envidia que suscitan los méritos.

Horacio compara la envidia con el Etna, que a sí mismo se quema. Y agrega que los tiranos de Sículo no hallaron mayor tormento. Cuenta Quevedo que en un círculo de físicos se discutía cuál era la hierba medicinal que más aumentaba la vista: sostenían unos que la eufrasia, algunos que la celidonia y otros que el hinojo. Terció Aecio y dijo: «Lo que más aumenta la vista es la envidia». La frase es profunda, pues el empeño que pone la envidia en negar o reducir los méritos ajenos indica que los ve muy altos.

* * *

Siendo la envidia un tormento, parece natural que los hombres inteligentes no debieran padecerla. No ocurre así, sin embargo. Sus raíces son tan hondas en la naturaleza humana que la inteligencia dotada de mayor sentido autocrítico no puede destruírlas. Entre los artistas, los escritores, y aun entre los mismos filósofos, la envidia hace verdaderos estragos. Y no digamos entre la farándula, entre la gente de teatro. Cuanto más directo es el aplauso, la envidia tiene forma más exasperada, más violenta. Los verdaderos dramas comienzan después de las representaciones escénicas. Las mejores comedias, las más grotescas, tienen lugar entre bambalinas y en los camarines. Cómicos y cantantes muestran su envidia en carne viva. Y se da en ellos una paradoja singular: hábiles en la simulación de todo género de pasiones, carecen por completo de recursos espirituales para disciplinar sus propios instintos. Un discreto señor en escena se convierte en un salvaje de camarín cuando la envidia le exalta. *Fino hipócrita en la representación*, al internarse entre bambalinas la envidia le dictará un lenguaje soez y cuartelero. Los mejores comediantes son luego, en la realidad de las pasiones, los más desmañados, los más torpes.

Mucho podríamos decir de la envidia en la república de las letras. Pero el tema rebasaría los límites de un artículo. En el mundo literario no se envidia el talento de los demás. El aforismo de Descartes en su «Discurso del Método»: «en el mundo todo está mal repartido, excepto el talento, puesto que nadie se queja de que le falte», está dirigido a toda la humanidad, pero, muy especialmente, a los escritores. Así, pues los literatos no se envidian unos a otros el talento, que todos creen poseer en máxima medida. Lo que se envidia es el eco, la repercusión, el éxito. Y claro está que no envidiando el talento de los demás, porque se tiene al propio como al primero, todos los éxitos, menos uno, el de cada cual, son injustificados y discutibles. La anarquía de la consabida república arranca de esta eterna injusticia. Pero en esta república, aunque alborotada, todos sus miembros viven consolados: unos porque han logrado el éxito; otros porque lo esperan mañana, y los más porque confían en el juicio de la posteridad.

— ¿Y usted...? — preguntará algún lector malicioso.

— Pues yo, señor lector, sólo envidio a los que no tienen necesidad de escribir...



EL COMPRADOR. — Busco un libro que pueda interesar a un joven de diez y siete años.
EL LIBRERO. — Lo siento, señor; los que teníamos nos los ha secuestrado la policía dos veces este mes.

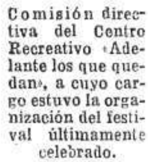


— ¿Cuántas veces he de decirte que tú no puedes boxear con los chicos, Carlota?
— ¡Pero, mamá, si puedo! Mira si no las narices de Paquito.



Señora de Sille. — Pero dime, ¿cómo haces para conservar tus criadas tanto tiempo?
Señora de Estul. — ¿No ves que mi marido está acostumbrado a tratar con grandes actrices?

De Olivos



Comisión directiva del Centro Recreativo «Adelante los que quedan», a cuyo cargo estuvo la organización del festival últimamente celebrado.



Grupo de parejas durante un intervalo del baile, que constituyó el número más frecuente del programa.


LAS PERSONAS
de paladar delicado
cuando están resfriadas, se niegan a tomar ciertos remedios de sabor repugnante y recurren exclusivamente a las pastillas pectorales
GOTAS DE ORO
por ser las únicas que perfuman deliciosamente el aliento, al mismo tiempo que desinfectan todo el aparato respiratorio. No hay TOS, RONQUERA, CONSTIPADO, RESFRIO, por antiguos que sean, que resistan su acción.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215,
sus secciones y en todas las buenas farmacias
SERRANO.

En la isla Maciel



Miembros de la sociedad "Consignatarios de Aves y Huevos del Mercado Buenos Aires" que celebraron con un banquete el primer aniversario de su independencia comercial.

EL TEMOR

El temor en su acción destructiva precede un punto a la cobardía.

Temer a las enfermedades es tanto como abrir las puertas del organismo a algún germen que pase descuidado por su camino.

Tener miedo a enfrentar una situación difícil es tanto como invitar al desastre.

Temer la irrealización de una esperanza es destruirla.

El temor es de diez a cien veces más contagioso que el sarampión.

No es necesario el contacto para comunicar esta terrible infección de una víctima a la otra.

Flota en el aire como un fantasma.

Abre las ventanas, penetra por las cerraduras de las llaves y taladra las paredes.

Un pensamiento de temor arrojado en el espacio vibra alrededor del mundo y vuelve a destruir al que lo ha enviado.

Una expresión verbal de temor es un tiro venenoso en el brazo de una buena intención.

El dar albergue al temor es tanto como envenenar y petrificar todos los elementos necesarios a la salud, al progreso y a la felicidad.

En el jardín del temor no puede haber una flor fragante.

El temor en el alma de los jefes ha cambiado el destino de las naciones.

Temer a cierta persona o cosa es aceptar deliberadamente su superioridad.

«Temo que estoy perdiendo el amor de quien yo amo.»

Alimente ese temor y cuente ya que ha perdido a quien usted ama.

PARFUMERIE

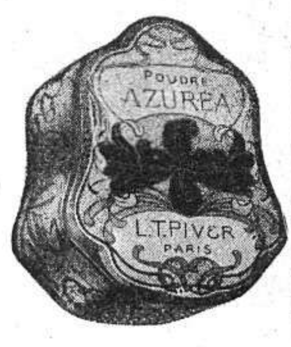
L·T·PIVER

PARIS



VIVITZ

Nuestras cajas
contienen
110 GRAMOS NETO
de Polvo



AZUREA

JABON REINITA

De Perfume
agradable
y
persistente



Indispensable
para el tocador
y
el baño

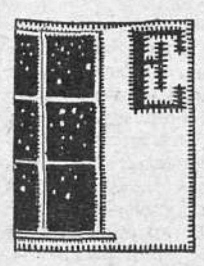
EXIJALO EN TODAS LAS BUENAS CASAS

Banquete con que la Administración del frigorífico «La Blanca» obsequió a los veinticuatro empleados que, en el servicio continuo de la empresa, han cumplido sendos veinte años. Ofreció el homenaje, en nombre de la Administración, el doctor B. Villanueva.



A PROPÓSITO DE FÓSILES

De las capas calizas de Fort Dodge, Iowa, Estados Unidos, se sacó un enorme bloque. Modelada una figura humana, informe y gigantesca, el monolito fué enterrado cerca de Cardiff, condado de Ondaga, Estado de Nueva York, en 1868. Al año siguiente se anunció el descubrimiento de un hombre petrificado que alcanzó mucha celebridad y fué conocido con el nombre de Gigante de Cardiff. *El profesor de la Universidad de Yale, Othniel C. Marsh, puso de manifiesto que no había tal hombre petrificado de Cardiff, sino un fraude, y practicadas las averiguaciones correspondientes, George Hall, de Birmington, confesó que él había hecho aquella maniobra para desacreditar la creencia en los gigantes de que habla el Génesis* (VI. 4).



L cuarto que yo elegí estaba en uno de los pisos superiores. El vetusto caserón se halla situado en la parte alta de Broadway. Esos pisos habían estado sin alquilar durante largos años. Mi cuarto, muy cómodo y espacioso, era la morada del polvo y de las telarañas, de la soledad y del silencio. Cuando lo recorrí para entrar en posesión de mis nuevos dominios tuve la sensación medrosa del que anda entre tumbas e invade la vida privada de los muertos. Reconozco que en esa noche me asaltó por primera vez el miedo supersticioso a lo desconocido. Al dar la vuelta en un recodo de la escalera sentí que se me enredaba en la cabeza una inmensa telaraña, y esto produjo en mí el mismo efecto que si hubiera encontrado un espectro.

Llegué a mi cuarto, y fué muy grata la emoción que me dominó cuando la luz del gas y el aire que entraba por las ventanas disiparon simultáneamente las tinieblas y el olor a cripta. Me senté cerca de la chimenea, sintiendo en el corazón la alegría que nos comunica siempre la llama coruscante del hogar. A lo que me parece, permanecí dos horas junto al fuego, absorto en los recuerdos de tiempos idos y de seres que resurgían de las brumas del olvido. La imaginación reproducía el acento de voces que habían enmudecido para siempre, y de canciones que ya nadie entonaba entorno mío. El ensueño iba rodando por la pendiente de una suave melancolía, cada vez más íntima y enternecedora. Fuera, el rumor del viento bajaba su diapasón hasta convertirse en un suave gemido. El golpe rudo del agua sobre los cristales de las ventanas fué disminuyendo paulatinamente, y ya sólo se oía una discreta y velada cadencia. Se apagaban los múltiples ruidos de la avenida, y cuando de rato en rato se oía el rumor de los pasos precipitados de algún trasnochador, ese rumor se alejaba, dejando atrás el más profundo silencio.

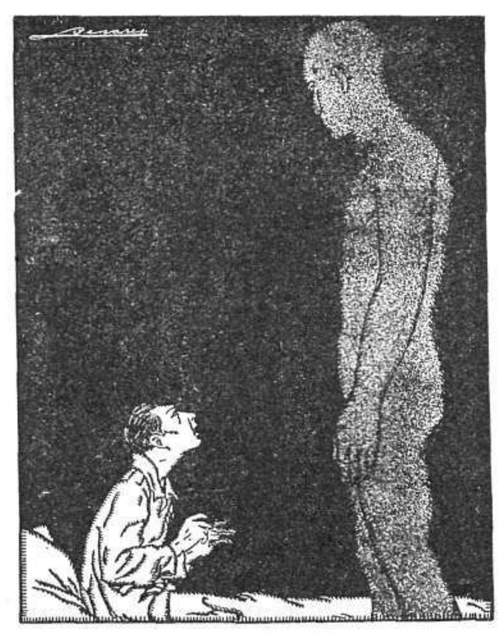
El fuego de la chimenea moría también, y mi corazón era invadido por un sentimiento de soledad. Dejé al cabo la butaca para desnudarme, y, sin saber por qué, todos mis movimientos eran discretos y furtivos. Andaba sobre las puntas de los pies, como si temiese despertar una legión de enemigos que al abrir los ojos se lanzarían sobre mí. Después de meterme en la cama seguía con el oído aguzado los rumores del viento y de la lluvia y el ruido distante de las persianas de otras casas, hasta que me quedé dormido al arrullo de esa música. Algo me despertó, y al turbarse mi sueño sentí que una expectación angustiosa me invadía. Todo estaba en quietud completa; todo, menos mi corazón, cuyas palpitaciones llegaban a mi oído. Sentí que las mantas se deslizaban suavemente hacia los pies de la cama, como si alguien tirara de ellas con mucha precaución. Yo permanecía inmóvil y sin voz. El movimiento de las mantas siguió, hasta que me quedó todo el pecho descubierto. Yo me sobrepuse al terror, haciendo un esfuerzo supremo de la voluntad, y tiré de la sábana hasta cubrirme la cara. Volví a quedar inmóvil y silencioso, esperando angustiosamente. Una vez más las mantas comenzaron a deslizarse, y una vez más yo esperé durante un siglo de eternos segundos a que mi pecho quedara descubierto. Apelando entonces a toda la energía de que soy capaz me atreví a tirar de las mantas, y después de volverlas a su sitio las así con fuerte mano. Volví a esperar. Pocos instantes después percibí un suave tirón y yo aumenté la resistencia. El tirón se hizo entonces persistente, y su violencia fué creciendo poco a poco. Dejé de resistir, y por tercera vez me encontré con el pecho descubierto. Lancé una queja, y otra queja me contestó desde los pies de la cama. Yo sentí que la frente se me cubría de sudor y que las gotas eran como abalorios. En verdad estaba más muerto que vivo y mi angustia no tuvo límites cuando oí pasos en la alcoba. A juzgar por su pesadez debían de ser pasos de elefante. Con toda seguridad no eran de ser humano. Lo único que me tranquilizaba — si en ello podía caber tranquilidad — era que los pasos se alejaban de mi cama. Oí claramente que

se acercaban a la puerta y que sin mover pestillo ni cerrojo transponían el umbral, salían de la habitación y se alejaban por los solitarios corredores, cuyo pavimento chirriaba siempre que desaparecía la misteriosa presión. Por fin reinó de nuevo el silencio.

Calmada algún tanto mi excitación, me dije:

— He soñado sin duda. He tenido una horrible pesadilla.

Y comencé a cavilar hasta quedar convencido de que había soñado. Lancé una carcajada de satisfacción, y la calma renació en mi pecho. Me levanté, encendí la luz y pude cerciorarme de que los cerrojos estaban bien corridos. Otra vez asomó a mis labios una risa jovial que salía del corazón. Tomé la pipa, la encendí, y estaba sentándome frente a los rescoldos de la chimenea cuando... la pipa cayó de mi mano desfallecida, la sangre abandonó mis mejillas y mi tranquila respiración fué interrumpida por un movimiento de agonía. Vi en las cenizas de la chimenea, junto a la huella de mi pie desnudo, otra huella de un pie tan grande que, en comparación, el mío pudiera parecer el de un recién nacido. ¡Alguien había entrado en la habitación! ¡En esa huella estaba la explicación de los pasos de elefante!



¡Despojado de sus envolturas, desnudo, musculoso, afable, apareció ante mí la majestad del Gigante de Cardiff!



Apagué la luz y volví a meterme en la cama, paralizado por el terror. Largo tiempo permanecí con la vista fija en las tinieblas, y el oído atento a cualquier sonido que interrumpiera el profundo silencio de la noche. Después de larguísima espera oí un ruido discordante sobre mi cabeza, como si lo produjera el arrastre de un cuerpo pesado en el pavimento del otro piso. Ese cuerpo cayó, y el choque produjo un sacudimiento en mis persianas. A la vez oí ruido sordo de puertas en otros departamentos del edificio. De cuando en cuando iban y venían pasos furtivos por los corredores, y subían y bajaban por las escaleras. Los pasos llegaban delante de mi puerta, vacilaban y volvían a alejarse. A lo lejos sonaba un ruido de cadenas apenas perceptible; pero si aplicaba el oído, advertía que el golpe era más fuerte, que se repetía en penoso ascenso por las escaleras, y que cada movimiento del duende estaba marcado por la punta de la cadena al caer ésta en el escalón de abajo, conforme subía el ser sobrenatural. Oía frases, oía gritos ahogados por una súbita interrupción, oía el roce de vestidos invisibles y el movimiento de invisibles alas. Después tuve conciencia de que mi estancia era invadida. Yo no estaba solo. Oí una respiración anhelosa junto a mi cama. Por último, percibí un misterioso cuchicheo. Tres esferitas de una luz suave y fosforescente brillaban en el cielorraso, exactamente sobre mi cabeza. Una de las esferitas cayó sobre la almohada y dos sobre mi cuerpo. Las tres se apagaron, se licuaron y se calentaron. La intuición me dijo que al desprenderse y caer, las esferitas se habían convertido en sangre, y no necesité de la luz para persuadirme de ello. Después vi rostros pálidos, vagamente luminosos, manos blancas que se levantaban, objetos incorpóreos que flotaban en el aire y que desaparecían. El cuchicheo cesó, cesaron las voces, cesaron los sonidos y reinó el silencio, un silencio solemne. Yo escuchaba, inmóvil. Sentía que si no encendía una luz aquel sería el momento de mi muerte. Pero el terror me paralizaba. Gradualmente fuí incorporándome hasta quedar sentado. ¡Mi frente estaba en contacto con una mano viscosa! Perdí las fuerzas, y caí de espalda como herido por un ataque medular. Oí el rumor de un vestido talar que se arrastraba, que transponía la puerta y se alejaba.

Cuando sentí que el silencio reinaba en torno mío salté de la cama, débil y doliente. Encendí el gas con mano trémula, como la de un octogenario, o más bien de un centenario. El fulgor del mechero me reanimó. Acercándome a la chimenea, caí en una muda contemplación de la huella impresa en las cenizas. Sus contornos iban paulatinamente borrándose y desapareciendo. Alcé la vista, y noté que la llama del gas disminuía. En aquel momento percibí de nuevo los pasos del elefante. Se acercaban, se acercaban por los húmedos corredores, y a medida que los pasos se acercaban, la luz se desvanecía. Los pasos llegaron al umbral de mi puerta y se detuvieron en ella. El mechero del gas despedía una luz azul y mortecina, y todos los objetos que me rodeaban estaban envueltos en una penumbra espectral. No se abrió la puerta, y, sin embargo, yo sentí que una corriente de aire frío me azotaba las mejillas. Delante de mí había una masa informe, gigantesca y nebulosa. Yo la miraba con ojos fascinados. Todo aquel ser despedía un vago resplandor. Gradualmente tomaron forma precisa los repliegues de la masa nebulosa. Apareció un brazo, y después del brazo dos piernas; se destacó el contorno de un cuerpo, y por último emergió de aquel vapor un rostro triste. ¡Despojado de sus envolturas, desnudo, musculoso, afable, apareció ante mí la majestad del *Gigante de Cardiff!*

Todas mis zozobras se disiparon, pues hasta un niño hubiera sentido que era imposible recibir daño alguno de aquel ser bondadoso. La alegría renació en mi alma, y como si estuviera en perfecta simpatía conmigo la luz del gas se reanimó al mismo tiempo. Jamás se vió en el mundo a un hombre que, después de estar condenado a la reclusión y al abandono, volviese otra vez a disfrutar de los beneficios de la vida social, tan feliz como yo me sentí entonces, acompañado por el amigo gigante, a quien dije:

— ¡Cómo! ¿Eres tú? He pasado un miedo espantoso durante tres horas. Me alegro mucho de verte. Siento no tener una silla que pueda poner a tu disposición... Mira, siéntate aquí. No; allí no.

Pero ya era tarde cuando lo dije. No pude contener al *Gigante*, y la silla crujió. En los días que llevo de vida no he visto silla que se sacudiera como aquélla.

— ¡Detente, detente! Vas a...

Una vez más mis palabras llegaron muy tarde. Se oyó otro crujido, y otra silla quedó reducida a sus elementos originales.

— ¡Pero, condenado! ¿No tienes juicio? ¿Te has propuesto dejar esta casa sin muebles? Ven, ven, loco de mil demonios...

Todo era inútil. Se dirigió hacia la cama, y en un instante esto fué campo de ruina y desolación.

— ¿Qué hacer? No veo camino. Recorres la casa como un torbellino, acompañado de una legión de seres del otro mundo, y me llenas de zozobras mortales. Y por más que tolero la indelicadeza de tu traje, que ninguna persona culta permitiría, salvo en los buenos teatros, aunque ni en éstos sería lícito el desnudo de individuos de tu sexo, pagas toda mi generosidad haciendo pedazos los muebles en que se te antoja tomar asiento. Y todo ¿para qué? No te aprovecha, y sales tan maltratado como los muebles. Te has roto el vértice de la columna vertebral. Has arrancado lascas de todo tu cuerpo, y las has desparramado por el pavimento. Parece que estamos en una marmolería. Debías tener vergüenza, en consideración a tu edad y estatura, que no se avienen con tales procedimientos.

— Bien está; dejemos esto. Ya no romperé los muebles. Pero ¿qué voy a hacer? En un siglo no he tenido ocasión de sentarme.

Al decir esto las lágrimas brotaron de sus ojos.

— ¡Pobre! — dije. — No debí haber sido tan severo. Además, casi tengo la seguridad de que eres huérfano. Pero siéntate aquí. Mira en torno tuyo, y te convencerás de que ningún mueble resiste tu peso. Además, si te obstinas en quedar a mayor altura que yo, será imposible un vínculo social entre nosotros. Yo me subiré a este taburete de tenedor de libros, y así podremos vernos la cara.

Obedeciendo a mis indicaciones, se tendió sobre el pavimento. Le ofrecí una pipa. Fuí a la cama, tomé una de mis mantas rojas y se la eché sobre los hombros. Le coloqué un barreño invertido en la cabeza. En suma, lo puse a la vez cómodo y pintoresco. Mientras yo avivaba el fuego, él cruzó las piernas y expuso al calor amoroso de la llama las plantas esponjosas de sus prodigiosos pies.

— ¿Por qué tienes así los pies y las piernas?

— Unos malditos sabañones que me salieron en el cortijo de Newell. Con todo, le tengo cariño a aquel lugar. Son los viejos amores que no olvida uno. Allá siento en todo su valor lo que es la verdadera paz del alma.

Después de media hora de conversación, notando su fatiga, le hablé de ella.

— ¿Dices que estoy cansado? — preguntó. — Sí, es verdad. Y ya que he recibido un tratamiento tan afable, voy a decirlo todo. Soy el espíritu del *Hombre Petrificado*, que habita allí enfrente, en el Museo. Soy el espíritu del *Gigante de Cardiff*. No tendré paz ni descanso hasta que den sepultura a ese cuerpo. Y entretanto, ¿qué pobre puedo ya hacer para que los hombres satisfagan un deseo tan legítimo? ¡Aterrorizarlos, aparecer en los sitios circunvecinos! Todas las noches lo hacía en el Museo, y aun logré que cooperaran otros espíritus. Pero fué inútil mi actividad, pues nadie va al Museo por las noches. Entonces me ocurrió atravesar la calle y dar fiesta en casa. Yo tenía la seguridad de que en cuanto se me oyese, todo el mundo encontraría palpable la justicia de mi causa, pues contaba con gente de toda confianza. Noche a noche hemos recorrido los lúgubres y húmedos corredores, arrastrando cadenas, suspirando, cuchicheando, dando meneos formidables a las escaleras. Llegó un momento en que, si te he de decir la verdad, me sentí cansado de esta vida. Pero hoy, que vi luz en tu habitación, cobré nuevos bríos y emprendí las operaciones con el vigor que les daba en otro tiempo. El ejercicio ha sido tal que he quedado sin respiración. ¿Podrías darme alguna esperanza?

Yo exclamé, desde lo alto de mi taburete:

— ¡Esto supera a cuantos pudiera imaginarse! Tus sufrimientos, pobre fósil, son completamente inmotivados. ¿Ignoras acaso que tu aparición es la de un vaciado en argamasa? ¡El verdadero *Gigante de Cardiff* está en Albania! ¿Es posible que hayas llegado a confundir tus propios restos?

—Pero ¿pretendes que yo no soy yo?

— No lo pretendo; lo sé. Y voy a demostrártelo. La falsificación original, o sea el coloso auténtico, está actualmente en Albania. Allí se exhibe, y la muchedumbre se agolpa en el Museo para ir a verlo.

— Y yo, ¿quién soy entonces?

— ¿Tú? Tú eres un duplicado ingenioso y fraudulento. Se te llama, es verdad, *el único Gigante legítimo de Cardiff*. ¡Pero eres de argamasa! Y lo pondrán en claro los dueños del coloso de piedra.

No podría describiros la vergüenza y la humillación que se pintaron en el rostro del *Gigante de Cardiff*.

El *Hombre Petrificado* se puso en pie, y me dijo, con expresión sincera:

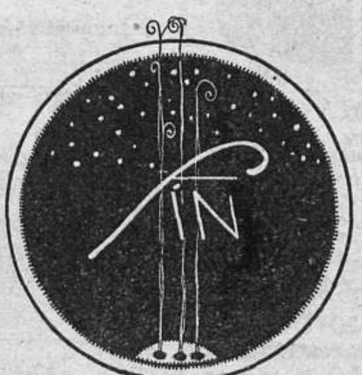
— Honradamente, ¿es verdad eso que estás diciendo?

— Es una verdad tan palmaria como que estoy subido en esta torre de tenedor de libros.

Se quitó la pipa de los labios y la dejó sobre la repisa de la chimenea. Después permaneció un momento en actitud vacilante. Inconscientemente, y como consecuencia de un hábito inveterado, llevó las manos al lugar en que debía haber tenido los bolsillos de los pantalones. Inclinando la cabeza sobre el pecho, dijo:

— Jamás me sentí tan ridículo y absurdo. El *Hombre Petrificado* ha perdido su reputación en todas partes, y ahora vemos las consecuencias de este fraude vil, hasta en la situación a que se ve reducida su pobre alma en pena. Hijo mío, si te queda una chispa de caridad, concédesela a este pobre fantasma, sin un solo amigo en Nueva York, y no vayas a contar nuestra aventura. Piensa lo que tú sentirías si hubiera hecho una estupidez semejante.

Se oía a lo lejos morir el ruido de los pasos en la desierta calle, después de que el *Gigante* hubo bajado lentamente la escalera. Yo sentía su ausencia — ¡pobre hombre sin autenticidad! — y la sentía tanto más que se había llevado mi manta roja y un barreño.



Enlaces



Malianni-Irigoyen. — General Lamadrid.



Buet-Faubricius. — Villaguay (Entre Rios).



Señorita Sofía Carpentiere con el señor Roberto Petit. — Rosario.



Señorita Antonia Granatti con el señor Fortunato Berti. — Luján.



Lima-González. — General Lamadrid.



EL MEJOR JUEZ ES EL TIEMPO

Falla con absoluta imparcialidad: un producto sin méritos desaparece; lo bueno, lo consagra. El

FERNET-BRANCA

ha quedado consagrado por varias décadas y su fama como Aperitivo-Digestivo-Higiénico sigue acrecentándose diariamente.

IMPORTADORES:
HOFER & Cía.
BUENOS AIRES

De Ramos Mejía



Alumnas de la Escuela Profesional V. A. de Tonkinson durante la clase de labor.

Señoritas de esta localidad que concurren a esta escuela, donde reciben sólida instrucción técnica.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

Ensayos sobre Filosofía y Arte, *por Benjamín J. Montero.* — El autor de este libro ha sido diplomático, y como casi todos los diplomáticos que no se satisfacen con el mero desempeño protocolar de su misión ha llevado un *Diario*, es decir, ha ido escribiendo las impresiones, las ideas, los sentimientos, los recuerdos que en él provocaban los sucesos, los hombres y las cosas. Establecido así, bien que un poco *grosso modo*, lo que son los *Diarios* de los diplomáticos, se comprende sin esfuerzo que la enorme mayoría de ellos sea poco atrayente, porque los diplomáticos son, en su enorme mayoría, personas asaz poco interesantes; pero éste no es el caso de nuestro autor. El señor Benjamín J. Montero, que ha tenido en diversos países la representación del suyo, es, en primer término, hombre de vasta y varia cultura, en sus dos formas capitales: humana y libresca. No ha quedado todavía definitivamente establecido cual de las dos culturas vale más, la humana o la libresca, es decir, el conocimiento de los hombres o el de los libros; pero parece indudable que más que cualquiera de ellas vale la feliz y armoniosa posesión de ambas, sobre todo si están unidos con aquel cemento, liviano y fuerte al propio tiempo, que es el conocimiento de las cosas, vale decir, el haber viajado mucho, que es precisamente el caso del autor de este libro, que no en balde anuncia en el título que en él se trata de Filosofía y de Arte. Confesamos con tanta ingenuidad como rubor que a nosotros la palabra Filosofía nos causa casi siempre una vaga impresión de miedo cuando la vemos en el título de un libro; miedo de perder el tiempo, porque hace tantos siglos que los filósofos vienen empeñándose en encontrar maneras nuevas de repetir cosas viejas... Mas el libro del señor Montero no es un tratado de Filosofía, ni siquiera la exposición minuciosa de su propia filosofía, sino la definición, por decirlo así, del aspecto filosófico de personalidades que nos interesan tanto como Eduardo Wilde y el general Roca. El señor Montero los conoció de cerca a ambos, de suerte que se halla en excelente situación para decirnos la posición que el uno y el otro tomaron ante la vida y ante los hombres, que no en otra cosa que en esa posición consiste, en realidad, la filosofía de cada cual; y así vemos, en las páginas de este libro, cómo va tomando relieve y color la figura espiritual, diremos, de los héroes del señor Montero, surgiendo, al propio tiempo, de la lectura la explicación profunda de muchos de sus actos capitales. Perfectamente preparado para entender y explicar la filosofía de ambos, el señor Montero no deja, en verdad, de exponernos los fundamentos de su propia filosofía, lo que era inevitable como fácilmente se comprende. Sus dos estudios resultan, pues, tan trascendentales como amenos, condiciones que no con frecuencia se hallan en trabajos de ese género, y que también el lector puede gustar en el estudio sobre la filosofía política de Maquiavelo. En el resto del libro del señor Montero, que es su buena mitad, entramos en los dominios del arte, alentados con el oportuno recuerdo de la encantadora leyenda renaniana de la maravillosa ciudad sumergida de Is. El señor Montero nos lleva especialmente a Italia, y no a toda Italia; pero allí a donde nos lleva advertimos en todo momento que nuestro *cicerone* es un maestro, a quien su propio amor al arte mueve a ponernos en contacto inmediato con artistas como el pintor Ballerini y con enamorados del arte como Aristóbulo del Valle. Naturalmente, el autor de este libro ama sobre todo a Roma, y cuando escribe de Roma recuerda a Stendhal, bien que éste parece amó más a Milán que a Roma, pues dispuso que en la lápida de su tumba se pusiese que había sido milanés. Y esta asociación de Roma y Stendhal, muy felizmente desarrollada por el señor Montero, hace nacer en nosotros un deseo singular: un libro o un estudio sobre Roma en que el autor, argentino por de contado, no se acuerde de nada de lo que otros han escrito sobre la Gran Ciudad, y nos diga, condorosamente, ingenuamente, humildemente, lo que él pensó de ella. Esto no quiere decir, por cierto, que lo que el autor nos dice de Roma no sea perfectamente digno de la atención aplicada del lector; es solamente la manifestación de un deseo, que, por lo demás, se ve en buena parte realizado en este libro, que revela en él el señor Montero no solamente conocimientos bastante extensos sobre la historia del arte en Italia, sino también, y es lo más interesante, un temperamento artístico sensible a todas las manifestaciones sinceras de la belleza. Igual puede decirse de los estudios titulados *Impresiones de Holanda* y *Recuerdos de Flandes*, en los cuales la maestría del autor se impone sin esfuerzo. En suma, los «Ensayos sobre Filosofía y Arte» del señor Benjamín J. Montero, bien que no sean sino fragmentos del Diario de un diplomático, dejan ver, y en forma por todo extremo satisfactoria, que se trata, más que de la obra de un diplomático, de la obra de un filósofo, de un artista excepcionalmente preparado para poner en su filosofía el arte y en su arte la filosofía que tan felizmente se completan.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Hojas de Laurel. Contribución a la celebración del primer centenario de la batalla de Carabobo, por F. Jiménez Arráiz. Ed. Imp. Bolívar. Caracas.

Sociedad de Beneficencia de la Capital. Su misión y sus obras; primer centenario; 1823-1923, por S. Madrid Páez. Ed. Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos. Buenos Aires.

Centenario del Tandil. Estudio retrospectivo original de Adolfo S. Sosa. Ed. «La Argentina». Tandil.

Fragmentos de Ilusión y de Fe. Colección de prosas cortas originales de F. Jiménez Arráiz. Ed. Tipografía Americana. Caracas.

Las Noches florentinas, por Enrique Heive, traducido al castellano por Julio Torri. Ed. «Babel», Buenos Aires.

CARNETS

Hemos recibido el carnet de acceso al local del «Boxing Club de Buenos Aires».

Acusamos recibo al Club Social y Deportivo «Buenos Aires» de un carnet de acceso a la sala social y campo de deportes. Agradecemos la atención.

Hemos recibido del C. A. San Lorenzo de Almagro el carnet de acceso al campo de deportes. Agradecemos la atención.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS:

La Quincena social. Número especial. Mendoza.

General Pinto, Album de. Bajo la dirección del periodista T. Duffau Romano. General Pinto (F. C. O.).

TEATRO:

El pequeño Napoleón, drama en tres actos, original de Arnaldo Rosetto. Ed. Panzini Hnos., Bahía Blanca.

REVISTAS Y PERIODICOS:

Mundo Cuyano. Año II. N.° 34. Mendoza.

La Novela Semanal. Año I. N.° 3. Bogotá (Colombia).

Amor. Año I. N.° 1. Buenos Aires.

Crónicas, Cuentos y Novelas. Año I. N.° 1. Buenos Aires.

Cooperación. Año 1923. N.° 3. Méjico. D. F.

El Crisol. Año I. N.° 3. Montevideo.

Renascenca. Año I. N.° 3. San Pablo. (Brasil).

Rev. de la Fac. de Derecho. Tomo II. N.° 2. Año 1923. Buenos Aires.

A. C. A. Año IV. Número 53. Buenos Aires.

Anales Gráficos. Año XIV. Número 3. Buenos Aires.

El Imparcial. Año I. Número 1, Pergamino.

Ibérica. — Hemos recibido de esta revista científica hispana, que se edita en el Observatorio del Ebro, Roquetas, Tortosa, los números que corresponden al primer trimestre del año 1923.

Radio Cultura. Año I, número 15. Buenos Aires.

La Linterna. Año I, número 8. Barcelona.

La Voz de Vera. Año I, número 11. Jobson (Santa Fe).

Tisiología y Tuberculinoterapia. Año III, número 3. Buenos Aires.

FOLLETOS:

La enseñanza vocacional, estudio para la reforma de la enseñanza argentina, por Ricardo Machado. Ed. Imp. Rosselli, Río Cuarto.

Constitución de la comunidad latino-americana, proyecto pendiente desde la Cuarta Conferencia Panamericana de Buenos Aires, reproducido en ocasión de la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, por Francisco de Paula Soria. Ed. «Artes Gráficas», Quito (Ecuador).


GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
Morenas
Su delicioso sabor a chocolate mezclado con el de las galletitas produce un efecto inconfundible.
¡Son de Bagley!
INDUSTRIA ARGENTINA
M.S.BAGLEY & Cia Lda
MONTES DE OCA 199-BUENOS AIRES
GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS

De Quilmes



Comisión directiva y socios de la S. de S. M. «Los Artesanos de la Colonia», que *celebraron* el 29.° aniversario de la fundación de dicha entidad.

Pascual Picinini, ganador del primer premio en la carrera ciclista de Quilmes La Plata y viceversa.

Los ciclistas que tomaron parte en la carrera momentos antes de comenzar la *prueba*.

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense



coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

María Esther Lerena

María Esther Podestá de Pomar

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther Podestá de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y esto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida."

Gladys Cooper



Lola Membrives

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

De Avellaneda



Público escuchando la oración fúnebre pronunciada por el señor Peri durante el acto del sepelio de don Pedro B. Lafón, cuyo deceso puso de relieve las hondas simpatías que el extinto supo conquistarse. — En círculo: Señor Pedro B. Lafón.

LAS DUDAS DE UNOS TURISTAS

Después de haber contemplado y admirado la grandeza de las cataratas del Niágara, un matrimonio anciano volvió a la estación del ferrocarril, y, mientras esperaba el tren, el marido entabló conversación con un desconocido.

— Venimos de ver las cataratas del Niágara — dijo.—No hay nada semejante en el mundo.

— ¿Las cataratas del Niágara? — preguntó el desconocido con socarronería. — En mi vida he oído hablar de ellas.

— ¡Cómo! ¡Es sorprendente! ¿No ha oído hablar de las cataratas del Niágara?

— No. ¿Qué es eso? — repuso el socarrón.

— Pues un río grandísimo que se precipita en el más espantoso precipicio que existe. Da verdaderamente miedo contemplar las cataratas.

— ¡Es raro! Los periódicos no las han mencionado siquiera.

— ¿No dicen nada de ellas? Pues esas cataratas deben de estar ahí hace miles de años.

— ¿No será algún pantano que se haya roto o que el río se haya salido de madre?

— No, señor, no.

— ¡Malo, malo! Los que se atreven a engañar a un anciano merecían que los castigasen severamente, que los ahorcasen. En mi vida he oído hablar de ellas — dijo el desconocido alejándose.

— ¿Has oído lo que ha dicho ese hombre? — preguntó el viejo a su mujer.

— Todo.

— Pues cuando volvamos a casa no digas a nadie que hemos estado a ver las cataratas del Niágara hasta que le pregunte a Esteban si es cierto que existen. Si me dice que no, no hay necesidad de que se rían de nosotros por haber sido engañados.



LA ELECCION DE ESPOSO

Contrariamente a lo que se piensa, la mujer árabe, antes y después del Islam, ha tenido derecho de elegir marido; pero como se verá, la elección no siempre resulta feliz...

Haris, hijo de Chams, de la tribu de Beni Asad, fué un día a visitar a Alkama, de la tribu de Beni Tai. Este tenía una hija famosa por su belleza y coqueta — como todas las mujeres hermosas, — quien se dejó admirar por Haris y al cual apresó con sus encantos y gracias. Una mañana se decidió por fin a pedir a Alkama en matrimonio a su hija.

— A quien pide en matrimonio — respondió éste — se lo casa; a quien solicita, se le acuerda; a quien desea, se le concede. Tú eres un hombre generoso y de noble familia. Tus virtudes son conocidas y tus cualidades apreciadas. Pero ante todo hay que considerar y reflexionar.

Decidieron presentarse a la madre de la muchacha.

— Te presento a Haris, — dijo Alkama a su mujer. — Es un hombre de alta posición y de antigua nobleza, que nos pide a nuestra hija Zabla en matrimonio y no quiere abandonarnos sin haber obtenido lo que espera.

La madre respondió: — Tengo que consultar a mi hija — y se fué a informar a ésta del pedido de Haris.

— Hija mía — dijo la madre, — ¿qué clase de marido prefieres? Un hombre audaz, resuelto, de aspecto orgulloso, razonable y lleno de experiencia, o bien un joven en plena frescura juvenil?

— Madre mía — respondió la hija, — prefiero un joven hermoso.

— Hija — respondió la madre, — un bello joven te hará sufrir de celos, mientras que un hombre de experiencia sabrá proporcionarte todo lo que necesitas para ser feliz.

— Pero, madre — respondió la hija; — las jóvenes aman a los hombres jóvenes, como los pastores de camellos prefieren los lugares en que hay pasto fresco.

— Un joven es exigente e imperioso — replicó la madre, — y tiene siempre reproches en los labios.

— Un viejo degradará mi juventud, y mis compañeras sentirán el placer de burlarse de mí.

Pero la madre insistió tanto, que obtuvo de su hija que consintiera en casarse con Haris, exigiendo a éste una gran dote compuesta de una tropilla de camellos con sus pastores, servidores y una fuerte suma en dinero.

El casamiento fué celebrado con gran pompa, y Haris, feliz, volvió con su joven esposa a su tribu.

Una tarde que Haris y su mujer estaban tomando fresco en un espacio libre delante de las tiendas, un grupo de jóvenes de la tribu de Beni Asad pusiéronse a luchar frente a ellos, mostrando todo el vigor de sus músculos y la frescura de su juventud.

La pobre Zabla lanzó un largo suspiro, bajó los ojos y se puso a llorar.

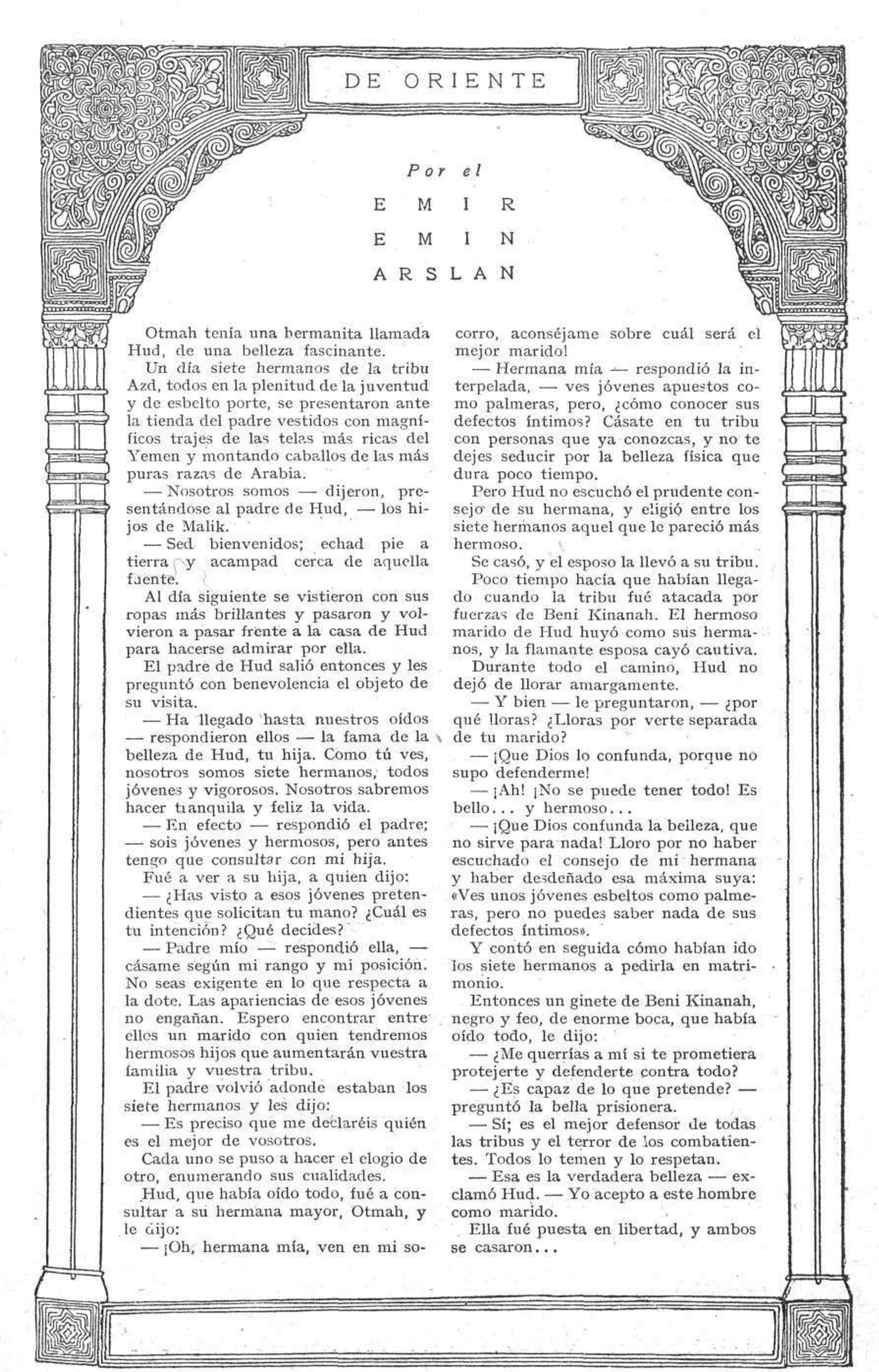
— ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? — le preguntó el marido.

Y Zabla cometió la vana crueldad de confesarle la razón y referirle la discusión que había tenido con su madre cuando se decidió a aceptarle a él como marido.

— ¡Ojalá te hubiera perdido tu madre cuando eras niña! — exclamó Haris. — ¿No sabes que una mujer libre, distinguida, de buena condición, aunque no tenga que comer, no recurre al producto de su cuerpo?... He hecho en mi vida muchas expediciones y han caído en mis brazos muchas bellas cautivas, y yo las he llevado en la grupa de mi caballo, y todas te igualaban en belleza y juventud. Vuelve al seno de tu familia, pues no he bebido ni beberé jamás en aguas turbias.

Y la muchacha volvió a casa de sus padres, repudiada, llena de contrición y de penas.

Otra elección de consecuencias más graves fué la de Otmah, hija de Mathud, célebre por su prudencia y la rectitud de su juicio. Su tribu escuchaba sus consejos y sus advertencias.



DE ORIENTE

Por el

EMIR EMIN ARSLAN

Otmah tenía una hermanita llamada Hud, de una belleza fascinante.

Un día siete hermanos de la tribu Azd, todos en la plenitud de la juventud y de esbelto porte, se presentaron ante la tienda del padre vestidos con magníficos trajes de las telas más ricas del Yemen y montando caballos de las más puras razas de Arabia.

— Nosotros somos — dijeron, presentándose al padre de Hud, — los hijos de Malik.

— Sed bienvenidos; echad pie a tierra y acampad cerca de aquella fuente.

Al día siguiente se vistieron con sus ropas más brillantes y pasaron y volvieron a pasar frente a la casa de Hud para hacerse admirar por ella.

El padre de Hud salió entonces y les preguntó con benevolencia el objeto de su visita.

— Ha llegado hasta nuestros oídos — respondieron ellos — la fama de la belleza de Hud, tu hija. Como tú ves, nosotros somos siete hermanos, todos jóvenes y vigorosos. Nosotros sabremos hacer tranquila y feliz la vida.

— En efecto — respondió el padre; — sois jóvenes y hermosos, pero antes tengo que consultar con mi hija.

Fué a ver a su hija, a quien dijo:

— ¿Has visto a esos jóvenes pretendientes que solicitan tu mano? ¿Cuál es tu intención? ¿Qué decides?

— Padre mío — respondió ella, — cásame según mi rango y mi posición. No seas exigente en lo que respecta a la dote. Las apariencias de esos jóvenes no engañan. Espero encontrar entre ellos un marido con quien tendremos hermosos hijos que aumentarán vuestra familia y vuestra tribu.

El padre volvió adonde estaban los siete hermanos y les dijo:

— Es preciso que me declaréis quién es el mejor de vosotros.

Cada uno se puso a hacer el elogio de otro, enumerando sus cualidades.

Hud, que había oído todo, fué a consultar a su hermana mayor, Otmah, y le dijo:

— ¡Oh, hermana mía, ven en mi socorro, aconséjame sobre cuál será el mejor marido!

— Hermana mía — respondió la interpelada, — ves jóvenes apuestos como palmeras, pero, ¿cómo conocer sus defectos íntimos? Cásate en tu tribu con personas que ya conozcas, y no te dejes seducir por la belleza física que dura poco tiempo.

Pero Hud no escuchó el prudente consejo de su hermana, y eligió entre los siete hermanos aquel que le pareció más hermoso.

Se casó, y el esposo la llevó a su tribu.

Poco tiempo hacía que habían llegado cuando la tribu fué atacada por fuerzas de Beni Kinanah. El hermoso marido de Hud huyó como sus hermanos, y la flamante esposa cayó cautiva.

Durante todo el camino, Hud no dejó de llorar amargamente.

— Y bien — le preguntaron, — ¿por qué lloras? ¿Lloras por verte separada de tu marido?

— ¡Que Dios lo confunda, porque no supo defenderme!

— ¡Ah! ¡No se puede tener todo! Es bello... y hermoso...

— ¡Que Dios confunda la belleza, que no sirve para nada! Lloro por no haber escuchado el consejo de mi hermana y haber desdeñado esa máxima suya: «Ves unos jóvenes esbeltos como palmeras, pero no puedes saber nada de sus defectos íntimos».

Y contó en seguida cómo habían ido los siete hermanos a pedirla en matrimonio.

Entonces un ginete de Beni Kinanah, negro y feo, de enorme boca, que había oído todo, le dijo:

— ¿Me querrías a mí si te prometiera protejerte y defenderte contra todo?

— ¿Es capaz de lo que pretende? — preguntó la bella prisionera.

— Sí; es el mejor defensor de todas las tribus y el terror de los combatientes. Todos lo temen y lo respetan.

— Esa es la verdadera belleza — exclamó Hud. — Yo acepto a este hombre como marido.

Ella fué puesta en libertad, y ambos se casaron...

12 de mayo

Gran Concurso Literario 1923

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio **500** $ m/n y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, doctor Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. —El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Señor Director de CARAS Y CARETAS. Para el concurso literario 1923. Buenos Aires.

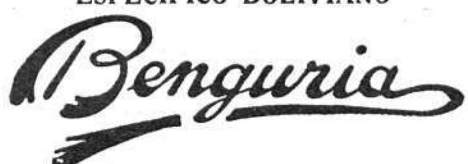
Cómo poseer una cabellera hermosa y abundante

El cabello es el más preciado ornato personal a que puede aspirar toda dama o caballero.

Con su belleza y profusión, el cabello realza los encantos y hace a los hombres simpáticos y atrayentes.

De ahí que sea uno de los atractivos cuya posesión más se desea. El maravilloso

ESPECIFICO BOLIVIANO



le retribuirá, con la confianza que Vd. le dispensa al usarlo, los resultados de una cabellera hermosa y ondulada.

Con su uso continuado, **las canas más rebeldes volverán a su primitivo color,** desapareciendo a la vez completamente la caspa y haciéndole nacer nuevo y abundante cabello.

Use **BENGURIA** si desea ser Vd. admirado y envidiado por su cabellera.

Sírvase escribir al Dr. Rafael Benguria B. pidiendo detalles sobre su maravilloso específico.

UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

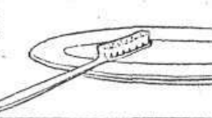
Dr. Rafael Benguria B.

Avenida de Mayo, 1239. — Buenos Aires. — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

SUCURSALES:

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.



De Villa Devoto

El intendente municipal, señor Noel, con los miembros de la Comisión de Fomento que lo acompañaron durante la jira que efectuara por esta zona.

¡Ay!, de mis penas más graves
compongo breve canción.
HEINE.

SANDWICHES Y PAN DE CREMONA

Cuento de oficina

MÍSTER Kipling era un jefe severo. Así lo confirmábamos los empleados de la Contaduría a sus órdenes, y cuantos tenían oportunidad de tratarlo en sus actividades oficinescas. No permitía conversaciones durante las horas de trabajo, y sus protestas adquirían alto tono si encontraba distraído alguno de sus subordinados. En cuanto le veíamos aparecer, todas las cabezas se inclinaban sobre los grandes infolios, y, lapicera en mano, se hacía necesario simular ocupación; entonces la máquina de escribir ejecutaba la nota difusa de un concierto wagneriano.

Nuestro horario era de las 9 a 11 y de 13 a 17. Las horas de la mañana pasaban veloces, imperceptibles casi. Al llegar a la oficina, a pesar de la severidad de Mr. Kipling, nada podía impedir los comentarios que se suscitaban al margen de las noticias políticas y la «gran conflagración europea». Nuestras discusiones, comenzadas *sotto voce* degeneraban en polémicas a gritos que se suspendían instantáneamente al chirriar de alguna puerta o al taconeo que anunciaba la llegada del jefe.

En las paredes de la oficina se destacaban grandes carteles donde podía leerse, en castellano o en inglés, preceptos y órdenes de esta índole: *Time is money* — *Get a move on* (apúrese) — *No se admiten visitas* — *Está prohibido fumar.*

Si Mr. Kipling notaba que alguno de sus empleados hacía su voluntad y no la que él imponía por intermedio de sus representantes los carteles, bien que amargaba al rebelde con sus rezongos y su quintal de consejos.

Mientras estuvo al frente de la Contaduría no podíamos distraer los minutos. Controlaba minuciosamente nuestros actos, oficiando de inspector riguroso si faltábamos por un momento de nuestros puestos. Entendía como «programa máximo» el cumplimiento íntegro del horario perdiendo el «mínimo» de tiempo. Con tal motivo había prohibido terminantemente el servicio del te de la tarde.

No deseo extenderme en mayores consideraciones sobre Mr. Kipling y sus modalidades. Quiero sí, dejar constancia en su favor manifestando que era persona preparada, culta, y que, fuera de la oficina, supo proporcionarnos ratos amenos y agradables...

CUANDO Mr. Kipling abandonó el puesto de contador, pasando a ocupar uno de más alta jerarquía, el actual jefe, Mr. Mac Murdo, a fin de ganarse nuestra estima (escoba nueva barre bien) nos otorgó un permiso de 20 minutos para tomar el te de la tarde. Al tener conocimiento de la disposición, sus empleados decidimos agradecerle el favor que nos dispensaba y, con tal motivo, nombramos una delegación que debía apersonarse ante él y hacerle expresivo nuestro agradecimiento. Mr. Mac Murdo nos recibió en su despacho poniéndose de pie.

—¿Qui dicen mochachos?...

Querol, el alegre camarada, dulce y bonachón, tomó la palabra.

—Vea, Mr. Mac Murdo, queremos expresarle nuestro contento por el permiso que nos ha otorgado para tomar el te. Ya verá: trabajaremos mejor. Claro, con el estómago *all right*... ¡Eh! ¿No es cierto, Mr. Mac Murdo?

—¡Oh! *yes.* Sólo pide yo no veinte minuts hacer cuarenta...

Desde entonces Querol se encargó de recolectar el fondo social, y cada uno aportó su parte, de acuerdo al presupuesto formulado de antemano, cuyo «Visto Bueno» se otorgó a ciegas. Esa misma tarde vimos llegar a Querol trayendo dos grandes paquetes, que luego abrió en nuestra presencia. Uno de ellos contenía 5 kilos de azúcar y una libra de te. El otro diez panes de Cremona fresquitos.

El calentador «Primus» comenzó a funcionar, y a las 15 desfilábamos de tres en tres, camino al archivo, sirviéndonos allí una taza de te con la correspondiente masa. El pinche de la oficina servía en su despacho a Mr. Mac Murdo y, al retirar el servicio, escuchaba el más cumplido agradecimiento. Y llegó a tal el entusiasmo de Mr. Mac Murdo por los panes de Cremona, que un sábado encargó a Querol le comprara veinte, dado que, reputándolos magistrales, deseaba asombrar a unos amigos, a quienes había invitado a su casa.

Cuando se dió fin al «stock» de la primera compra y Querol recabó nuevamente a cada uno la contribución de su parte, Disvey planteó condiciones. El aportaría el importe correspondiente al te y al azúcar, no así la de los panes de Cremona. Adujo en su razón que éstos no le gustaban; que a veces no eran bien cocidos, y que para n comer a disgusto la masa él se proveería de ella en adelante. No hubo inconveniente y así se hizo.

DISVEY descendía de ingleses. Contaba veinte años de edad. Era silencioso, trabajador y amigo de pocas bromas. Posiblemente contribuía a la formación de su carácter — que contrastaba con lo escaso de su edad — el que fuera tartamudo. No pudiendo expresarse tal como eran sus deseos, se tornaba nervioso, máxime si se tiene en cuenta que las conversaciones de oficina se cambian con rapidez y en voz baja, especialidades de que Disvey carecía. A esta razón, que ya lo distanciaba de sus compañeros, agréguense las bromas — a veces de mal gusto — que con motivo de su defecto se le hacía objeto.

Hay días en la oficina que por circunstancias indeterminadas, sin premeditarse, sin preconcebir un plan, las burlas recaen sobre uno, y aun cuando éstas no llevan deseos de herir, ni son originadas por una disposición de mala fe, quien debe soportar el «buen humor» de los demás llega a perder la paciencia.

Durante más de una semana, al llegar la hora del te, Disvey se encaminaba al archivo, llevando un voluminoso sandwich de pan de Viena. Masticaba despaciosamente, y a cada bocado sorbía del pocillo un trago de te. Viéndole comer se creería que saboreaba el más apetitoso manjar de los dioses. Nosotros engañábamos el hambre con el eterno pan de Cremona, mientras Querol amenizaba nuestro modesto *three o' klock tea*, que, de los 20 minutos reglamentarios, se extendía fácilmente a la media hora.

UNA mañana Disvey tuvo que soportar nuestro «buen humor». Noviaba en aquella época con una joven llamada Amelia, y sus compañeros de tareas recibíamos las confidencias de su pasión ardorosa y cándida. Querol, imitando con maestría los gestos y la voz de Disvey, nos ofreció una graciosa pantomima. Trabando la lengua cual si fuera un perfecto tartamudo comenzó a declamar, con exagerada comicidad, la supuesta declaración de amor que Disvey formulara a su querida Amelia. Este motivo sirvió de tema por mucho tiempo, y el enamorado Disvey soportaba la burla con dolor manifiesto, nervioso e inquieto, inclinada su rubia cabeza sobre el escritorio pensando Dios sabe en qué cosas. Desde entonces, y siempre que esto se repetía por las mañanas, al dar las once horas, Disvey tomaba su som

brero y a paso breve y rápido, balanceando rítmicamente el busto, puesta la mirada en tierra, se alejaba sin despedirse de nadie, visiblemente atormentado. Y, al retornar a las trece, comprobábamos que se había olvidado el sandwich.

En cuanto el pinche nos anunciaba que el te estaba listo, Querol tomaba el paquete de panes de Cremona y se dirigía al archivo. Tras él nos encaminábamos los demás, agradable costumbre que habíamos adquirido olvidando la disposición del jefe.

El día que por primera vez Disvey no trajo su sandwich, cada uno cortó un trozo de su pan de Cremona convidándole con él. Este sistema volvió a repetirse las veces que nuestro compañero caía en dicho olvido, y el acto no dejaba de ofrecer su nota de alegre ironía.

— ¡Cómo te lleva el amor! — le decíamos.

— Alimentate querido; toma este trozo de Cremona. Necesitás combustible para alimentar tu pasión, — o:

— No sólo de amor vive el hombre.

Disvey, con la vista gacha y roja la tez, aceptaba las bromas y la Cremona. Hay en el espíritu de los oficinistas una resignación sin límites. Las chanzas se toleran más allá de la susceptibilidad corriente en los círculos más íntimos. Acontecían en nuestra cofradía bonachona notas ingratas para cualquier profano de la vida que se desarrolla en las oficinas. Sin embargo, transcurría el día y se tornaba al siguiente olvidando las rencillas; se comenzaba de nuevo la tarea con alegría, la mirada serena, libre de resentimientos. La suave jovialidad de nuestras almas desechaba el peso de los rencores y la inquina; el amor florecía en nuestros corazones.

Un día, al retornar a la oficina después del almuerzo, encontramos a Disvey ya instalado en su puesto. Contestó a nuestro saludo mirándonos al rostro. Un gran contento chispeaba en sus pupilas. Habló animadamente. Luego, yendo de uno a otro, nos dijo:

— Cu-cuando va-yas a to-tomar el te, me avi-visás

Después de un rato nos preguntó.

— ¿Les gustan los san-sanwi-ches de ro-roke-fort?

Nos gustaban de verdad y le respondimos que sí.

A las catorce y media volvió a alzarse de su asiento y, aproximándose a cada uno:

— Che — dijo — tengo un san-san-wick de queso ro-roke-ke-fort para vos. Avi-same cu-cuando te-te sir-vas el te.

No pudo escapar a nuestro criterio el deseo de retribución que había en el obsequio de Disvey, y Querol experimentó un ansia vehemente de divertirse a costa del dadivoso camarada. Querol había cursado el bachillerato en el Colegio Nacional del Uruguay, y conservaba intactas las modalidades adquiridas en sus cinco años de internado. Buscaba oportunidades para lucir su ingenio de bromista y «donde ponía el ojo ponía la bala».

Querol nos llamó al archivo y nos dijo:

— Vean muchachos; nadie le acepte un sandwich a Disvey. ¡Que se los coma todos él solito! Ya saben, los sandwiches de rokefort empachan. Además el olor es muy fuerte. ¡Nos vamos a reír de lo lindo!

Así fué. Nadie aceptó el obsequio de Disvey. Este se deshizo elogiando el rokefort y los pancitos de Viena, pero todos mantuvimos la consigna: empachan, empachan y empachan. Además el olor es muy fuerte, muy fuerte... Hasta insistimos para que él mismo desistiera de comerlos, ofreciéndole, como otras veces, nuestro pan de Cremona.

Disvey, confirmando los ascendientes de su genio inglés, mantuvo sus convicciones, volviendo a hacer un conceptuoso elogio de los sandwiches. Y para demostrarnos que no podían hacer mal, se comió los diez, bebiendo a la par tres pocillos de te; todo en menos de media hora. Sin decir palabra se instaló luego junto a su escritorio, trabajando afanosamente. Su gesto era rígido y sus ojos, atentos en la labor, estaban rojos y brillantes cual si flotaran en ellos algunas lágrimas...

La broma estaba consumada. Una grave circunspección y un hondo silencio siguió a la farsa.

A las diez y siete horas abandonamos la oficina, divididos en varios grupos. Disvey se acercó a mí, proporcionándome con ello una gran alegría. No tuve valor para mirarle. El me tomó del brazo, diciéndome:

— ¿Me-me querés hacer un fa-favor?

— ¡Y dos también! — le repliqué al punto.

— Mirá, tengo u-una cita con, con A-Amelia, a-a las diez y sie-te y media, en Bal-Balcarce y Victo-ria. Espe-rala allí, y-y decile que-que no me a-gu-arde. Yo no pue-edo ir.

Su voz era trémula. Disvey guardó silencio. Le miré. Estaba muy pálido; un gesto de dolor contraía su rostro.

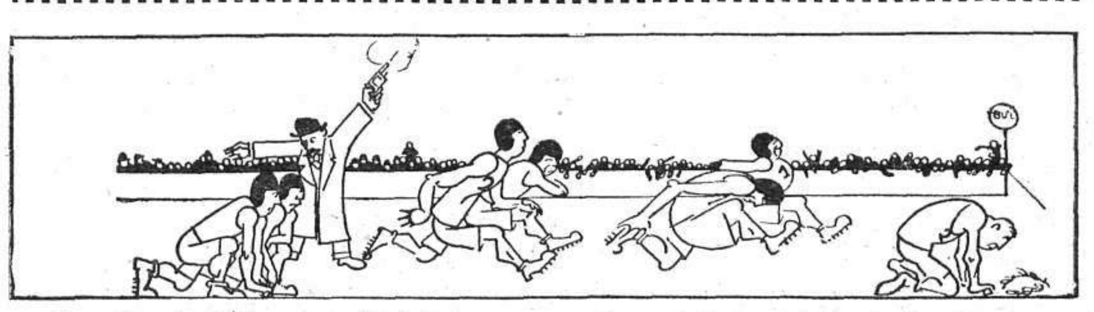
— ¿Qué te pasa? — le pregunté agitado.

Se llevó las manos al vientre.

— ¡Qué qué-querés! — me dijo. — Por lo visto, ustedes te-tenían razón. Los sand-wiches me han hecho mal.

Temí por él y le acompañé hasta su casa. Amelia aguardó en vano que llegara. Indignada le remitió una carta llamándole «ingrato», y nunca más enfrentó en su camino. Conmovidísimo, Disvey solicitó ingresar nuevamente a la comunidad de los panes de Cremona. Fué aceptado con grandes demostraciones de júbilo. Le agasajamos cumplidamente, ofreciéndole dos panes de Cremona y se los comió. ¡La pérdida de Amelia no le había quitado apetito!

LAZARO LIACHOVITZKY

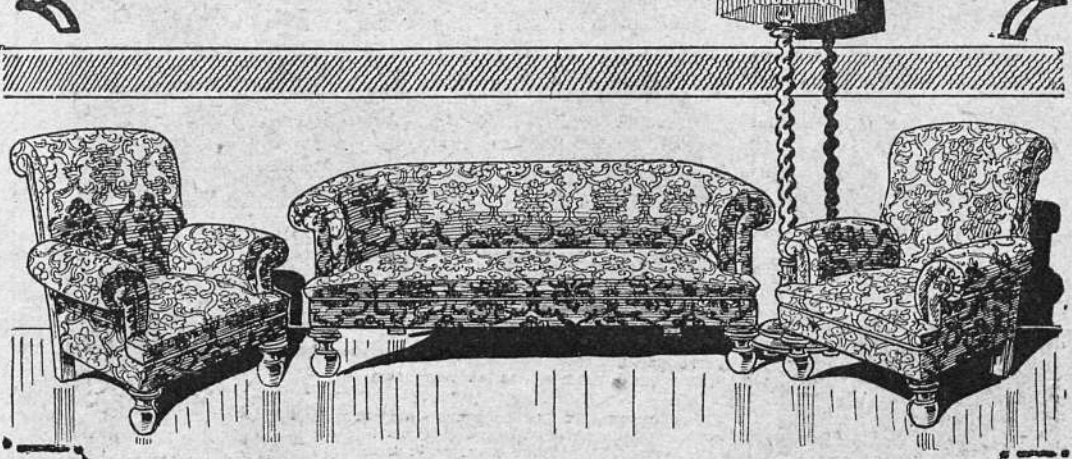


Lo que diferencia al hombre que corre del caballo de carreras es que, al menos, los laureles que éste gana se los puede comer.

De Haedo (F. C. O.)



Público que asistió al gran festival artístico y danzante organizado por la sociedad Jóvenes del Sud.



Elegantísimo juego para LIVING ROOM, sofá y 2 sillones, tapizados en yute Gobelino obscuro.
PRECIO NETO — PROPAGANDA .... $ 375

CREDITOS

1853 ↔ 1923

Aviso para el interior
NUESTRAS FÁBRICAS
estan en plena producción
aprovechen de las
GRANDES REBAJAS
sobre nuestro catálogo.
(para el interior)



Gratis
catalogo
Nº66

Anexo:
Lavalle 1302

De Chacabuco



Señor Abraham Abramowsky, alevosamente asesinado.



Comisario señor Francisco Costabile con el personal que lo acompaña en la investigación.



Cabeza de la víctima.

Un alevoso crimen, que solamente puede tener por autor a un ser anormal, ha sido cometido en la persona del honrado comerciante de esta localidad señor Abraham Abramowsky.

Habiendo llamado la atención el encontrar cerradas las puertas del negocio, siendo las ocho de la mañana, cosa que contrariaba las costumbres de la víctima, la policía con la cooperación de algunos vecinos forzó la entrada, encontrándose frente a un horrible cuadro de sangre.

Bajo un colchón, que seguramente acalló sus gritos; con la cabeza partida por un golpe, yacía el cuerpo del señor Abramowsky.

La policía local, a cuyo frente se encuentra el comisario señor F. Costabile, ha puesto en juego toda la habilidad de sus agentes para dar con la pista que guíe al esclarecimiento de este hecho, que tan hondamente ha repercutido en esta tranquila población.



El cuerpo de Abramowsky, tal como fué encontrado por la policía.

Economía en la Cocina

Usese el

ROYAL

BAKING POWDER

(Polvo "Royal" Para Hornear)

Absolutamente Puro

Para Economizar Huevos

En muchas recetas se necesitan solamente la mitad de huevos y en otras éstos pueden suprimirse por completo si en lugar de cada huevo omitido se añade una cucharada pequeña de Royal Baking Powder.

Pruébelo con la siguiente receta:



ENROLLADO DE JALEA

Todas las medidas a nivel

1 taza de azúcar — 225 gr.
1 1|2 tazas de harina — 170 gr.
2 cuch. pequeñas de Royal Baking Powder — 8 gr.
1|8 cuch. pequeña de sal — 1|2 gr.
2 huevos.
4 cuch. pequeñas de agua caliente — 1|16 lit.
Jalea de cualquier fruta.

Se ciernen el azúcar, la harina, la sal y el Royal Baking Powder juntamente. Se agregan los huevos batidos y después el agua caliente. Bátase bien hasta que la mezcla esté bien suave y échese en una cacerola grande engrasada de antemano. La masa debe disponerse de forma que después de cocida no tenga mayor espesor que 1|4 pulgada — 6 mm. Se cuece en un horno de temperatura media por espacio de 8 a 10 minutos. Terminada de cocer se dispone la masa sobre un papel moreno y se cubre con una capa delgada de jalea bien batida. Con un cuchillo bien afilado se cortan las irregularidades de los bordes y estando todavía caliente se enrolla, levantándola por medio del papel. Para que guarde el rollo su forma, se envuelve con un paño mojado en agua fría. Se rocía con azúcar en polvo.

¡CUIDADO!

Al comprar pida Vd. siempre ROYAL BAKING POWDER, que significa "Polvo ROYAL para Hornear". No use la palabra ROYAL solamente, pues esto da lugar a entregarle algo que no es el legítimo. Fíjese siempre si la lata que obtiene lleva reproducida en la etiqueta la misma lata con la palabra "ROYAL". Sin este requisito no es el legítimo.

Un preparado perfecto para levantar toda clase de alimentos hechos con harina.

Pídase el nuevo libro de cocina, que mandamos gratuito, a nuestro representante en **Buenos Aires, L. Van Bokkelen, Casilla Correo N.° 1037,** o bien a **Royal Baking Powder Co., New York, N. Y.**

De venta en todos los Almacenes



CUADRITOS HUMANOS

(APUNTES DE UN CRONISTA)

LA MUJER DEL CHAUFFEUR

Ahí está, parada. Alta, garrida, morenaza. A la puerta de la casa humilde la veo por las noches cuando paso a recogerme. Podrán ser las ocho, o las diez; cierta vez la vi a cosa de las once. Ella está allí, cuidando el automóvil de su marido. Mientras él cena, la mujer vigilante cuida el coche. ¡Hay tantos ladrones!

Y yo no sé por qué causa me estremezco cada vez que en mi calle diviso a la mujer que cuida el auto. Pero hay tanta belleza sencilla y humilde en este cuadro de amor, en esta mujer silenciosa que espera que su compañero en la vida termine de cenar, que, yo no sé... o soy un tonto o en realidad hay en esta escena algo divinamente sentimental. Con la imaginación le hago un reportaje a la mujer del chauffeur.

— Mire usted — me dice; — mi marido sale a las seis de la mañana. Es raro el día que viene a almorzar antes de las dos de la tarde, cuando no a las tres o las cuatro. Calcule usted mi angustia, mi eterno sobresalto al pensar que a mi marido pudo haberle ocurrido alguna desgracia. Mi pensamiento se inmoviliza con una idea fija: ¿vendrá a almorzar? ¿vendrá a cenar? ¿vendrá herido?... ¡Oh! ¡Qué alegría inmensa cuando oigo los toques de bocina que me anuncian que viene! ¡Qué tranquilidad! Todos los sufrimientos del día, todas las fatigas, se desvanecen como un sueño... Hasta mi nene, que tiene tres años, y mi nena que tiene dos, empiezan a saltar como pajaritos cuando presienten la llegada de mi marido. Muchas veces se quedan dormidos antes de que él llegue. Y llega para irse en seguida. Cena. La mayor parte de las veces la comida está recalentada. ¡Qué fastidio! Pero, ¡qué le vamos a hacer! Esa es la suerte de los pobres: sufrir con resignación. Nos queda un único consuelo: los nenes. Trabajar para ellos, para que no les falte nada, para que tengan salud, para que crezcan sanos y fuertes, para que mañana, cuando sean grandecitos, sean dignos, honrados y puedan pasar una vida mejor que la nuestra, y se acuerden con cariño de sus padres, que hicieron por ellos tantos sacrificios, y que sean el consuelo y el sol que alumbre en nuestra vejez... Con esos amores y esas esperanzas la vida se nos hace más llevadera, más dulce. Y es por eso por lo que usted me ve aquí, vigilando el coche. ¡Hay tantos ladrones!

....

El auto descansa de la fatiga diaria. Está ahí silencioso, con sus dos pupilas iluminadas y parece que él también tuviese alma. Los briosos corceles dormitan. Y es para aquella mujer hierática, que veo parada en la puerta, vigilante, *el pan nuestro de cada día: el puchero.*

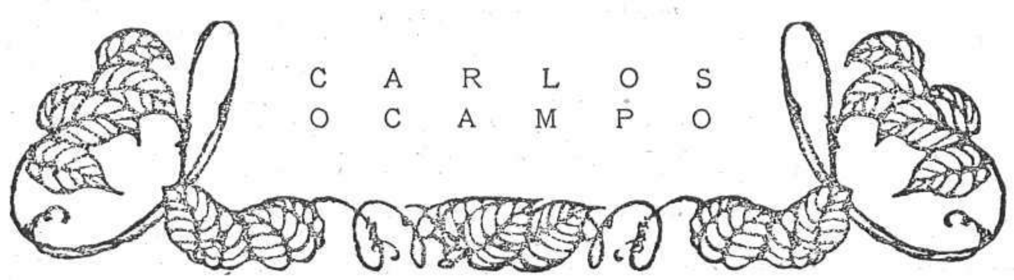
MI RELOJ

Yo tengo un reloj de bolsillo que heredé de mi padre y que éste heredara del suyo. Ha perseverado en su marcha continua a través de medio siglo sin desfallecimientos, sin fatigas, sin interrupciones en su tic tac arrogante y acompasado. El anunció mi nacimiento, él estuvo presente, impávido, como una gran pupila, en todos los actos trascendentales, históricos, de mi vida de hombre humilde...

Cual un corazón palpitante, asoció sus latidos a los míos cuando sin freno mi sangre y cuando mis nervios, como una gran orquesta, rimaron la sinfonía sagrada del mago arquero; cuando mi corazón, hecho flor, destilando miel, reventó en luces bengalíes iluminando mi pecho con la aurora celeste del primer amor. El supo de todas mis angustias, de todas mis inquietudes, de todas las dulzuras de mi alma. Incansable, siguió día y noche a mi lado, como un socio en mis penas y en mis dichas. ¡Estoy sujeto a este reloj como un esclavo!... ¡Cómo ha retardado, con intención malvada, el dorado momento de la cita de amor! ¡Cómo ha precipitado el momento desagradable, el preciso instante infeliz, el trágico paréntesis de tiempo por donde se colaron mis desventuras y desesperanzas! En su esfera, en su entraña de ruedas y engranajes, palpita todo mi destino. ¡Este pequeño aparatito encierra la simiente de mi porvenir y de mi pasado: ¿Quién de los dos caerá primero? Le contemplo queriendo descubrir todo lo que él sabe y no me dice. Indiferente, sigue palpitando, ajeno por completo a mis ansias de saber. Los minutos se van sumando a los minutos, las horas pasan... y vuelven los minuteros por el mismo camino, por el sendero ya trazado. Y se me ocurre que la vida es eso: una esfera muy grande, con caracteres cabalísticos que son los tramos que señalan los hechos más importantes de nuestra existencia, que comienzan con la hora una y terminan con la hora doce.

Sin embargo, falta la hora definitiva, la hora cero...

Esa hora vacía, en la cual no nos ocurrió nada, absolutamente. Esa hora que se detuvo ante nosotros para vernos pasar... esa hora cero, en la cual tal vez vinimos al mundo... y que nos espera silenciosamente para darnos la postrer despedida...



CARLOS OCAMPO

EL TEATRO "COLON" LLEVADO A SU CASA POR MEDIO DE LA "CONCERTOLA"



Su belleza y sobre todo su encantadora voz y dotes artísticas la colocan a gran altura entre las más grandes sopranos del mundo.

Discos dobles de 25 ctm., $ 3.— c/u.

E 1995
- **Cavallería Rusticana,** «Tu qui Santuzza?». Dúo con Tommasini.
- **Cavallería Rusticana,** «La tua Santuzza, piange». Dúo con Tommasini.

E 2914
- **Cavallería Rusticana,** «Inneggiamo al Signore». Con Coro de la Scala.
- **Cavallería Rusticana,** «Ah! lo vedi». Dúo con Tommasini.

E 2459
- **Forza del Destino,** «La Vergine degli Angeli». Con Coro de la Scala.
- **Forza del Destino,** «Madre pietosa, Vergine». Con Coro de la Scala.

E 2702
- **Mefistofele,** «Lontano, Lontano». Dúo con Tommasini.
- **Mefistofele,** «Ave Signor». Bajo V. Bettoni.

E 1895
- **Otello,** «Ave Maria».
- **Otello,** «Canzone del Salice».

CARLOS GALEFFI

El insigne, idolatrado barítono.

Discos de 30 ctm., $ 5.— c/u.

S 5130
- **Nabucco,** «Chi mi toglie il regio scettro».
- **Nabucco,** «Dio di Giuda».

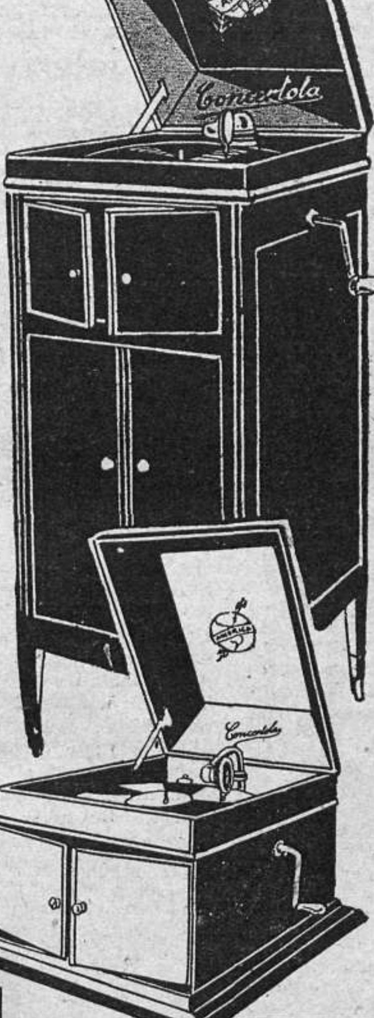
S 5131
- **Rigoletto,** «Pari siamo». Verdi.
- **Rigoletto,** «Cortigiani, vil razza». Verdi.

S 5132
- **Il Barbiere di Siviglia,** «Largo al factotum». Rossini.
- **Ernani,** «Oh, dei verd'anni miei». Verdi.

S 5133
- **Pagliacci,** «Prologo». Leoncavallo.
- **La Gioconda,** «O Monumento». Ponchielli.

S 5134
- **Un Ballo in Maschera,** «Eri tu». Verdi.
- **Otello,** «Il credo». Verdi.

Siempre el más novedoso y extenso surtido en bailables modernos.



CONCERTOLA, con armario (N.º 5), rica madera Roble o terminación Caoba, con 12 piezas y 600 púas, $ **250**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.

CONCERTOLA de mesa (N.º 4 bis) en madera de Roble o terminación Caoba, con 6 piezas y 200 púas, $ **150**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.



El magnífico tenor de la garganta de oro.

Discos Victor de 25 ctm., $ 4.60 c/u.

- 66090 — **Te quiero,** «Canción».
- 66091 — **Tosca,** «E lucevan le stelle».

Discos Victor de 30 ctm., $ 6.20 c/u.

- 74774 — **Ay, Ay, Ay,** «Estilo criollo».
- 74775 — **Romeo e Giulietta** (La nuevísima ópera del maestro Zandonai), «Giulietta, sono io».
- 74778 — **Carmen,** «Il fior ch' avevi a me tu dato».

MARCEL JOURNET

El bajo maravilloso, el artista insuperable.

Discos Victor de 25 ctm., $ 4.60 c/u.

- 64035 — **Boheme,** «Vecchia zimarra».
- 64036 — **Faust,** «Le veau d'or» (en francés).
- 64119 — **Faust,** «Invocación de Mefistofele».
- 64126 — **Mefistofele,** Prólogo, «Ave Signor».
- 64235 — **La Flauta Mágica,** «Invocación» (en francés).
- 64557 — **Le Pére de la Victoire,** «Canción patriótica francesa» (en francés).
- 64558 — **La Brabanconne,** «Himno Belga» (en francés).
- 64567 — **Inno di Mameli,** «Himno patriótico italiano» (en italiano).
- 64586 — **Marche Lorraine** (en francés).
- 64651 — **Chant Patriotique Belge** (en francés).

Discos Victor de 30 ctm., $ 6.20 c/u.

- 74008 — **Ernani,** «Infelice, e tu credevi».
- 74036 — **Faust,** «Serenata de Mefistofele».
- 74037 — **Le Rameaux,** «Canción de Faure» (en francés).
- 74039 — **La Marseillaise** (en francés).
- 74104 — **Barbiere di Siviglia,** «La Calumnia».

Otros modelos de Concertolas, desde .... $ **45**

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21 de Concertolas, Grafófonos y Victrolas, enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

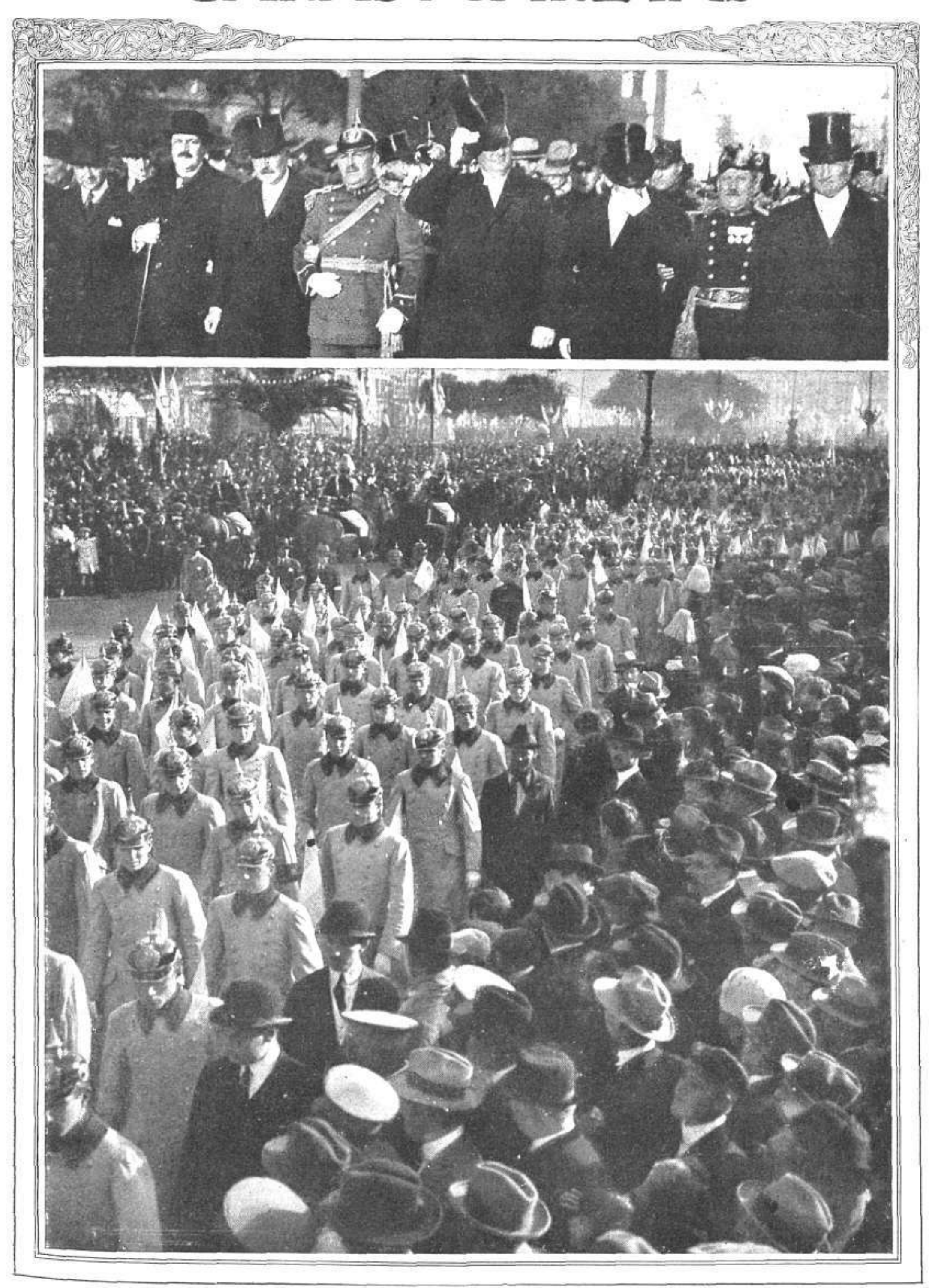
STAHLBERG & RIGOTTI

A. de MAYO, 979
Buenos Aires

No tenemos SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

BUENOS AIRES, 2 DE JUNIO DE 1923

AÑO XXVI CARAS Y CARETAS N.º 1287



CELEBRACION DE LA FESTIVIDAD PATRIA

El Presidente y el Vicepresidente de la república, los ministros, los miembros del cuerpo diplomático y altos funcionarios dirigiéndose a la Catedral para asistir al Te Déum oficiado en acción de gracias con motivo del patriótico aniversario. — *En la parte inferior*: Grandiosa manifestación que se formó en la plaza del Congreso y que recorrió triunfalmente la Avenida de Mayo, siendo luego encabezada por el doctor Alvear en la plaza de Mayo. Como en años anteriores, el pueblo exteriorizó su entusiasmo cívico desfilando en grandes núcleos durante todo el día y parte de la noche.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DESFILE MILITAR



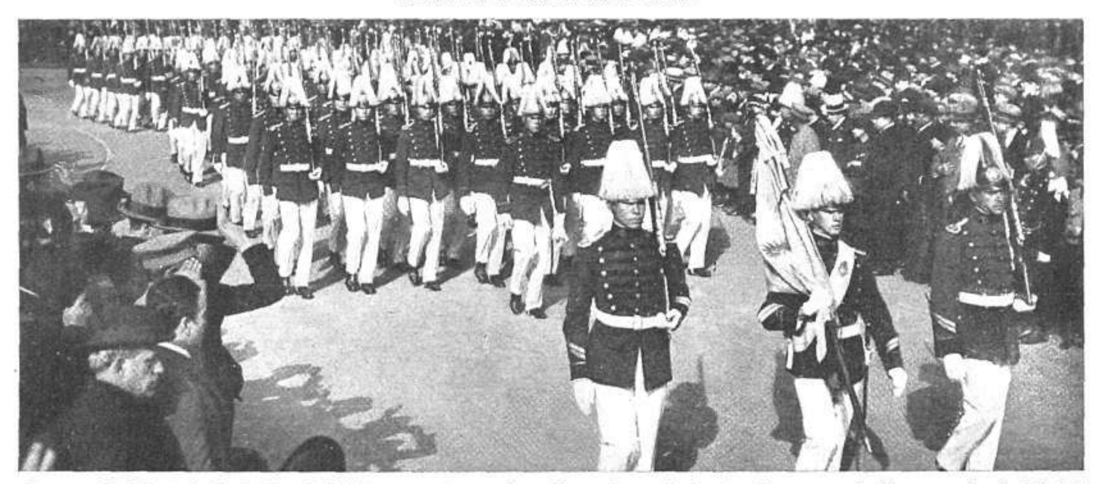
El coronel Horacio Peralta Martínez, jefe de las fuerzas que tributaron honores al Presidente de la República.



Escuadrón de Granaderos a caballo desfilando.



Cadetes de la Escuela Naval Militar.

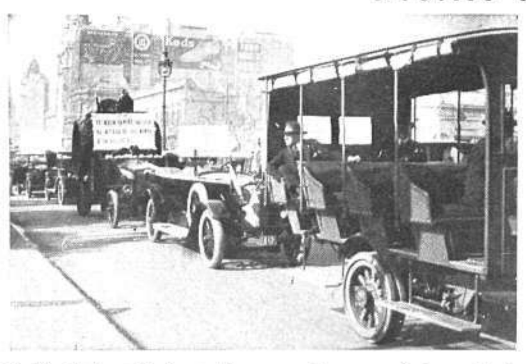


Alumnos de Infantería de la Escuela Militar, cuyo paso por las calles, así como la de otras fuerzas que desfilaron por la ciudad, fué **saludado con grandes aclamaciones por la enorme concurrencia, demostrándoseles la simpatía que despierta su gallarda corrección.**

FOTOS DE ARROYO Y BELL

FESTEJOS CONMEMORATIVOS

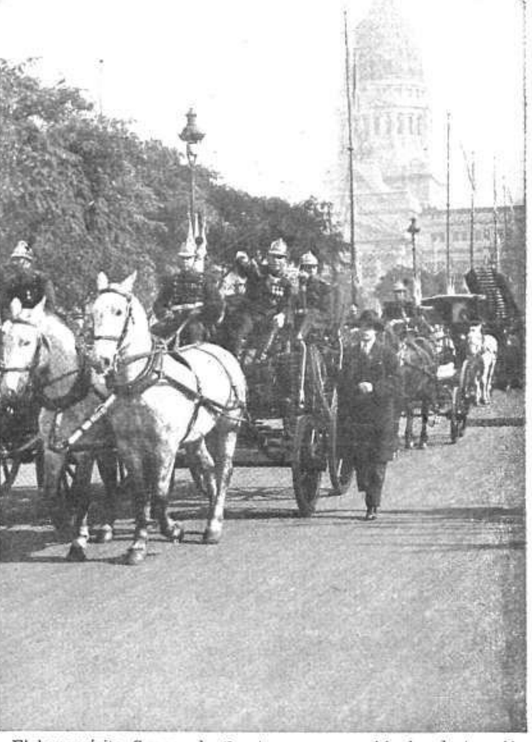
Desfile de rodados



Desfile de los vehículos antiguos y modernos que fué organizado por el Touring Club. Sección de "autos", camiones y ómnibus.



Las famosas diligencias en que viajaban nuestros abuelos tuvieron su representación en el desfile, despertando simpática curiosidad en el público.



El benemérito Cuerpo de Bomberos y sus vehículos de tracción a sangre constituyeron una hermosa atracción por las calles de la ciudad.

Homenajes ante los monumentos de San Martín y Falucho



Acto patriótico tributado al pie de la estatua del Libertador por el personal docente y los alumnos del Colegio Nacional Faustino Sarmiento.



El ministro de la Guerra, coronel Justo, y otras personalidades al descubrirse el monumento a Falucho, ubicado definitivamente en la intersección de las calles Luis María Campos y Santa Fe.

En los Nuevos Mataderos



Señorita Clelia Torre pronunciando un discurso alusivo.



Niños cantando el himno nacional al aire libre, acto que fué seguido de un notable programa de fiestas.



Sr. Américo P. Bellotti pronunciando una patriótica alocución.

FOTOS DE BELL Y VARGAS

En el Hogar Gallego



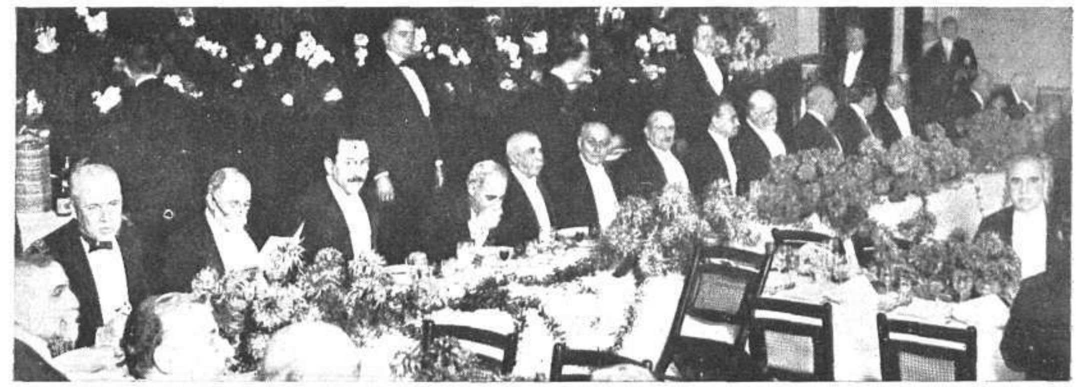
El embajador de España, marqués de Amposta, el intendente municipal, doctor Noel, y los miembros de la junta directiva del "Hogar Gallego" en el acto de la inauguración del nuevo y hermoso local situado en la calle Estados Unidos 1532.

Liga Argentina de la Juventud Católica



La señora del presidente de la República, doña Regina Pacini de Alvear, y miembros de la Junta Superior de la Liga Argentina de la Juventud Católica, que asistieron en la Basílica de San Francisco a la ceremonia de la bendición de sus banderas.

Demostración a los delegados a la V Conferencia Panamericana



Cabecera del banquete ofrecido por la Comisión de Homenaje a los miembros de la delegación argentina de Santiago, acto significativo en que se puso de relieve la simpatía que despertaron los que tan dignamente llevaron la representación de nuestro gobierno a la V Conferencia.

En el Colegio Nacional de Escribanos



El jefe de policía, señor Jacinto Fernández, y la comisión directiva de la institución citada celebrando con un lunch el aniversario de la patria.

Expedicionarios al desierto



El ministro de la guerra, coronel Justo, y altos representantes de nuestro ejército que asistieron al banquete anual celebrado por *los Expedicionarios al desierto.*

En el Instituto nacional de Sordomudas



El representante del ministro de I. Pública y el personal superior en el acto de la fiesta de confraternidad argentino-uruguaya.

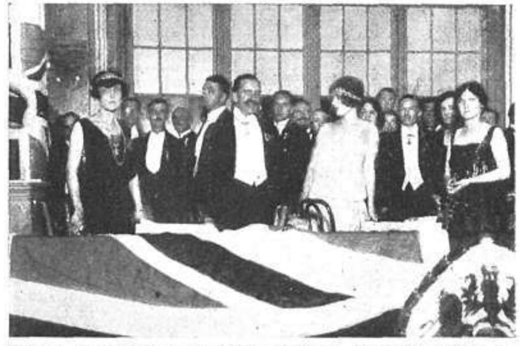
Festival patriótico

Damas y caballeros que tomaron parte en el festival conmemorativo organizado por el Club Empleados de Compañías de Seguros.

Celebración del "Empire Day"

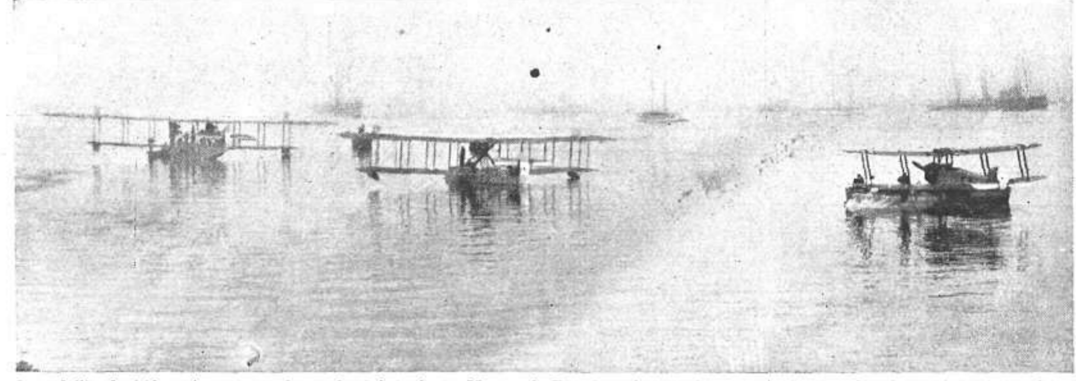


El ministro de Inglaterra rodeado de distinguidos compatriotas en el banquete con que la colectividad británica celebra todos los años el "día del Imperio".



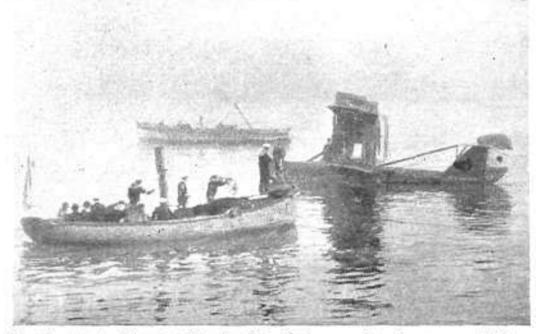
Sir B. F. Alston en el Pabellón de las Rosas, donde se celebró un lucido baile para festejar la patriótica fecha, y al cual asistieron las familias mas conocidas de la colonia.

La escuadrilla de hidroaviones de la Armada



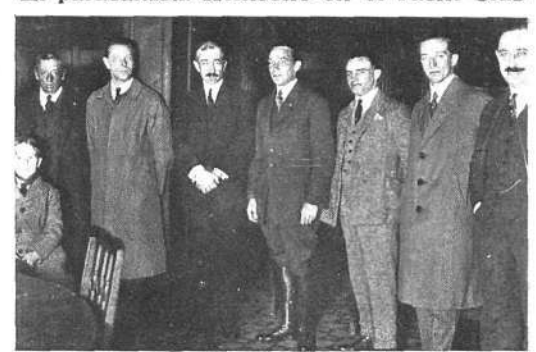
Escuadrilla de hidroaviones que al mando del teniente Marcos A. Zar ejecutó magníficas evoluciones sobre la ciudad, llamando la atención del enorme público que presenció sus vuelos, constituyendo uno de los números más atractivos realizados durante las festividades patrias.

El ministro de marina visita los hidroaviones



El almirante Domecq García dirigiéndose en lancha a uno de los hidroaviones, en el cual, después que la densa niebla reinante se disipó, hizo un interesante paseo por sobre la capital.

El paracaidista Heinecke en el Yacht Club



En el centro del grupo: El ingeniero alemán Otto Heinecke después de realizado su sensacional descenso con paracaídas, rodeado de algunos miembros del Yacht Club.

En el Club de Flores



Distinguidas señoritas y jóvenes que concurrieron al baile de gala con que el club se asoció a la magna fecha patriótica del 25 de Mayo.

Fiesta infantil



Precioso grupo de niños reunidos en la residencia del doctor Luis A. Villarroel, donde fueron amablemente obsequiados por los gentiles dueños de casa.

El crimen del chauffeur Forte

Reconstrucción hecha en presencia de los funcionarios policiales por los mismos malhechores



Luis Kargus llevado por la policía de investigaciones al lugar del suceso para tomar parte en la reconstrucción.



El juez de instrucción, doctor Chaneton, y los comisarios de investigación, señor Ricardo V. de la Cuesta, y de la policía de Olivos, señor Rodríguez, de destacada actuación en el esclarecimiento del hecho.



El criminal Luis Kolle que con su compañero reconstruyó la sangrienta e impresionante escena.



Kolle aplicando el martillazo en la sien derecha del chauffeur Forte, que le ocasionó una muerte instantánea. Ese asalto, como se recordará, originó grandes comentarios, pues se asemeja a los otros que en forma tan misteriosa se venían realizando.



El cuerpo de Forte sacado del pescante por el asesino Kargus.



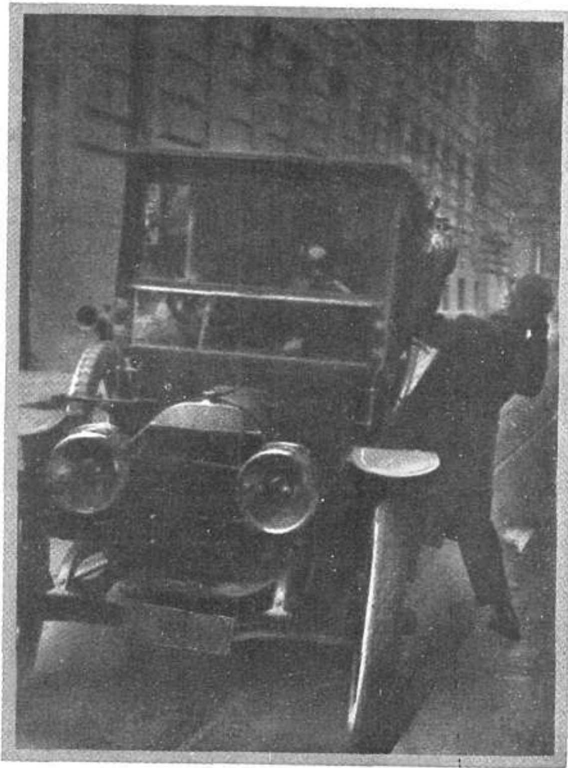
Ambos malhechores en los momentos de cargar con la víctima para arrojarla a la zanja, donde fué descubierto por la policía, que inmediatamente inició las pesquisas del caso hasta dar con los criminales.

Asesinato del escribano señor Jorge Cruz



Señor Jorge Cruz, víctima.

La expectativa pública, que venía siguiendo con gran interés los incidentes aclaratorios del sangriento drama desarrollado en la calle Charcas, frente al número 750, se ha visto por fin satisfecha con las declaraciones del chauffeur José Francisco de Nieves, el cual, después de haberse encerrado en el mutismo más absoluto, acabó por declararse autor del asesinato del señor Jorge Cruz, asegurando haberlo hecho en legítima defensa y verdaderamente obligado por la conducta del pasajero, que fué molestándole durante todo el trayecto con frases agresivas e insultantes y frecuentes golpes en el cristal que separa el interior del vehículo con el pescante.



Momentos en que el señor Jorge Cruz, después de haber sostenido una violenta disputa e intentado agredir al chauffeur, es herido mortalmente por éste, según las últimas declaraciones del victimario.



José F. de Nieves, victimario

Como quiera que haya sido, de nuevo nuestra sociedad ha sufrido la pérdida de un miembro destacado y caballeresco.

Posición en que quedó la víctima — boca abajo — al desplomarse muerta, y tal como fué hallada por el agente que acudió al lugar del suceso al oir la detonación. En la vereda de enfrente se ve la verja por sobre la cual arrojó el arma homicida el criminal cuando trataba de huir.

Fotos de Vargas.

CAMPEONATO DEL RIO DE LA PLATA

En el Buenos Aires Lawn Tennis Club



Señorita D. W. Boadle y Carlos Dumas, pareja ganadora del "doble mixto".



Señorita D. W. Boadle.



Señorita Julieta Ezcurra, ganadora del "individual" y "doble damas".



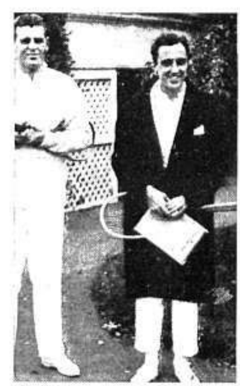
Señora Rendtortf, ganadora del "doble damas" con la señorita Ezcurra.



Señorita Julieta Ezcurra y A. Hortal, que perdieron la final del match "doble mixto".



A. Hortal, ganador del "doble de caballeros" y del "individual".



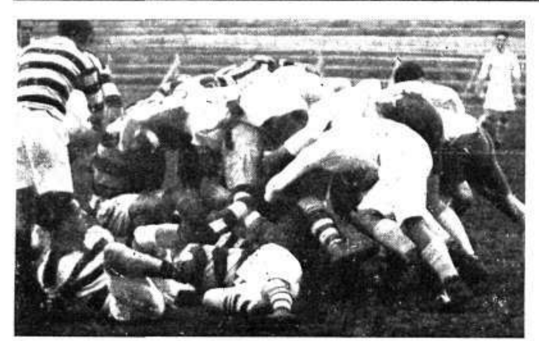
A. Zumelzú, ganador del "doble caballeros" con A. Hortal.



C. Dumas en un buen resto del match final.

Partido de "rugby" Universitarios versus Gimnasia y Esgrima







Tres interesantes momentos del juego obtenidos durante el match jugado en la cancha de los segundos citados, resultando ganador el "team" de Universitarios por 30 puntos contra 3.

FOTOS DE ARROYO.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SEÑOR MARIANO GRADIN

GERENTE DEL BANCO DE LA NACIÓN ARGENTINA

POR ALVAREZ

Le contempla mucha gente
con toda veneración
por tratarse de un gerente
del Banco de la Nación.

Las Estrellas del Cine



VERA REYNOLDS, ATRACTIVA «ESTRELLA» DE LA PARAMOUNT, EN UNA DE LAS POSTURAS QUE ADOPTA EN LA PELÍCULA «HIJAS PRÓDIGAS».

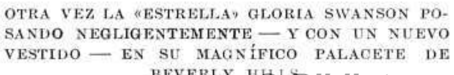
JACQUELIN LOGAN ATAVIADA DE SALVAJE EN LA ESCENA DE MAYOR INTERÉS DE LA CINTA «MAREA MENGUANTE».

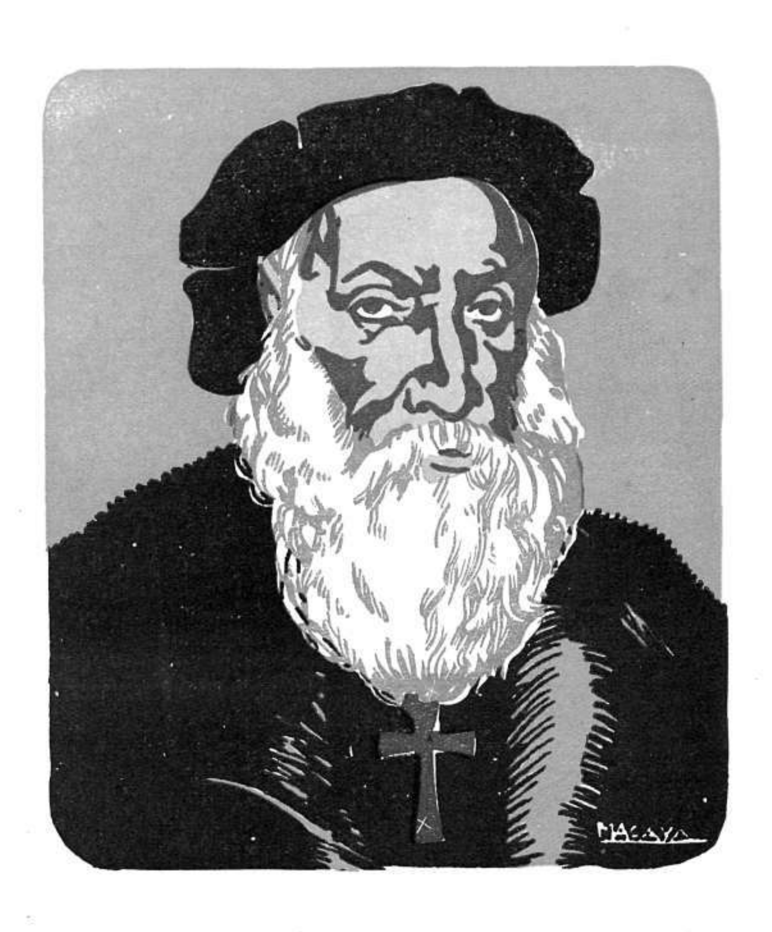


OTRA VEZ LA «ESTRELLA» GLORIA SWANSON POSANDO NEGLIGENTEMENTE — Y CON UN NUEVO VESTIDO — EN SU MAGNÍFICO PALACETE DE BEVERLY HILLS.



ANNA Q. NILSSON, QUE EN LA PELÍCULA «LA COSTILLA DE ADÁN» PREGONA EL BUEN GUSTO CON QUE SABÍA HACER LAS COSAS NUESTRO PRIMER PADRE.





HOMBRES CÉLEBRES

VASCO DE GAMA

Esta biografía debes leerla con ayuda de un mapamundi o de un globo terráqueo, porque la vida del gran marino portugués te ofrece dos lecciones: una de geografía; de bravura y tenacidad, la otra. Así los hechos del navegante te servirán para recordar siempre nombres de tierras y mares.

Don Vasco de Gama — hay que darle el don, partícula honorífica que hoy cualquiera usa y que entonces lucían pocos a quienes el rey autorizaba — nació en Villa de Sines (Portugal) en el año 1469. Desde joven se dedicó a la marina, distinguiéndose tanto que, en 1487, al regreso de Bartolomé Díaz, descubridor del cabo de Buena Esperanza, el rey don Juan II encargó a Gama que continuase la gran empresa de buscar el camino de la India.

Tú recordarás que el descubrimiento de América se debe a este deseo de ir a la India sin atravesar las tierras asiáticas. Colón creyó que Europa y

Asia estaban separadas únicamente por el océano Atlántico. Descubierta América, los portugueses comprendieron que se necesitaba rodear el continente africano para ir a la India.

Ahora tú preguntarás: ¿por qué se buscaba con tanto empeño el camino más fácil de la India? Porque ese antiquísimo país encerraba innumerables riquezas. La codicia humana es uno de los más grandes descubridores.

Don Juan II murió antes de ver realizado este descubrimiento. Su sucesor, don Manuel I el Afortunado, logró, diez años más tarde, organizar la empresa.

El día 8 de julio de 1497 salieron de Lisboa el «San Gabriel», un barquito de 120 toneladas; el «San Rafael» (100), la carabela «Berrio» (50) y un velero menor donde iban las municiones; total cuatro cáscaras de nuez de las que ahora solamente se emplean para la navegación de cabotaje y en mares tranquilos. Vasco de Gama, jefe de la expedición, iba a bordo del «San Gabriel»; su hermano Pablo mandaba el «San Rafael», Nicolás Coelho el «Berrio» y Pedro Núñez la otra embarcación auxiliar.

El atrevido marino tenía bajo su mando unos doscientos hombres de lo mejor. Entonces se hacían las cosas grandes con poca gente. Cada uno de los tripulantes valía por cien. El poeta Luis de Camoens ha cantado las hazañas de aquellos valientes en su poema «Los Lusiadas.

El día 15 pasaron los buques frente a las islas Canarias; el 27 arribaban a la isla Santiago. De allí salieron el 3 de agosto (¡qué apuro llevaban!) haciendo rumbo hacia el este. A los 32 días de navegación (el 4 de noviembre) divisaron la costa africana, y el 8 del mismo mes pudieron llegar a la bahía de Santa Elena. Después de bautizarla se hacen nuevamente a la mar el día 16. Doblaron el Cabo de Buena Esperanza el 22 de noviembre, acontecimiento que se celebró con fiestas a bordo. Sin perder tiempo con la alegría entraban el 25 en la ensenada de San Blas, siguiendo luego viaje. El 12 de diciembre lucharon contra un espantoso temporal y el 16 batieron el «record» marcado por Bartolomé Díaz, es decir, pasaron el último mojón que el valiente piloto había puesto en su viaje, cerca del Río Infante. Se me ha olvidado decirte que con Vasco de Gama iba de piloto en el «San Gabriel», Pedro de Alenquer, el cual había pilotado la nave de Bartolomé Díaz cuando dobló el cabo de Buena Esperanza.

El 25 de diciembre divisaron la costa del Natal, siguiendo rumbo hacia el canal de Mozambique. El 1.º de enero 1498 pasaron a la vista del río de Cobre, y el 2 de marzo entraban en el canal de Mozambique. El 7 de abril anclaron frente a Mombaza. De allí fueron a Melinda siendo recibidos cordialmente por el rey de aquel país (15 de abril).

Allí tomó Vasco de Gama un piloto indígena, llamado Malemo Cam, que los guió hasta Capocate, capital del Malabar, cerca de Calicut, en la India.

Samudri-Rajá (rajá significa rey y se pronuncia rayá) no les puso buena cara a los expedicionarios. Es que los musulmanes residentes en Malabar hicieron juegos malabares para que los cristianos fracasasen en su misión.

A pesar de la morisma y del rey el gran navegante fundó una factoría y se peleó con toda aquella gentuza. Después de muchas peripecias emprendió el viaje de regreso a su patria. Este no fué tan feliz como el viaje de ida. Sus hombres estaban casi todos enfermos. Reducida la tripulación tuvo el jefe que quemar la nave «San Rafael» para atender con los sobrevivientes el manejo de las otras. Avistó varias islas nuevas, volvió a doblar el cabo de Buena Esperanza, y el día 20 de abril de 1499 llegaba a la isla de Santiago. Nicolás Coelho con el «Berrio» destacóse de la expedición dirigiéndose a Lisboa, llegando el 14 de julio. Pablo de Gama hallábase muy enfermo y murió en la isla Tercera cuando con su hermano se dirigía a la capital portuguesa.

A principios de septiembre llegaba Vasco a Lisboa. El rey le nombró almirante y se celebraron fiestas en honor del héroe.

El 10 de febrero de 1502 sale otra vez para la India al mando de quince buques. Fundó varios establecimientos comerciales dominando en la costa africana. Luego fué a Calicut y metió en un puño a los naturales. Volvió a Lisboa el 20 de diciembre de 1503.

El viaje del ilustre marino dejó establecida la supremacía de los portugueses en Africa y en gran parte de la India. No le valieron mucho estas hazañas. Así pagan casi todos los reyes a quienes bien les sirven.

Después de veintiún años, durante los cuales se le tuvo en el olvido, consiguió realizar otra expedición. Fué a la India con el título de virrey. Cuéntase que un día el mar comenzó a agitarse sin que hubiese viento. La tripulación se asustó; pero Vasco de Gama, comprendiendo que se trataba de un maremoto, exclamó: «¿Qué os asusta? Es que el mar tiembla delante de nosotros».

Murió en Cochín el 25 de diciembre de 1524. Era un hombre gordo que algunas veces resultaba demasiado enérgico.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

PASTORAL



AS cabras y las ovejas iban a media ladera, todas en fila, como hormigas. Había sido larga la noche de abstinencia en el corral, y por el camino, a hurtadillas, mordían las hierbas sueltas, rumiándolas ávidamente. El siempre adelante, como explorador. Vivo y despierto, en un santiamén conoció la impaciencia de Tonia porque no andaba más de prisa. "¡Anda pa arriba, perro!", le gritó la pastora; y él se subió en seguida a una roca, dejando pasar todo el rebaño, que después empujó hacia adelante, con dos buenas punzadas de sus dientes. Los animales corrieron a porfía, venciéndose unos a otros. La muchacha quedó alejada, hilando su lana, cuya tarea del día llevaba en la falda, junto con el condumio. Y para no autorizar nuevas embestidas del mastín, le gritó de nuevo: "¡Eh, diablo, que tienes muchos dientes!..."

Aquel día se dirigía al Guidón. Cerca de allí, en el campo de Juan Paz, había dejado escondida la cazuela con las sopas de leche. En el camino encontraría a Quico, el pastor querido, y juntos y unidos ambos irían desperezándose por debajo de las peñas o entre las frescas retamas. El Guidón, cuando mayo es soleado y hermoso, tiene los mejores pastos de los alrededores. El tojo, en los sitios en que se le incendia, retoña, tierno y verde, como la hierba en los prados. Las yemas de brezo parecen microscópicos pámpanos. El romero, el trébol, el rico y nutritivo heno, inundan de aromas y adornan la sierra. Leche hija de estas plantas silvestres, delicadas y olorosas, es la más sabrosa y substancial. Por eso, al pasto de las tierras bajas y frías, que no necesitan cultivo en esta época de las labores, es preferido el de las cimas, alegres y soberbias. Cosas de la bruta experiencia, garantizadas a través de los siglos.

Llegado el rebaño al sitio donde la víspera había robado el lobo un tímido cordero, la oveja madre, como expresión de "saudade", baló dolorosamente. Respondióle a lo lejos la voz trémula de otra oveja, como si fuera un eco. La pastora corrió en seguida a lo alto para alcanzar más espacio con la vista. Se imaginó que estaría por allí aquel a quien se había consagrado. Sería un día de fiesta cuando se encontrasen en la suprema mudez de la tierra, protegidos del calor a la sombra de los piornos, contemplándose en una abstracción absoluta. En tales momentos se acelera la imaginación; los oídos, inatentos, ensordecen; la mente se queda como asombrada; el mundo figúrasenos un lago tranquilo y muerto; el azul del cielo, en que se pierde la vista, es de un tinte obscuro insondable; el corazón gol-

pea fuerte y rápido, como un buen potro galopando suelto por la campiña...

¿Qué vería, sin embargo, Tonia sospechoso y desagradable? La expresión de su rostro suave y delicado cargóse de sombras; el gesto fué de fastidio y contrariedad; los ojos centellearon con repentina cólera...

¡Ah!... En vez de Quico aparecióse le el otro, el Rojo, un muchacho grande y fuerte, de cabellos rojizos y fisonomía diabólica. Chispeaba su vista inquieta; pecas pequeñas manchábanle la piel; la cabeza era una tormenta de fuego.

Cuán diferente su novio, muchacho delgadillo, de aspecto juvenil, rostro alargado, a lo Nazareno; cabellos negros y mal cuidados, formando en la frente un revuelto rizo ensortijado. De aquel todo salía la expresión que la encantaba; de la expresión desdeñosa o indiferente, la superioridad con que la había subyugado; de las palabras sencillas, la música de sus oídos y de su alma entera. ¡Qué hermoso y qué encantador era tendido boca arriba sobre las peñas, contemplando el cielo en un sueño de poeta! ¡Qué amoroso y espiritual era cuando tocaba en la flauta cosas que no había aprendido con alma viviente!

De seguro que el Rojo la quería con más ansia, con más aquel, muy de dentro. Cuando la divisó, apareciendo con la aurora en lo alto del monte, como repentina e incomparable flor, se electrizó todo. En los ojos y en todo el rostro mostró un asombro tonto, una risa sin sentido, como le acontecería al ciego cuya retina muerta sintiese inesperadamente la gloriosa iluminación del sol. Su primer impulso fué correr a abrazarla; pero luego se paró y contemplóla a distancia. Ella, en el alto en que se había quedado, con la rueca en la cintura, el pañuelo claro sujetándole los cabellos, el perfil de su figura dibujándose en el aire, era la pastora de las leyendas, tranquila y profética. Dándose cuenta el Rojo del ánimo hostil con que Tonia le recibía, encendiéronsele en el alma la rabia y los celos.

—¿Querías ir sola con el otro? ¡No que no!...

—Y qué más da... — replicó desdeñosa. — Tiempo perdido, amigo mío.

—Pero, ¿qué le encuentras? Un babieca, un vomitado. Yo soy hombre. El...

Tonia se despabiló.

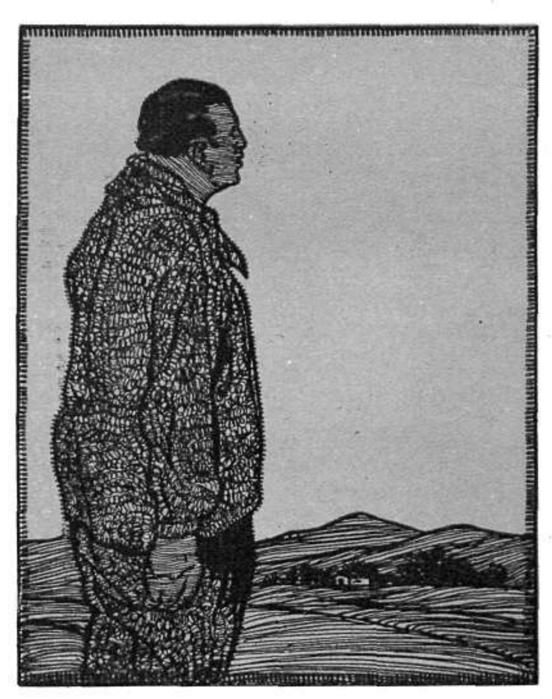
—¡Mal comparado! Tú eres un diablo, un jabalí. ¡Espantajo! ¡El es hermoso como un ángel del cielo!

La furia del Rojo creció:

—Soy capaz de aplastarlo en una uña, como a un piojo, ¡así me lleven los demonios!

Y al pronunciar el juramento tenía lágrimas de rabia. Era pasión antigua y abrasadora. Desde los quince años, cuando el cuerpo de aquella muchacha era todavía como un castaño joven, ya la veía él constantemente en la transparencia de las noches de luna otoñales. Las moles graníticas, eternamente colgadas de los picachos y quemadas por el sol de un inacabable agosto, no tendrían más firmeza ni más calor que él. Los celos eran en su cuerpo un moler lento y oculto, como el fuego que mina al brezo escondido en la tierra para transformarle en carbón. Condenado por aquella repulsa constante, sentíase despreciable y deseaba muerte en que sufriese mucho. Sin embargo, no podía despegar su propia vida de aquel sueño desdichado. En presencia de Tonia, su colérica y ruda naturaleza rubia se suavizaba en unos cambiantes afectuosos y dulces. El más tierno corderillo de sus ovejas no tenía para quien le criaba tanto cariño y agradecimiento como él mostraba a aquella muchacha, en una sumisión de cosa bruta. Con tal de que le amase, si su voluntad fuera verle pudrirse en el fondo de un barranco, para ser alimento de águilas y cuervos, iría a echarse allá voluntariamente y no volvería a comer. Lo que le humillaba, en su conciencia de hombre fuerte y magnífico, era la preferencia por el otro. Cavilaba por la noche en lo que tendría de superior aquel encanijado, tan delgado y pequeño como un aguzanieves. El cuerpo, no; que el suyo era grande como una torre y debía inspirar sentimiento de fuerza. La pasión que le hervía allá dentro, lejos de debilitarse, se mostraba vehemente y feroz, como la de las lobas cuando defienden a sus hijos. Aquella muchacha airosa, divina imagen de cualquier santa, de voz musical como la de los pájaros, mirada tranquila como la de la luna, destrozábale con su nervioso malquerer. Hasta entonces, nada había podido ablandarla: ni lágrimas lloradas de bruces sobre las peñas, ni súplicas más fervorosas que oraciones, ni juramentos y promesas inconmovibles como el cielo. Ante las voluntades y caprichos de la pastora era humilde y ciego. ¡Cuántas veces se había quedado con el rebaño de ella para dejarla correr por el monte, tal vez en busca del otro! ¡Cuántas veces había ido a buscarla al corral y le había apacentado el ganado durante días, para que ella fuese a las romerías, con los grupos que pasaban! Hasta sacrificaba su rebaño, pues dirigía el de Tonia a pastos mejores. Si había leche nueva, en seguida se la ofrecía como regalo; si encontraba setas, asábaselas, y ella se las comía; para que no bebiese agua de los regatos, donde solía haber porquerías y animales muertos, iba él a buscársela lejos, trayéndola en su cazuela, escrupulosamente lavada, como para una reina. Cuando Tonia aceptaba de buena gana estos servicios, el Rojo se encontraba muy bien pagado. Las repulsas o los malos modos sí que eran golpes hondos en su perturbado corazón.

Vivía una vida negra y de sobresaltos continuos. Pasaban incendios ante sus ojos, y su imaginación quedaba trabajando con desasosiego. La fatídica "Piedra - suspendida" — ¡aquella antigua amenaza! — parecíale a veces que iba a desprenderse de lo alto, rodar por los montes y destruir al mundo entero. ¡Oh! ¡Visión aterradora de todas las existencias!... ¡Cuántas veces, sólo para apartarla, había consentido a Quico echado al lado de Tonia! La moza hilaba su tarea del día y cantaba o escuchaba extasiada. Aquel flacucho, aquel esmirriado, tendido boca arriba, no se ocupaba del ganado. Y el despreciado era el que hacía el servicio de todos, guiando caritativamente las cabras y las ovejas hacia la sombra de los árboles en los grandes calores y a beber antes de recogerlas. Vivían así por los montes, perdidos entre tojos y piornos, durmiendo en el verano bajo las peñas y los acebos. Cuando había mutua satisfacción, gustábale también oír al tocador de flauta, que sabía muchas canciones, sacadas de su cabeza. Era feliz en los momentos en que moraban lejos los celos, eso a que, no sabiendo dársele nombre, le quemaba el pecho, como tizón ardiente. En las horas gastadas en sueño tranquilo, olvidaba el desamor de Tonia. La vida era visión suspendida de las ramas de los robles, o fluctuaba blandamente como



¡AH!... EN VEZ DE QUICO APARECIÓSELE EL OTRO, EL ROJO, UN MUCHACHO GRANDE Y FUERTE, DE CABELLOS ROJIZOS Y FISONOMÍA DIABÓLICA.

las hojas otoñales al sabor de un viento murmurador. No había enfados; sólo deseo de felicidad, sosiego y gozo, en ventura calipsíaca. ¡Raramente, sin embargo, pasaban días así completos de ventura!...

II

Habían ya caminado media hora, en un silencio sin intimidad, cuando llegaron al punto desde donde se descubría la "Piedra-suspendida". Era el objeto de la leyenda más famosa y conocida en las poblaciones de alrededor. Vista de cierto lado, no se encontraba punto de apoyo a aquel granito sobre la roca de debajo; parecía una nube que se destacaba en el azul del cielo. Contaban, siempre con voz de miedo, que al principio de los siglos un genio malo y feo gigante la había depositado allí, como eterna amenaza para los pecadores; porque su caída señalaría el comienzo del fin del mundo. Era tan reconocida la instabilidad de la "Piedra-suspendida", que nadie dudaba de que pudiese derribarla un niño de cinco años. Era grande milagro que el viento y los truenos no la hubiesen echado por los espacios afuera... El respeto que ese peñasco infundía era el de un ídolo vengativo, amenazando, de día y de noche, a las aldeas y al mundo... Cada diez años se organizaba una gran procesión de penitencia, con gente que partía de sitios muy distantes, y que se reunía allí a fin de implorar misericordia. Recibida esta práctica de la tradición, ejecutábanla con fervor de alma religiosa y timorata. Los hombres se castigaban las carnes con cilicios, las mujeres levantaban clamores, los niños gritaban amedrentados, los trabucos tronaban por los caminos y entre las rocas... ¡Todo para alejar el pavoroso castigo!...

¿Se calmarían después de las preces las justas cóleras divinas? Nadie lo aseguraba. La intangible creencia de que la famosa piedra se caería para marcar grandes desgracias, se conservaba viva y fuerte. Pocos tenían ánimo para afrontarla tranquilos y serenos. Nadie se atrevía a acercarse a ella; menos aún a tocarla, por temor a la responsabilidad de un cataclismo. Sería provocar inconsiderablemente las cóleras del cielo. ¡Una peña que bastaría, para hacerla caer, el que la rozase una corza! Aleteaba así en el aire, suspendida como un águila por determinación de la voluntad divina. De no ser así, ya la habrían arrastrado los chaparrones de lluvia, el impulso de los vendavales, el deshielo de las nieves. ¿No era un verdadero milagro su estabilidad?...

La idea de ampararla para hacer disminuir las probabilidades de la catástrofe había sido siempre rechazada. Significaría desconfianza en el alto poder que la conservaba. Allá arriba está quien todo lo regula. Lo que ha de ser, hace mucha fuerza... Pensaban de este modo con palabras; pero en el fondo, en ese íntimo sentir que parece hasta enconderse de la Providencia, ¡si pudieran calzar la piedra para que no se cayese!... Contra las imprudencias brutas del ganado habíanse ya prevenido las gentes supersticiosas, cercándola con ramos y tojos. Pero, ¿y las águilas, que venían de lejos a posarse allí en su vuelo arqueado y solemne? ¿Y los lobos hambrientos, que preferían aquel sitio para comerse sus presas? Sólo milagro, y milagro grande, es el que la sostenía tan derecha. Así lo creían campesinos y serranos, todos los cuales se descubrían y persignaban, murmurando alguna oración, apenas la veían. Así hicieron Tonia y el Rojo. Quietos ambos, ella con el huso parado, él con la gorra en la mano, rezaron en voz baja oraciones. Pero el pastor amenazó poco después a la muchacha, señalando:

—¿La ves? Ha de caer. El mundo se acaba, y tú no serás ni para mí ni para el otro.

—Nuestra Señora de la Peña no lo permitirá — dijo, confiada.

—Soy yo quien la empujará. Ya lo verás.

—Cállate, hereje, que te abro la cabeza.

Airada, con los ojos echando chispas, le acometió con una gran piedra. Había rabia dentro de su pecho soberbio. El Rojo no pudo soportar la mirada de cólera y desprecio; inclinó la frente, los ojos se le llenaron de lágrimas. Su destino era peor que el de los condenados del infierno.

—¡Perdóname, no me mires así! Tú eres quien me haces decir todos estos pecados.

—¿Tengo yo la culpa de que tú no tengas temor a Dios? ¡Estás en las calderas de Pedro Botero, vestido y calzado! ¡Te está bien empleado! — agregó, vengativa.

El cabrero quería humillarse hasta quedar a la altura de las culebras y lagartos, para merecer de ella una sombra de perdón. Afligíale mortalmente la idea de que había fastidiado a Tonia una vez más. Como la muchacha empezase poco después a fijarse, al ver unas cabras, para descubrir a Quico, fué él quien, con intención de reconciliarse con la pastora, dijo, señalando:

—Allí está, encima de aquella peña...

—Sílbale para que venga aquí.

—Bien nos ve, si quiere...

Pero obedeció y silbó metiendo los dedos en la boca. Al otro no le importaba; apenas movió la cabeza, continuando en la misma postura.

—Ve allá y avísale que vamos hacia el Guidón — díjole la moza.
Fué humildemente, como un perdiguero. Sintió gozo en ser mandado, pero de rabia torcía con las manos la gruesa gorra. Ya lejos, a escondidas, para ocultar su debilidad, limpió dos lágrimas en el puño de su chaqueta. El otro no quería ir al Guidón; estaba muy bien allí. El Rojo le pidió que obedeciese para que Tonia no se enfadase más.
—¡Vaya! ¡Tan bien como estoy aquí! — respondió el pastor. — Vete tú con ella.
—Ven, muchacho — suplicó el cabrero. — Mira que ella, lo que es hoy, ¡está contigo de un modo! Anda, yo te llevaré el ganado.
Quico consintió en que se fuera el rebaño; pero él se quedó. Tonia no se contuvo. Fué presurosa a sacarle de aquella apatía. Con ligera sonrisa de ternura, pidió al Rojo:
—¡Chico! Junta también las mías, que yo voy a buscarle.

Y allá se fué, loca, feliz, corriendo de peña en peña. El Rojo silbó al Rabicho, reunió todo el ganado, y partió... Lloraba lágrimas como puños, y se volvía para mirar de reojo a Tonia, que llamaba a Quico por señas y a gritos. ¿Qué le importaba al perezoso aquel loco amor de la muchacha?...
—¡Eh, chico! Vete al Guidón.
El respondió:
—¿Eh? Estoy aquí muy bien.
Sacó del pecho la flauta, y sentándose en la peña empezó a tocar. El sol le iluminaba la frente, plateándole los cabellos negros. El relieve de su figura flaca y esmirriada sobre la obscura peña recordaba el de una miniatura sobre fondo esmaltado. Tonia llamóle:
—¡Para allá van tus cabras, chiflado!
No le importaba; se encogió de hombros. La música le absorbía por completo; era su destino. La pastora, dominada por ese respeto instintivo y sagrado que se debe a las cosas elevadas, se detuvo a distancia para no interrumpirle. El Rojo, que iba ya lejos, subióse también a una peña para oír mejor. Escuchaba, triste y absorto. Su cuerpo grande, dibujándose en el verde obscuro del monte, todavía en sombra por aquella parte, se distinguía mal, como las figuras de los bajorrelieves, y tenía la misma inmovilidad absoluta. Era una canción triste la que tocaba el muchacho. Cuando la terminó, Tonia se aproximó casi respetuosa. Para subir a la peña donde estaba el tañedor y arrancarlo de allí, tuvo dificultades. La piedra era lisa, y las tachuelas de los zuecos estaban gastadas. Pero se agarró a una rama de roble, inclinóse hacia adelante... Los magníficos y potentes cuadriles arqueáronse en una curva de mujer completa y fecunda, criada en los caminos pedregosos. Quico, viéndola en el afán de subir, soltó la flauta, cogióla por los brazos rollizos, atrájola hacia su cuerpo, y ambos quedaron unidos algunos momentos... El Rojo presenciaba todo esto desde lejos. Salióle del pecho un rugido de cólera y celos, que hizo estremecer las montañas. Sus ojos, rojos de desesperación, vieron una sucesión de calamidades sin fin, como las describen los misioneros para el día del juicio. La "Piedra-suspendida" había oscilado, caía ya por los fuertes declives de un mundo en ruinas. Habíase ennegrecido súbitamente el cielo azul; habíanse reunido en un instante





SACÓ DEL PECHO LA FLAUTA, Y SENTÁNDOSE EN LA PEÑA EMPEZÓ A TOCAR.

nubes preñadas de tempestades; los truenos habían abierto gargantas horrendas en el cielo de fuego; las pupilas de los rayos centelleaban; las trompetas apocalípticas llenaban de pavor las profundidades de la tierra, donde se escondían los más grandes desdichados... ¡Todo iba a acabar para todos! ¡Su cuerpo miserable, junto al de los otros réprobos, rodaba por los abismos. El griterío de los hombres era pavoroso, formando un unísono infernal.
Esto fué lo que vió y oyó en un instante aquella imaginación turbulenta. Pero Quico y Tonia se habían bajado de la peña. Y venían caminando, amorosamente unidos, apoyándose ella en el hombro del joven. Reían y jugueteaban, como un par de jilgueros en marzo, resumiendo en sí todas las venturas soñadas por los hombres. Ella le ofreció de su merienda un pedazo de bacalao, que el muchacho aceptó para ofrecer al otro, que era muy pobre, no teniendo a veces ni siquiera la borona suficiente. Luego que se reunieron, se lo dió.
—Toma — dijo.
—No tengo hambre — contestó rechazándolo.
—Es Tonia quien te lo da.
Arrancóselo de la mano. Lo desgarró nerviosamente con los dientes, como haría a la carne de aquellos cuerpos felices si los pudiese morder. Excitado, siguió con los rebaños, apartado de los dos. El semblante, sombrío y trastornado, impresionaría a quien lo mirase. Los ojos verdosos despedían chispas metálicas y se habían obscurecido de cólera. Temblábanle los labios como señal de su locura. La pastora se burló de él en el momento de reunirse todos:
—¡Qué catadura tan fea!... ¡En el Santo Nombre!...
Volvióse rápidamente el cabrero para aniquilarla con todo el poder de su fuerza hercúlea. Pero al ver aquel rostro sereno y risueño, le dijo solamente:

—¡El día de hoy será sonado!...

De repente, pensó en la famosa "Piedra", símbolo de desventuras. Salíale del semblante una expresión feroz; clavósele en el cráneo la idea de un aniquilamiento general de todas las dichas terrenas.

Pero la muchacha no estaba de humor para aguantarle. Conocía su chifladura de macho cabrío, feroz y celoso. Tenía medio de curarle, sin palo ni piedra: era dejarle que se fuera solo. Un jabalí semejante, un bruto cuyo aspecto causaba miedo, no servía para vivir entre cristianos. Que se fuese con los lobos, que eran sus iguales.

¡Cuán diferente el otro, su amado! Tímido y cariñoso como el cabrito de un mes, silbaba y cantaba tonadas más bonitas que las de los mirlos y ruiseñores de los bosques. Vivir la vida con él por los montes era lo mismo que pasar los días en el cielo. ¡Enseñaba tantas cosas que no había aprendido!... Los cantares de su invención producían siempre tristeza suave y cariñosa. Descubría en las estrellas sitios de felicidad y los señalaba convidándola a volar hacia allí. ¿Podían compararse los dos?... El Rojo era la cambronera áspera que rasgaba las carnes; Quico, ramo de retama, bello, oloroso y flexible. Por eso despidió ella al rudo cabrero, contestando a su amenaza:

—¿Conque estamos así? Pues vete solo con Dios. Nosotros llevaremos hoy el ganado a la Ralada.

Llamaron al Rabicho y trataron de separar sus cabras y ovejas. El Rojo, bajo el tremendo castigo, mostrábase sumiso en todo su cuerpo. Pedía perdón; no había dicho nada malo... Si había echado su boca alguna palabra fea, alguna amenaza o juramento, estaba arrepentido. Que se fuesen con él, que se ocuparía de los rebaños durante todo el día. La comida por allí era la mejor de aquellos lugares. Encontrábase tojo tierno como manteca. La hierba, apenas nacida, era la única a gusto para el apetito del ganado. Había agua corriente para los animales, y hasta una fuente para las personas... Aquel cuerpo grande, musculoso y alto, se hacía pequeño con la humildad. Un niño se mostraría más impotente. Las lágrimas le caían a torrentes, y todo él era una súplica de encorvado y abatido.

Tonia fué cruel e inflexible. Abandonóle y despreciole como un trapo. Dijo que no les acompañase a la Ralada, porque eso les obligaría a cambiar de rumbo. Mostróse imperativa. Su cuerpo de ave, esbelto y flexible, tuvo ademanes de pantera. Transformósele, por la cólera, su hermoso rostro de santa. La llama de la mirada y los cabellos mal prendidos dábanle el aspecto de una leona. El cabrero temblaba de miedo con la cabeza sobre el pecho, los brazos pendientes. Separáronse. Allá se fueron los dos, intencionadamente abrazados. El Rojo, desmoronada toda su existencia, dirigióse con torpe paso, delante del ganado, hacia el destino de su mala suerte...

IV

Lloró amargamente su infortunio, tirado allí, con la cara junto a la tierra. Del fondo misterioso veníanle palabras infernales, que le aconsejaban que fuese feroz e inhumano. Irguióse con el corazón empedernido. Sus ojos enjutos vieron nítidamente a lo lejos a Tonia y Quico enlazados, mostrando a las aves su amor. Era una visión graciosa que salía de entre las llamaradas de la colina incendiada. A la sombra de la peña, sobre la cual estaba la "Piedra-suspendida", habían ido a echarse los locos. El tocaba la flauta, ella le contemplaba, con el hilo de la rueca parado.

—¡Justiciera la mano que los condujo allí! —pensó en su ruda mente el Rojo.

Desencadenáronse ante su fantasía sanguínea todas las tempestades de los siglos sin fin. Sólo el gran dolor podría esculpir en aquel rudo cerebro tales florescencias tenebrosas. Su cuerpo levantóse en una desesperación formidable. Una violenta sacudida rugía en el interior de la montaña, y llegaba hasta las nubes. Era la voz torva de su pecho, sollozando por los espacios de la tierra y del cielo.

¡Iba a empujar la "Piedra-suspendida"!, resolvió.

Sus cabellos rojos, atravesados por el sol, chispeaban. Ideas de impiedad y de venganza, como se las habían enseñado la religión y los celos, fijáronsele en la frente de un modo definitivo. La ventura y la bondad no cabían en su alma desgraciada, puesto que alrededor suyo todo era obscuridad y rencor. Ni la "saudade" de la sierra que florecía en aquel tiempo, ni la convivencia amorosa con el ganado, ni el abandono de la madre ciega y pobrísima le detuvieron. ¿No veía a los "otros" abrazados en un goce sin límites? ¿Pensaban acaso, palpitando de amor a la faz del sol, en las ovejas? ¡Que viniese el lobo, y eran capaces de no verlo!... ¡Aquel arrobamiento recíproco era un pecado mortal, y ni el temor del infierno los separaba! ¡El aniquilamiento, la muerte rápida era lo que merecían! Semejante falta de vergüenza estaba clamando venganza al cielo.

Por eso iba él a empujar la "Piedra-suspendida".

Loco perdido, corrió como un macho cabrío, de peña en peña. En aquel pecho jadeante escondíanse sentimientos de tigre. Era un demonio bruto; pero el instinto y la desesperación hiciéronle sagaz. Para ser más ligero e imperceptible dejó los zuecos en el camino. Llevábale por el aire una fuerza de vendaval. ¿Podrían inspirarle piedad la desgracia del mundo y la eterna condenación de todos los hombres? ¿Le había mostrado simpatía algún ser viviente, o pensado siquiera en prodigarle cariños? Su odio absoluto no distinguía la justicia de la perversidad.

Ya encima de las peñas, al lado del rudo instrumento de venganza, miró alrededor. Un leve impulso de su voluntad bastaría para que se produjera el formidable castigo. Reconoció la verdad de la leyenda: ¡Un simple soplo de una persona movería aquella peña, tan alta como él! Un resto de esperanza, sin embargo, le obligó a reflexionar. Se echó de bruces, arrastrándose hacia adelante... La cabellera, rojiza y espesa como melena de león, sobresaliendo del borde de la peña, apareció en el espacio. Le enloqueció de repente lo que vieron sus ojos: vió con todos los detalles irrefutables aquel tierno idilio, que resumía toda su desventura. Quico tenía la cabeza en el regazo de la pastora. Ella le daba de beber agua fresca con su cazuela de barro rojo. Era el cuadro de la Samaritana apagando la sed al tranquilo Nazareno, junto al pozo bíblico, en la vieja Palestina. El rostro pálido del muchacho, encuadrado en cabellos negros, tenía la soñadora expresión de Jesús. Embebidos uno en otro, prolongaban la existencia en la intensidad del sentir...

Pero también él era hombre y tenía derecho a la felicidad como todo ser viviente. Si no había de pertenecerle Tonia, mejor era acabar con su propia vida, que de nada le servía. Y aniquilándose él, ¿habían de quedar los otros en aquellas sierras queridas? ¡La mente perturbada no se conformaba!...

. . . .

¡Los desgraciados estaban precisamente por bajo de la "Piedra-suspendida!" En aquel cerebro la venganza tomó forma exacta y real, sin influjo de leyendas. ¡Podía aplastarlos como a dos sapos asquerosos!... De esta manera acabarían en un instante dos vidas incompatibles con su felicidad. La muerte para los tres era una solución de suprema justicia. Habíale abandonado la fe supersticiosa de las montañas: el pobre había quedado solo, recogido en su dolor infinito.

Siempre de bruces, empezó a retroceder. Su ojo calculador y vengativo había visto que, empujada la peña, morirían los dos, estrechamente unidos, sin tiempo para un ¡ay! Tenía que ser fulminante este acabar, como el causado por un rayo de cólera divina. Púsose de pie sobre la roca, junto al instrumento fatídico. ¡Vínole de nuevo la visión sangrienta! ¡Aparecióselele de frente el panorama, envuelto en lenguas de fuego! ¡Era la primera señal del tremendo castigo, ha siglos esperado! Dominaba su voluntad un impulso de ciclón. Era Dios, de seguro, quien le mandaba castigar así a dos pecadores.

Con la fuerza nerviosa y la obscuridad de un iluminado, aplicó a la peña la amplia y poderosa espalda. ¡Aun vaciló algunos instantes!... ¿Sería indecisión?... Era el gozo de oír extrañas voces de valor y aplauso, gritándole dentro del cráneo. Alrededor comenzaba claramente ya el desmoronamiento del universo. ¡Y el impávido cabrero, soltando un rugido salvaje — ¡horrible grito de fiera!, — empujó la "Piedra-maldita!"

V

No se desplegaron del último beso los dos tiernos amantes. La altura era enorme. En el espacio se produjo un ruido apagado y largo, que fué de ladera en ladera, pulsando hasta el corazón de la tierra. El Rojo se mantuvo encima de la peña, firme, contemplativo como el Estilita. ¡Parecía sobrecogido de asombro! ¡Sus ojos de loco vieron pedazos de carne y la sangre tirados hacia el cielo! Aquello, ¿había sido maldad?... ¿Arrepintióse súbitamente o quiso envolverse en el aniquilamiento general?...

¿No podrían sobrevivir a crimen tan grande, o eran los demonios, que le reclamaban como a presa suya?...

Aproximóse resuelto al borde de la peña. Abajo, el mundo, tambaleándose confusamente, era un grande incendio, surgiendo de las tinieblas absolutas. Figuras diabólicas cruzaban los abismos, en busca de víctimas y de desastres. Gritos infernales salían de las bocas abiertas de los picachos, como chorros de lava. Ojos bermejos de demonios mirábanle irónicos y codiciosos... Abrió los brazos con un gesto de súplica y perdón; lanzóse al espacio como un buitre de amplias alas, y su gran cuerpo, rodando por el aire, parecía venir de la eternidad, en la primitiva condenación. Aplastáronse sus carnes y sus huesos sobre la mole granítica impelida por su desesperación... Saltó la sangre, tiñendo de rojo la hierba de alrededor... ¡Era cuanto quedaba de una pasión desesperada y salvaje!...

. . . .

La mañana de primavera, tranquila y suntuosa de luz, alegraba montes y campiñas. Adornaban las laderas el citiso y el tojo, brotados de entre las peñas, cuya negrura avivaban de amarillo. Las miriadas de flores de los brezales formaban mechones de aljófares y de amatistas en los áridos barrancos. El helecho joven era como un campo de hierba, por su verde claro. El modesto trébol y la alegre margarita salpicaban la tierra. Gotas de rocío como lágrimas brillaban colgadas de las flores de la retama. Los bosques, silenciosos, iban despertando con el gorjeo de los pájaros. En los profundos abismos de las montañas formaban lagos las parduzcas nieblas. Pasado el primer momento de susto, los rebaños siguieron jugando en las hierbas, bajo la gloria del sol resplandeciente. Las águilas se cernían majestuosas, a lo lejos, sobre las más altas cumbres. Toda la naturaleza palpitaba y se engrandecía bajo la acción impulsiva del calor. En las sierras, en las cuevas, en los riachuelos, en los cabezos, en los valles..., una tranquilidad patética de vida natural. Sobre los tejados de las aldeas levantábanse los humos domésticos, blandamente, como humos de incienso sobre los altares. ¡Alrededor, la muda altivez de la soberbia e impasiva montaña!...

Sólo una voz quejumbrosa se oía en la sosegada extensión: era la del mastín, el amoroso Rabicho, que, alrededor de la "Piedra", lloraba a la pobre Tonia.

¡Y lloraba que partía el alma, como si fuera un cristiano, ladrando, aullando, dando saltos alrededor de los cadáveres!... ¡Amoroso mastín, pobre Tonia, desgraciados amantes... ¡Ah!...

TEIXEIRA DE QUEIROZ

DIBUJOS DE BESARES



LE ENLOQUECIÓ DE REPENTE LO QUE VIERON SUS OJOS: VIÓ CON TODOS LOS DETALLES IRREFUTABLES AQUEL TIERNO IDILIO, QUE RESUMÍA TODA SU DESVENTURA.



Página Infantil

Jorge y Martha Piattini López



Nelly Elsa [illegible]



[illegible] Angélica Kiernan

VISTA DE TOLEDO

EL CASTILLO

GOUACHES DE LA SEÑORA LEONIE MATTHIS. PARA LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN WITCOMB.

CELEBRACION DEL NATALICIO DEL REY DE ESPAÑA



El embajador de España, señor marqués de Amposta, el Presidente de la República, la señora Regina Pacini de Alvear, el internuncio apostólico, monseñor Beda de Cardinale y personalidades de nuestra sociedad en la recepción ofrecida por el primero con motivo del cumpleaños de don Alfonso XIII.

CINCUENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE MANZONI



El presidente de la institución organizadora Dante Alighieri, don Genaro M. D'Andrea, y la señorita Nella Pasini.



Aspecto que presentaba el salón de la Sociedad "Unione e Benevolenza" durante la velada que se celebró, con asistencia del ministro de Italia, para conmemorar el cincuentenario del gran literato, pronunciando una notable conferencia la señorita Nella Pasini.

IV CONGRESO DE TRABAJADORES DE LA LIGA PATRIOTICA ARGENTINA



El relator del IV Congreso de Trabajadores, doctor Alberto García Torres, leyendo los despachos de las comisiones internas en la sesión de clausura de dicho Congreso, cuya finalidad ha sido de gran beneficio para la clase proletaria.

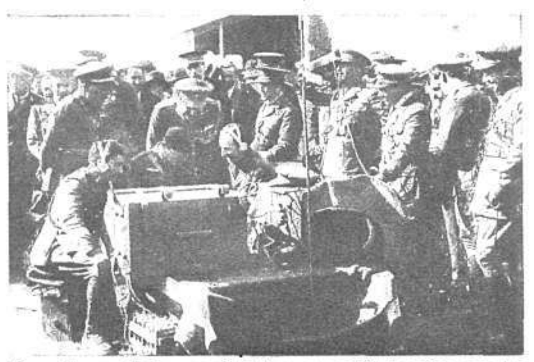
ESPAÑA



SEVILLA. — La reina Victoria leyendo su discurso en el momento de entregar el nuevo estandarte al Cuerpo de Aviación Militar que fué condecorado por el rey con la corbata del Mérito Militar.



Doña Victoria, vistiendo el típico traje de amazona andaluza, acompañada del infante don Carlos y del capitán general de la región, paseando por el real de la feria.



Don Alfonso XIII comunicándose por radiotelegrafía con los aviadores que evolucionaban sobre el campo de la fiesta al terminar la ceremonia patriótica.

ITALIA



ROMA. — Un grupo de niñas fascistas saludando a la antigua usanza romana frente al Capitolio después de haber prestado juramento de la bandera.



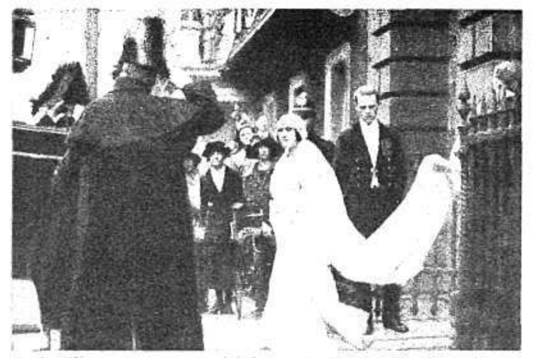
El nuevo comisario de Roma, senador Cremonezi, entregando a un miembro de la milicia nacional la corneta con los tradicionales



El honorable Mussolini y los generales Diaz y De Bono saludando a la bandera colocada en el Altar de la Patria, al conmemo-

EN EL EXTRANJERO

INGLATERRA



Lady Elizabeth, la novia del duque de York, saliendo de la casa de sus padres para dirigirse a la abadía de Westminster, donde se celebró el enlace.



"The Happy Pair" (la feliz pareja) según la denominación popular, dirigiéndose en su carroza al palacio de Buckingham después de su casamiento.



El solemne acto de la ceremonia en la que ofició el arzobispo de Canterbury, asistiendo el rey, la reina, la emperatriz María, el príncipe de Gales y una brillante representación de la nobleza.

FRANCIA



DUNKERQUE.— El presidente del Consejo de Ministros M. Poincaré pronunciando un discurso alusivo en el acto de la inauguración del monumento a los muertos por la patria.

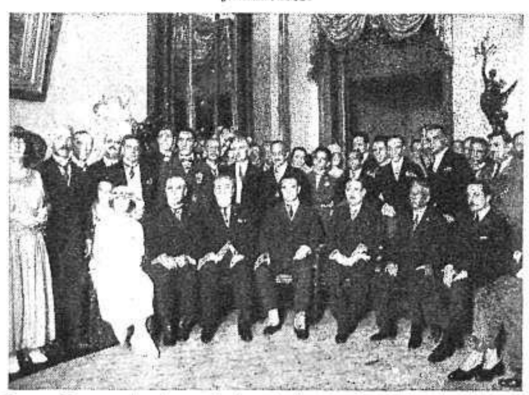


PARIS.— Los señores Theunis y Jaspar, miembros del gobierno belga, a su llegada a la estación del Norte para conferenciar con el señor Poincaré sobre los asuntos del Ruhr.

BRASIL



Un aspecto del templo de la Candelaria en que se celebraron las exequias por el alma del ilustre patricio Ruy Barbosa, habiendo asistido el presidente de la república y altos personajes civiles y militares.



Recepción organizada por la Asociación de Empleados de Comercio de Río de Janeiro en honor del embajador argentino y de los miembros del Congreso Nacional.

IX SALÓN DE ACUARELISTAS



Es verdaderamente ejemplo de una constancia artística poco común en nuestro medio la obra en que se halla empeñada la Sociedad de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas al proponerse realizar año tras año un Salón propio entre sus componentes e invitados.

Decimos que es ejemplo de constancia artística, porque el fruto de su labor es bien tardo en abrirse; más todavía, hasta parece cada vez más difícil de cuajar.

La culpa no es, desde luego, del animoso grupo que con tanta eficiencia preside el señor de la Cárcova, ni menos del público, que ha seguido con simpatía creciente el desarrollo de este pequeño Salón. No; la culpa, si la hay, es de quienes más interesados debieran estar en la ocurrencia: los propios artistas.

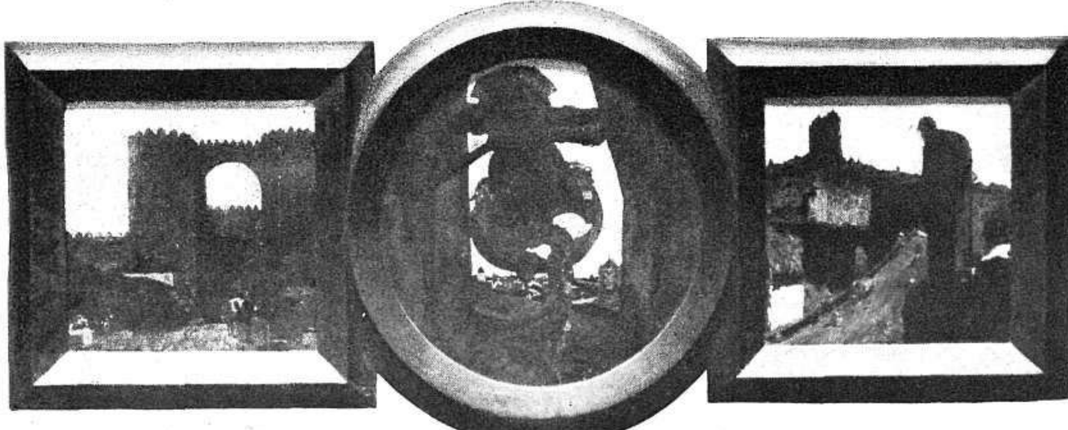
Es de verse, en efecto, el inmenso trabajo que se requiere para conmover la indiferencia, por no decir la desidia, de casi todos ellos. Y si a esto agregamos la extraña suspicacia y la discordia que parecen compartirse el armonioso reino del arte argentino, tendremos la explicación de por qué no se ha podido en este como en otros casos — hasta en el mismo Salón Nacional — llevar a buen fin una obra a todas miras digna del mejor de los éxitos.



"Five o'clock tea" (pastel), de Ernesto de la Cárcova.

Destácanse como siempre en este IX Salón los cuatro o cinco artistas empeñados en sostenerlo. Desde luego y en primer término dentro de los pintores, su presidente don Ernesto de la Cárcova, que logra en la exquisita delicadeza de un pastel — «Five o'clock tea» — una de las obras más bellas, características de su última manera. Emilio Centurión — otro de los asiduos — exhibe por su parte un retrato de «grande allure», donde la corrección de la técnica corre parejas con la penetración psicológica.

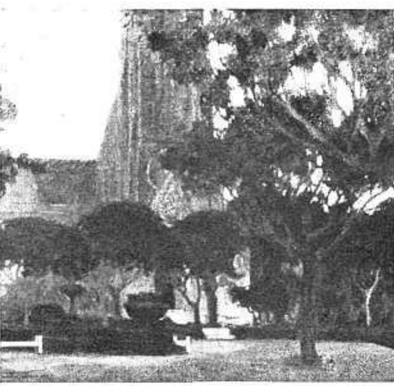
Y ya que estamos dentro de este difícil género, tan siglo XVIII, por el cual manifiesta una simpática inclinación el arte argentino, no dejaremos de señalar a uno de sus cultores más fieles y espontáneos: la señorita Emilia Bertolé. Citaremos aun a don Miguel Petrone, en sus acostumbradas actitudes de gracilidad femenina, y una vez dentro del paisaje nombremos a fray Guillermo Butler, cuyo espíritu armonioso y evangélico halla una vez más



Tríptico, de Alejandro Sirio.



Cabeza (pastel), de Emilia Bertolé.



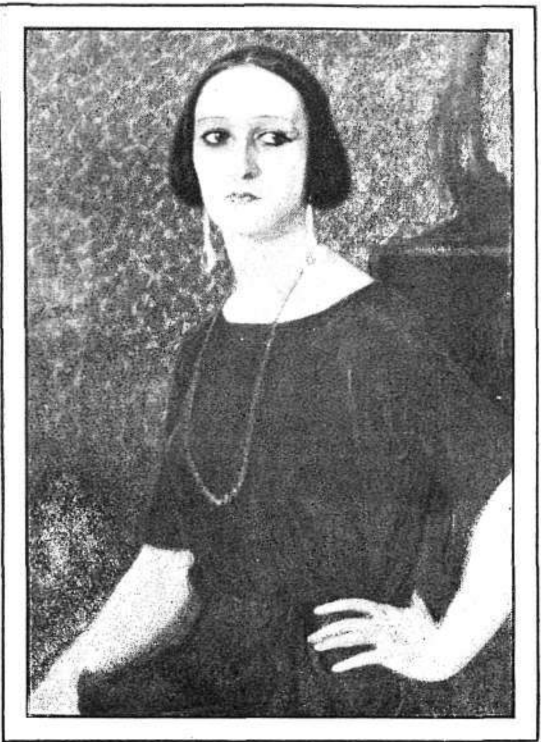
Iglesia de San Isidro (temple y pastel), de Atilio Malinverno.



Estudios de tipos de España, de Aníbal Noceti.

pretexto para manifestarse, en la comunicativa inocencia de un almendro en flor. Atilio Malinverno sigue siendo el intérprete comprensivo del paisaje costanero, en cuya transparencia otoñal detiénese también Felipe Troilo. Entre los recién llegados, que afirman día a día una personalidad, señalaremos a Pascual Ayllón, sobrio y decidido, y Dominguez Neira en sus delicadas armonías violetas. Hugo Garbarini da una nota feliz y original con su calle Rivadavia, en tanto que Nicolás Russo, aunque con distinta modalidad de trazo, empéñase en seguir el camino de Gutiérrez Gramajo.

La acuarela propiamente dicha tiene su mejor representante en el sensitivo y perspicaz paisajista don Cornelio Díaz; y en el aguafuerte, triunfa en forma definitiva Alfredo Guido, que marca con sus admirables estampas americanas un derrotero trascendente, digno de tenerse en cuenta.



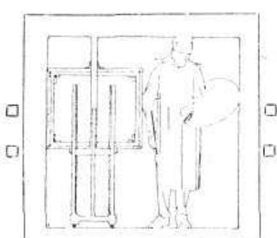
Ketty de Galanth› (pastel), de Emilio Centurión.

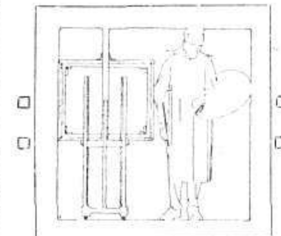
La ilustración de orden espiritual, o «literaria» — para valernos del socorrido vocablo siempre mal aplicado — evidencia su superioridad con dos exponentes fundamentales: don Alejandro Sirio, poeta marginal y profundo de todos los romances hidalgos, y Juan Carlos Huergo, intérprete jocundo de maravillosos «Wonder's lands» infantiles. Completan el interesante conjunto de este IX Salón una pequeña muestra individual de don Aníbal Noceti, que se revela un verdadero maestro en el dibujo al carbón, y una exposición de croquis y apuntes de los alumnos de la Academia Nacional de Bellas Artes.



Huancaras (aguafuerte), de Alfredo Guido.

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR





La madre (grabado en madera), de Abraham Vigo.

Nota Mendocina



Una instantánea que sorprende a varias señoritas paseando por el Parque del Oeste.



Era natural que al espléndido desarrollo alcanzado por la provincia andina, cuyo progreso corre parejas con la fertilidad de su suelo, correspondiera una activa y floreciente vida social en que una juventud tan numerosa como escogida alegrara, con el encanto de la belleza y la distinción,



Señoritas Angélica, Olga y Alida Mendoza y Edith Castro y señores Manuel M. Goyena y José Campos.



Señoritas Martha y Carmen Marcó, Juliana Moreno y Graciela Céspedes de Wynne.



Señoritas de Avila, Buttery y Barbuzza.



Señoritas de Martelo y Latino.

Social cina

aquellos pródigos parajes mendocinos, así como los salones de sus prestigiosos clubs.

Las fotografías que publicamos, tomadas al azar en las clásicas retretas o a la salida de la misa, dan una bella idea de que, en aquella capital, la sociedad mendocina mantiene sus buenas y cultas tradiciones.



Señoritas Amalia e Irene Sagrillo.



Señoritas L. Romero, R. Bustos y Rosario Romero.



Señoritas Marina, Cecilia, Magdalena y Angélica Pereira.



Señoritas presenciando el desfile durante una de las amenas retretas en la plaza Independencia.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.

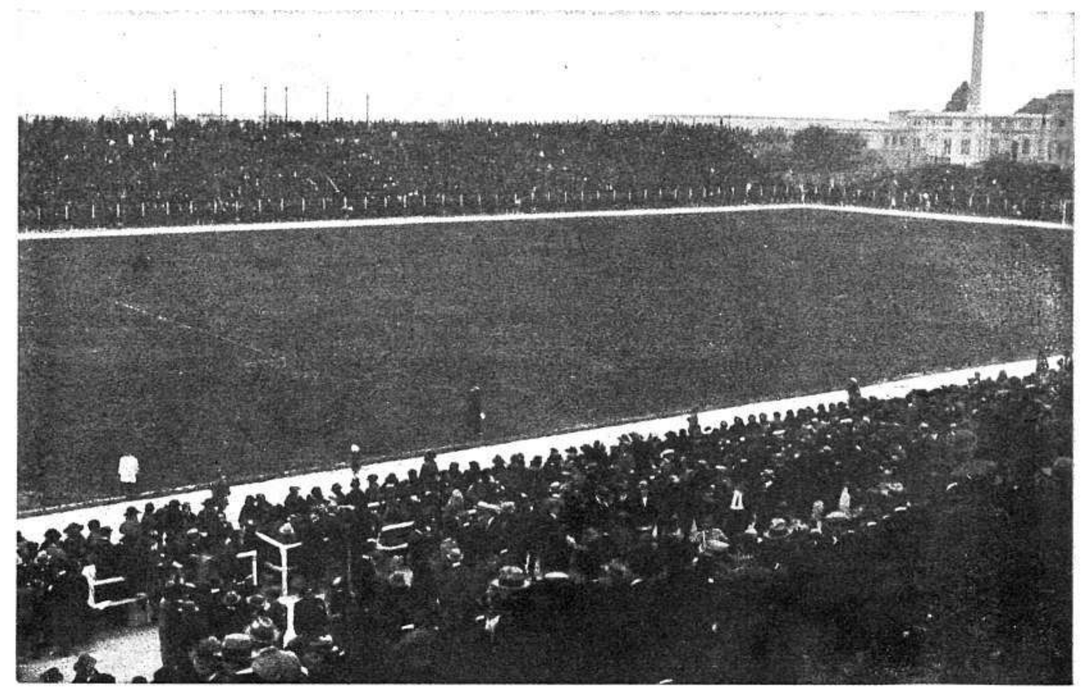
EL NUEVO CAMPO DE DEPORTES DEL CLUB RIVER PLATE

SU INAUGURACION OFICIAL

Constituye un esfuerzo digno de encomio el realizado por la comisión del Club Atlético River Plate al construir el magnífico campo deportivo que se levanta en la Avenida Alvear. Consultadas todas las exigencias modernas del deporte, el nuevo estadio llena una necesidad muchas veces sentida en esta capital al efectuarse grandes encuentros internacionales de football. La fiesta inaugural, presenciada por más de 20.000 personas, fué una digna celebración del acontecimiento.



El intendente municipal, doctor Noel; el presidente de la Asociación Amateurs de Football, doctor Adrián Beccar Varela; el doctor Julio M. Sosa, presidente del Club Peñarol; el señor José Bacigaluppi, presidente del Club River Plate, y los "centre-forwards" de los "teams" momentos antes de que nuestro lord mayor lanzara la pelota para iniciar el match internacional.



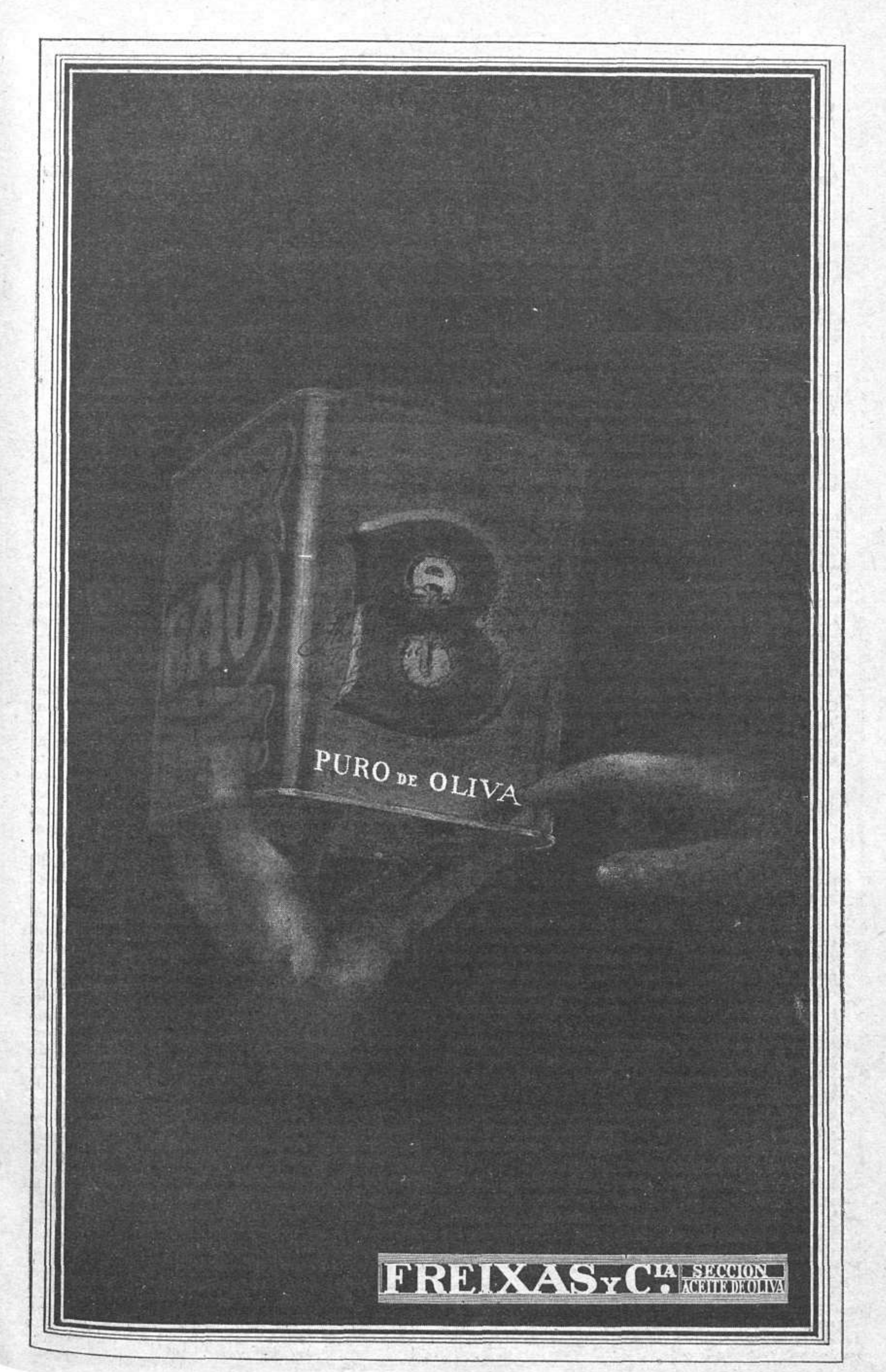
Vista general del amplio estadio recientemente inaugurado y cuyas tribunas viéronse colmadas por una inmensa muchedumbre.



Equipo de Peñarol, que, depués de una reñida lucha, resultó derrotado por 2 "goals" a 1.



"Team" del Club River Plate, que ganó el interesante partido contra los uruguayos.


PURO DE OLIVA
FREIXAS Y C.IA
SECCION
ACEITE DE OLIVA



25 de mayo de 1813. El ejército restaurador ocupa a Concepción



HASTA el día 17 de junio no llegaron a Buenos Aires las noticias referentes a cómo se había festejado en Chile el tercer aniversario de la revolución de mayo.

«Excelentísimo señor. — Los vencedores de Yerbas Buenas y San Carlos se colman de glorias por momentos. La bandera tricolor de la patria tremola majestuosa dentro de la plaza de la Concepción, y el puerto de Talcahuano a esta fecha debe estar rendido a nuestras intrépidas tropas; como el mísero resto del ejército del finado Pareja, según se impondrá V. E. por los adjuntos impresos. Libre el país de invasores llegará por fin el momento deseado de sancionar los sagrados derechos de la Nación, elevándola al alto rango a que la destinan los eternos decretos de la Providencia.

Dios guarde a V. E. muchos años, Santiago de Chile, junio 2 de 1813. — *Francisco Antonio Pérez, José Miguel Infante, Agustín de Isaguirre.* — Excelentísimo Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.»

«Reino de Chile. Monitor Araucano número 25.— Jueves 3 de junio de 1813.

Santiago, junio 2 de 1813.

En este instante acaba el gobierno de recibir el parte del general del ejército restaurador con fecha 25 de mayo último, cuyo tenor es el siguiente:

Excelentísimo señor. — Hoy he tomado posesión del mando de esta ciudad con singular complacencia de los amantes a la sagrada causa, que defienden las armas de la patria, de que estoy encargado; en ella he hallado muchos fusiles, pólvora, municiones, algunas piezas de artillería y cantidad de vestuarios, que el terror de las cercanías de mis tropas hizo olvidar al enemigo en estos almacenes; la intemperie no me permitió mi ingreso, y por este motivo los tristes restos de las tropas invasoras bajo el pretexto de venir de Talcahuano a llevarse 4 cañones de menos calibre, cometieron el atentado de saquear las casas de algunos vecinos, cuyo procedimiento ha llenado de indignación a todos, ha puesto el sello a su temeraria empresa de subyugar al reino, habiendo ya caído en nuestras manos el autor de este criminal exceso.

Los soldados abandonan al enemigo, y vienen apresuradamente a alistarse bajo las banderas de la patria; dentro de dos días atacaré al puerto de Talcahuano; no dudo tomarlo sin efusión de sangre que procuro evitar por todos los medios posibles; vencido este punto me dirigiré a Chillán, donde se abrigan otros restos consternados por la muerte de su general Pareja. Luego que me halle debidamente apoyado tomaré las providencias de seguridad que son consiguientes, y entretanto debe V. E. descansar tranquilo en la energía y entusiasmo de mis valerosas tropas.

Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Concepción, 25 de mayo de 1813. — *José Miguel de Carrera.*»

«Carta que escribe el general del ejército restaurador a un amigo suyo de esta capital.

Concepción, 26 de mayo de 1813.

Mi amigo: Ayer me adelanté con 100 hombres, y he tomado posesión de esta plaza. Aun no ha llegado la vanguardia, que es la única fuerza que traigo para la toma de Talcahuano, cuando ya tengo más de 200 hombres de dragones, infantería veterana y de milicias que se me han unido, y antes de dos días serán 400. Los almacenes y los vecinos tendrán por 1.500 fusiles de los que hay ya habilitados cerca de 400. Los armeros trabajan con empeño y no dudo habilitar hasta 1.000. Pólvora y toda clase de pertrechos hay en abundancia. También como 400 vestuarios, etc., etc. Dinero hasta 3.000 pesos. La gran librería y equipaje del obispo que todo queda con llaves lacradas y guardias. Una pacotilla sarracena que alcanza a 10.000 pesos. En fin, no faltan porción de artículos de primera necesidad que vienen muy bien al ejército.

Si viese usted la fuerza que traía esta expedición y su estado, ya habría vmd. temido el suceso; pero encontré 70.000 cartuchos a bala.

Trabajo me ha costado esta jornada; pero mañana o pasado tomo a Talcahuano y campaña concluída. Dado este paso voy a nombrar una comisión militar para juzgar a los traidores y castigarlos. Carabajal y otros muchos se me han presentado llenos de arrepentimiento y lágrimas; pero nada les vale. El obispo y su provisor con otros de la pandilla están embarcados, y ya habrá salido si no es la Essex y el Potrillo los que bloquean a Talcahuano, según se anuncia y es muy probable. Ahora mismo voy a reconocer. Anoche les sorprendimos la guardia de 10 hombres a los talcahuinos, y todos están prisioneros. Ya he circulado órdenes a todos los partidos, intimado las plazas de las fronteras, publicado bandos y mandado a O'Higgins con fuerza a los Angeles; todo está bueno. Luego con unirnos con los de Chillán, a quienes manda Ballesteros por la muerte de Pareja; está lleno de miedo, busca composición, y ya no hay otra cosa que la discreción. Vengan a Maule por mera precaución 300 hombres, y basta si son los de Buenos Aires.

No tengo tiempo para nada, a Dios mi amigo, ya libre de tiranos, a Dios hasta que tenga el gusto de abrazar a vmd. su afmo. amigo. — JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.»



NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA

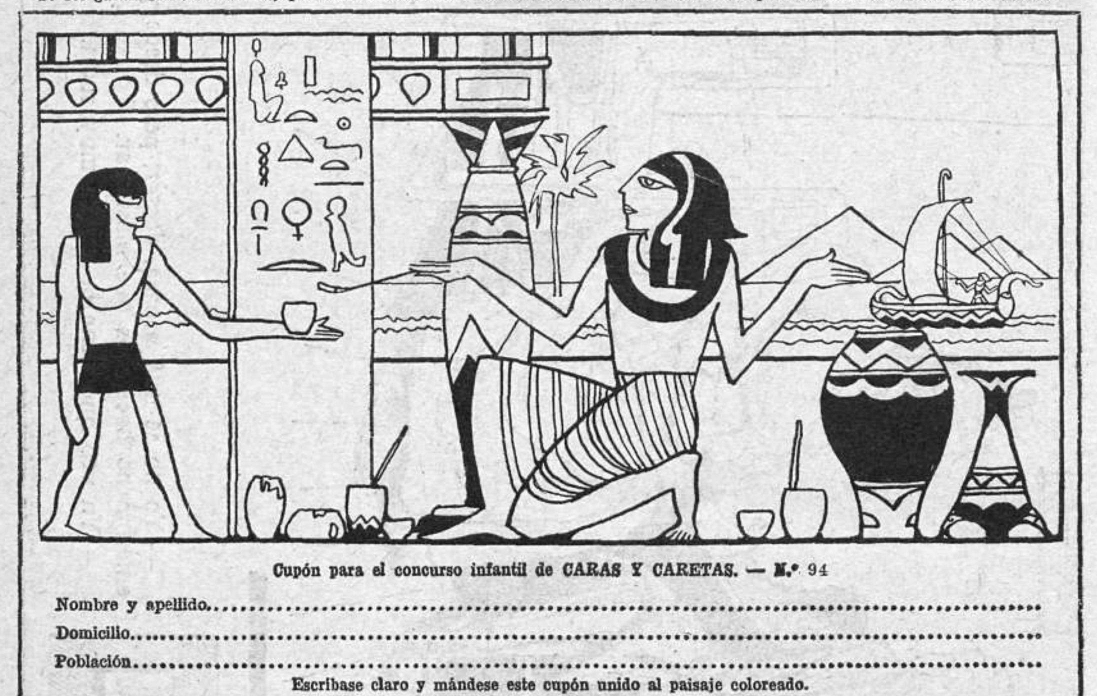
VERMOUTH
ARGENTINO

—Yo no sé qué le pasa, doctor; pero desde que está enfermo no hace más que blasfemar.

—Ya veo que tiene la lengua muy sucia.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 94

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Un feliz acierto en la elección

significa el éxito de un propósito. Esto es, precisamente, lo que ocurre con las señoras que dieron sus preferencias al

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

pues gracias al uso diario de ***este*** *insuperable producto de belleza facial, pueden ostentar un cutis níveo, fresco, sedoso y delicado, que avalora notablemente los demás encantos naturales del rostro de la mujer.*

MENDEL y Cía.

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Cerrito, 673



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1417 — En el taller del zapatero.
GUILLERMO BRAÑAS.

1418 — María haciendo la cena
ENRIQUE SERRA.



1419 — Vida compestre.
RODOLFO MEYER.



1420 — Tito, el canillita.
DELIA R. MADUEÑA.

1421 — A misa de diez.
MARÍA TERESA ERBA.



1422 — Esperando visitas.
OFELIA A. PERFUMO.



1423 — Mi hermana Violeta.
MARÍA ANGÉLICA PATTI. (CHILE).



"Germinase"

(*El alimento que contiene TODAS las Vitaminas de los Cereales.*)

Leche sola, no; leche con "Germinase" sí!

Es éste un precepto de alto valor higiénico que desearíamos que todas las madres tuvieran presente al preparar el alimento para sus hijitos.

Porque está probado científicamente que asociando la leche de vaca con la ***"Germinase"***, se combina un alimento de gran valor nutritivo, más digerible y mayormente aprovechable que el insubstancial te o café con leche, que empobrecen la leche que deben ingerir los pequeñuelos.

DE VENTA EN FARMACIAS Y CASAS DE ALIMENTACION.

De Ituzaingó (F.C.O.)



Parte de los concurrentes a la velada que se llevó a cabo en la casa del señor José Firpo, organizada por el «Club Social Ituzaingó», efectuada el 19 de mayo dentro del orden y cultura que caracterizan todas las fiestas que auspicia esta institución.

CONSEJOS A LOS CASADOS

Recuerda que la mujer siempre tiene derecho a la mitad más grande.

Cuando duermas trata de tener tus pantalones debajo de la almohada. En primer lugar, así amanecen mejor planchados. En segundo lugar, así evitas que tu mujer los ponga aprovechando tu sueño. No olvides que precisamente por este último motivo los escoceses no usan pantalones.

No leas nunca un libro que tu mujer haya tenido de soltera. A menudo esos libros suelen contener cartas olvidadas.

Cuando tú y tu mujer estéis en desacuerdo dale siempre la razón a ella. En cambio ella te dará la razón cuando los dos estéis de acuerdo.

Nunca encuentres bonita a otra mujer. Cuando más, di «que se arregla muy bien».

Si tu mujer es celosa sin motivos, entonces dale motivos. Para tu mujer viene a ser lo mismo, y en cambio, resultarás ganando.

No creas nunca a tu mujer cuando te diga que el último niño va a ser definitivamente el último.

Cuando tu mujer te discuta alguna cosa dale la razón hoy mismo... mañana será demasiado tarde porque ya habrá cambiado de opinión.

Para los gastos de la casa no olvides de considerar que, según la aritmética femenina, siete días a peso, son diez pesos.



EL DESCONOCIDO

Por

DOROTEA MILLS

ABRIL 1.º — BENI AGAR.



En todo parece advertirse lo absurdo, aun lo insensato; pero todo es posible en el Sahara. La arena, grande e intangible mago, hace parecer cuentos de hadas las vulgaridades de la vida. En mi larga peregrinación he visto cosas que serían argumentos magníficos para los dramaturgos deseosos de llevar a la escena ideas locas, comedias más caprichosas que las de Barrie, tragedias con sabor de Grand Guignol. Uno pierde en el desierto el sentido de la proporción, es decir, de la proporción civilizada.

Estaba pensando en ello la otra noche cuando oí la música de una flauta de bambú, cuyas notas se elevaban al cielo como un hilo de plata, para juntarse con las estrellas. No recuerdo haber oído esa música sino aquí. Ya conozco algunos aires que acompañan a extrañas historias: la historia de Kadidja, la joven bailarina, asesinada para robarle las joyas; la queja de Saadi, el muchacho burrero, contra las gacelas. La música que ahora oigo me parece diferente. Creo que sólo tiene cuatro notas; pero es menos ingenua.

2.— BENI AGAR.

En la mañana me he encontrado con la señora Z., la francesa excéntrica que compartió conmigo los asientos del camión de Uargla, y que tiene el capricho de vivir en la oscura calleja de los zapateros y de vestirse como árabe, con *cheche* y *burnús*. Me dice:

— ¿Sabe usted, señorita, que tiene usted un desconocido enamorado árabe, aquí, en Beni Agar?

— Tendré centenares, sin duda — le contesto riendo. — Abdullah, el hijo del Cadi, me ha dicho que soy más hermosa que una palmera al amanecer. Naghri, el camellero, me ama hasta distraerse, y el caid me ha hecho una proposición formal de casamiento sólo ayer, ofreciéndome divorciarse de sus tres mujeres. En este país el amor es tan violento y pasajero como las tempestades de arena.

— Pero el caso es muy original. ¿No le gustaría que hablásemos de eso?

— Se lo pregunta usted a una mujer, señora...

— Bueno. Ayer por la tarde se me acercó en la plaza del mercado, mientras yo iba al almacén del judío. Me dijo que me había visto paseando con una mujer que le parecía muy hermosa, entró en algunos detalles que son considerados corteses entre los europeos, y agregó que desde que la había visto soñaba siempre con usted. Me dijo también que no sabía hablar francés y que no se atrevía a dirigirse a usted. No olvidó decirme que es soltero y rico.

— ¡Qué impudencia!

— Querida; ellos no distinguen de razas ni colores; el amor es su único instinto fuerte hasta que han tratado con europeos lo bastante para darse cuenta de lo que vale el dinero. Toda la fuerza y la violencia que un tiempo hicieron de ellos una gran nación han sido atrofiadas por el fatalismo de su religión, y sólo les queda el instinto del amor. Yo podría contarle algunas cosas curiosas...

— ¿Qué tal es?

— ¿Querría usted encontrarse con él?

— No; es la increíble idiotez de las mujeres blancas que viajan la que desacredita nuestra raza.

Durante la comida la señora Z. me dijo, riendo:

— He hablado otra vez con su enamorado. Está tan desesperadamente enamorado que parece fuera de sí, señorita. El amor de los árabes es celoso e indomable.

— Ya me muero de curiosidad. ¿Es joven y buen mozo? ¿O se está usted riendo de mí?

— Es así, así, como los otros árabes; pero usted juzgará por sí misma. Me ha dicho que la ha seguido a usted, a larga distancia, en sus paseos; que se ha sentado a su lado en el café moro; que una vez le pisó usted un pie y que él se sintió muy feliz. Habla de su pasión con imaginación verdaderamente árabe. ¡A los árabes les gustan las mujeres blancas! Desgraciadamente me reí, y se puso muy serio. Inmediatamente se separó de mí.

3.— BENI AGAR.

¡Pobre señora Z.! Esta mañana supo que su hijito está seriamente enfermo en el liceo de Argel, y se marchó a la hora y media de haberlo sabido, en un carro que alquiló. Su hijo es lo único que la preocupa en la vida desde que murió su marido. La echo de menos... Anoche volví a oír la flauta al lado de afuera de mi ventana. ¿Será mi admirador árabe? Siento que la señora Z. no me lo mostrase. La cosa es divertida, y una mujer nunca deja de interesarse, y hasta conmoverse, por cualquiera pasión, así sea ridícula, que inspira.

5.— BENI AGAR.

Todos los días me propongo seguir hacia el norte, y cada día me veo impedida de hacerlo. Hay en esta pequeña ciudad del desierto algo que me retiene... Como a los árabes les pasa, nos sentimos víctimas de cierta pereza mental. Los amores, los odios, los fieramente peleados intereses de los naturales, parecen mezclarse a nuestra propia vida. Hay una vitalidad latente, una violencia que nos acechan en el sol y en la arena, y hasta las gentes mismas parecen acecharnos como animales que esperan la primavera. Uno parece vivir por el mero hecho de estar vivo. He venido aquí a trabajar y aun no he afilado mi lápiz.

Hay mucho de que escribir y el color local está puesto en las cosas con una brocha espesa; pero el color local se niega a ser reducido a la condición de fondo pintoresco; es parte de nuestra vida de todos los días.

El precio de los dátiles, el rompimiento entre Uled Nail y su último enamorado, la llegada de una caravana del sur, todas esas cosas adquieren una importancia más trascendental que la caída de un gobierno, la suerte de los reyes o el aumento de los impuestos en nuestro país, y la lectura de un diario viejo que sacamos de la maleta nos hace el efecto de un viento frío que soplase de otro hemisferio extraño.

En el pequeño café blanco de la plaza del mercado paso largas horas de holganza. El dueño se muestra muy complacido porque puedo pedir el café en su propia lengua y porque me siento con las piernas cruzadas en una estera en vez de pedir una silla como otras «rumias».

Hago largas excursiones por el asoleado valle en que está asentada la ciudad, en una mula algo chúcara que he bautizado Kradidja, el nombre de la mujer del Profeta, porque es vieja y fea.

A la puesta del sol oigo las oraciones de los fieles en la mezquita y las notas de órgano de la voz del Imán que entona:

Allahu Ekbar,
Eshehedu elle ilche elle Allah.

Oigo también el áspero murmullo de las voces sobre innumerables tacitas de te aromarizado con azahar en las trastiendas de los mercaderes de M'zab... El inmenso mundo se ha reducido y el azul y el dorado del Sahara han envuelto mi alma como en una túnica.

8.— Beni Agar.

No puedo decir lo que he hecho en estos tres días, pero todos los momentos de ellos los he vivido intensamente. La vida es aquí como un sueño de haschish, en el cual las emociones de la droga se intensificasen mil veces. Todos los días me siento en la plaza del mercado a ver pasar la gente, a admirar la altiva vitalidad de este pueblo, en medio del cual me parece vivir en una perpetua transfusión de otra sangre a mis cansadas venas de mujer del norte.

Todas las noches oigo la flauta cerca de mi ventana, y esta mañana encontré un ramillete de narcisos en el alféizar. Ese mudo enamorado mío está empezando a intrigarme. Cuando estoy en el café miro las morenas caras que hay en torno mío, procurando descubrir cuál es la de él. Quizás está sentado a mi lado, tal vez los amplios pligues de su burnús han rozado mis rodillas; quién sabe si alguna vez hemos hablado. A cuántas desconocidas o medio conocidas caras no he sonreído con un cordial «Alicum Sallaam»...

Me sorprende que no se me haya acercado. Los árabes no son esquivos... Diría que me ha olvidado, o que se ha ido, si no fuese por la flauta y por los narcisos de esta mañana...

9.— Beni Agar.

Esta mañana he encontrado un nuevo ramillete de narcisos... Principio a sentirme como absorbida por esa pasión tan pura... Aquí, sin nada del gran mundo en que pasar el tiempo, sin pensamientos ni emociones, una pierde, como he dicho antes, el sentido de la proporción. Esta mañana, mientras escarabajeaba en el café, me puse a estudiar las caras de todos los árabes que me rodeaban. Intenté imaginármelo, crear una cara y una figura para el desconocido; pero, por esa vez, el pensamiento literario, tan apto para imaginar con la pluma y el papel no pudo concretarse en carne y sangre. Era exasperante, tantálico...

En el civilizado norte yo me reiría de mí misma, pero aquí no puedo reirme... Hay mucho paganismo aquí... Los ojos de los árabes, cuando miran a una mujer, son la más desnuda de las cosas vivas. Queman, abrasan con la mirada. Sin embargo, hay algo repelente en ellos...

El aire está espeso con las crudas voces de compradores y vendedores, con la mezclada opacidad de los olores, entre los cuales predominan el olor del café, del ámbar, de los camellos, de las pieles oscuras. Cerca de mí está sentado un gigante vestido al modo de los spahis de Argelia... Al frente, hay un gracioso adolescente que viste una *gandura* blanca. Tiene manos finas y morenas y los ojos de Ismael. Tras de la oreja lleva un ramito de narcisos. A su lado está sentado un beduíno barbudo y con cara de halcón. Los miro al uno después del otro y siento como una vaga inquietud.

Algunas veces me voy a pasear al desierto, en donde la arena tibia acaricia mis pies, calzados de sandalias. Y algunos días oigo la flauta de bambú, y no puedo discernir si el que la toca está, como lagarto, escondido entre las calcinadas piedras o se halla detrás de algún grupo de palmeras. Y regreso apresurada a la ciudad... Es monstruoso; es una verdadera obsesión. Y, sobre todo, es ridículo.

10.— Beni Agar.

Anoche, al salir del café de las bailarinas, tropecé en el umbral, y habría caído, en la oscuridad, si una mano no me hubiese tomado amablemente por el brazo, que llevaba desnudo. Me di cuenta de que la mano era suave y flexible, y de que, a pesar de que su contacto fué muy leve, sus músculos eran fuertes como cuerdas de acero. En la cama estuve tiritando una media hora... En vano esperé oír los sones de la flauta de bambú...

11.— Beni Agar.

Todo el día ha habido un viento caliente, enervador y excitante. He querido pasear, leer, trabajar, y me he puesto de mal humor.

Después de la comida llamé a Amar, el guía, y fuimos al café de las bailarinas. El inquieto espíritu del viento parecía haber penetrado la atmósfera pesada del café, afectando hasta los nervios de las jóvenes bailarinas... Saadia, con su rico traje y su tocado de monedas de oro, parecía tener el diablo en los pies.

En un rincón del café descubrí de pronto a un árabe, vestido con un burnús blanco, que me miraba fijamente, de la cabeza a los pies. Los árabes son muy impertinentes, y me sentí irrita-



Saadia, con su rico traje y con un tocado de monedas de oro, parecía tener el diablo en los pies.

da. Me volví y hablé animadamente con Amar y con algunos beduínos que había cerca; pero sentía que las miradas del árabe no se apartaban de mí. No sé por qué me pareció que sus manos debían ser suaves y flexibles, pero con músculos fuertes como cuerdas de acero. Todos los árabes tienen manos suaves y fuertes.

La atmósfera estaba pesada. Las bailarinas exhalaban de sus cuerpos perfumes de ámbar, y por todos los asistentes pasaban como corrientes de pasiones contenidas. Saadia, que no había dejado de mirar al árabe del burnús blanco, se dirigió de repente hacia él, le puso la cabeza en el hombro y se sentó en sus rodillas.

Las suaves manos del árabe estrecharon el cuerpo de la bailarina...



Perdió el dominio de sí mismo, me tomó en sus brazos y quiso besarme.

No puedo decir por qué, pero me sentí presa de una terrible furia, de un deseo espantoso de matar. Habría estrangulado a la bailarina con mis propias manos... No recuerdo haber nunca sentido impresiones semejantes... Repentinamente el árabe se levantó y, llevando a la bailarina tomada de un brazo, salió del café...

No recuerdo cómo ni cuándo regresé a casa. Sólo recuerdo que cuando me volvió el concepto de la realidad de las cosas estaba en la cama y mordía la punta de una de las sábanas.

13.— Laghuat.

Ayer sopló fuerte viento todo el día. El aire tenía color de acero, parecía de acero y respirar era un tormento exquisito.

Decididamente he estado loca. Nunca me hubiera imaginado que yo, escritora de libros, hubiera tenido tanta capacidad para la locura. Contemplé valientemente la verdad, y deliberadamente lastimé mi orgullo. Hice pedazos el pedestal de mi propia estimación...

Esta mañana tomé el camión para Laghuat, y permaneceré aquí algunos días procurando recobrar el respeto de mí misma. Todo el día hemos viajado por la «chebka», abominación de la desolación, esterilidad espantosa en la cual no se encuentra ninguna cosa viva. De cuando en cuando, para señalar la pista, algunos montones de huesos de camellos, bien pulidos por el sol.

Laghuat parece una colmena, y aquí empezamos a respirar un poco del mundo exterior, algo saludable y tónico. Es como un oasis de civilización entre Argelia y el Sahara. Aquí se encuentran los grandes caminos del norte y del sur, del este y del oeste, y cada media hora entra o sale una caravana o un convoy cargados de mercaderías.

Tengo un cuarto pequeño de paredes blanqueadas, con una cama, una mesa y una silla. Está en el piso bajo y por la ventana penetran los rumores de la calle, destacándose algunos cantos populares. Siento como si un peligro horrible hubiese pasado por sobre mi cabeza. Tengo el cansancio de un mundo muerto. Esta noche dormiré.

15.— Laghuat.

Ayer pasé todo el día sentada al sol, como un lagarto, y en la tarde trabajé algo. En la comida me entretuve mucho con la conversación de dos comerciantes, hombres encantadores, hijos de un mundo más grande que el que suponemos en Inglaterra.

Después de la comida, mientras me desvestía, oí la flauta de bambú en la calle, muy cerca de mi ventana. Me dejé caer en la silla y me eché a temblar; pero me parecía que lo que sucedía había sido subconscientemente esperado por mí. La seguridad en que me hallaba hizo que me pareciese ridículo mi temor, y sentí un vergonzoso impulso de abrir la ventana y ver. Habría visto, quizás, en la oscuridad una cara morena, de ardientes ojos. En el momento mismo en que mi impulso se tornaba invencible. La flauta calló en una nota inconclusa.

16.— Dhelfa.

He huído hasta aquí.

La «patrona», inmensamente impresionada por la llegada de una viajera con un abrigo de pieles legítimas y tres maletas, ha querido darme su mejor habitación, sobre la calle.

No podía entender por qué he insistido en tomar un pequeño cuarto en el fondo, en un corral habitado solamente por una cabra y tres enormes gallinas.

Un fuerte viento del norte hace crujir las maderas de la ventana. No estoy segura de no oír, en medio de los rugidos del viento, la flauta de bambú...

Mañana iré a Bu Saada, la cómoda ciudad de los que viajan por placer, con su limpio hotelito y sus camellos mansos, en los cuales, en compañía de jóvenes amables, se pueden hacer excursiones a diez francos la hora.

K., el artista, estará allí.

Nos hemos prometido recíprocamente vernos y él me retratará en traje de excursionista, con botas y «breeches». Es buen mozo y compañero excelente.

18.— Bu Saada.

Hice bien estar de regreso aquí.

Entre los pasajeros que han venido conmigo en el inmenso automóvil rojo había un alsaciano gordo, comisionista, y cuatro mercaderes moabitas.

K. me ha parecido muy contento de volver a verme.

Hemos pasado una tarde muy agradable, hablando de todo o casi todo lo que hay bajo el sol.

Me ha contado todos los chismes del pueblo; me ha mostrado sus dibujos y me ha reprendido por no haber escrito nada para leerle.

Es un compañero delicioso, pulcro, sin remilgos, humano sin ordinariez...

Evidentemente no se puede trasplantar un alma humana a un suelo extranjero como se puede hacerlo con una planta o con una flor. O ganará en lozanía o se marchitará.

Mi alma se ha hecho aquí más lozana, como una flor de un jardín inglés trasplantada a una selva virgen...

Anoche no oí la flauta de bambú.

24.— Bu Saada.

Esta semana ha sido muy feliz. K. y yo tenemos el hotel casi para nosotros solos.

Abril es un mes delicioso en el desierto. El tiempo está demasiado hermoso para gastarlo en viajar hasta Argelia en un enorme carromato alquilado; y el calor no es bastante fuerte para que los escorpiones molesten.

Aprovechando el fresco de las mañanas salimos a caballo, algunas veces a las dunas, en donde la arena amarillenta se agita como un mar por entre las patas de los caballos.

Desde el desayuno hasta el almuerzo trabajamos, y también trabajamos más tarde, hasta la hora del te.

Generalmente trabajamos a la sombra de los jardines, oyendo el suave rumor de un hilillo de agua que se deja correr por entre las piedras según la ley de la menor resistencia.

K. me ha dado el esqueleto de un argumento para una novela. Si puedo escribirla será lo mejor que habré escrito en mi vida.

Cuando hemos concluído de trabajar nos vamos al café de la plaza del mercado y nos sentamos a la deliciosa sombra de una mimosa. Ahí, tomando café en tacitas antiguas, hablamos sutilmente de arte y de literatura, y de cuando en cuando damos alguna moneda a los mendigos que la imploran.

El dueño del hotel desaprueba esas limosnas, pues dice que en Bu Saada no hay mendigos, porque todos se murieron de hambre el año pasado...

Lentamente estoy recobrando el respeto de mí misma. Se me ocurre que allá, en el sur, debí sufrir algún ataque de insolación.

Por las noches me parece oír la flauta de bambú; pero luego me convenzo de que me he equivocado.

Algún día escribiré alguna novela sobre esto. Una novela... supongo que para eso nos da la Providencia almas de escritores.

27.— Bu Saada.

Cada día hace más calor y el cielo está más quemantemente azul.

K. empieza a preocuparme un poco. Tengo miedo de que piense casarse conmigo, y me asusta la idea de que me lo diga.

Había pensado en esta contingencia cuando estaba «allá», y creo que resolví decirle que sí. Me gusta más que todos los hombres que he encontrado, y hubo un tiempo en que creí que estaba empezando a amarlo. Pero ahora... no sé. Cuando la otra noche estaba hablando con él en el balcón, me pareció oír la flauta de bambú... Sería un marido espléndido.

28.— Bu Saada.

Anoche no pude dormir.

Después de la comida, K. me propuso que nos casásemos, en el jardín del hotel. Estaba admirable; nunca le he admirado tanto ni nunca he estado tan cerca de quererlo; y, sin embargo, le dije que no. Estuve algo brusca, porque él debe haber pensado que lo aceptaría. Y, sin embargo, le dije que no.

¡Pobre amigo! Sufrió mucho y, al fin, perdió el dominio de sí mismo, me tomó en sus brazos y quiso besarme. Sentí su bigote al ras de mis labios; pero logré escaparme de sus brazos y huir. Reconozco que me he portado como una tonta, o algo peor; pero no podía aceptar.

Una vez en mi cuarto me asomé a la ventana para pedir ayuda a la inmensa tienda azul de las estrellas.

La noche estaba pesada y los perros de los pobres ya no ladraban, oprimidos por el universal silencio.

Salió la luna, y el dorado de las dunas se convirtió en un implacable pavimento de plata...

He procurado mentirme a mí misma; pero la verdad es que todas las noches he oído la flauta de bambú bajo los árboles. Anoche no la oí y tengo la sensación de la desconfianza.

30.— A bordo del «Tingad».

Africa está ya lejos...

Esos días estuve loca... Mi memoria es una mancha confusa en que apenas se destacan algunos recuerdos más o menos precisos...

Africa está ya lejos... Mañana llegaremos a Marsella.

La noche está inefablemente tranquila y serena, con estrellas enormes que parecen mirar al sur.

No sé qué es lo que me impide deslizarme desde la cubierta del vapor a las oscuras profundidades del mar...

Abajo, en la cubierta de los pasajeros de tercera clase, vagan sombras envueltas en burnuses; distingo caras morenas que me parece haber visto otra vez.

En medio de los diversos rumores que de allá suben no logro saber si oigo o no la música de una flauta de bambú... ¡Oh, Dios mío!... No sé lo que me pasa...



Señora: Tenga Vd. en cuenta que para obtener un cuerpo esbelto, elegante y distinguido debe visitar la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquirir uno de sus famosos modelos de **CORSE** o **FAJA**, únicos que por su calidad y científica confección dan al cuerpo comodidad y soltura, conservando siempre la característica de ***belleza*** y ***distinción.***



NUESTRO REGALO

"Pictorial Review" del mes de **Junio de 1923**

Gratis

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Junio de 1923.**

721-**Nuevo y elegantísimo modelo.** Dibuja esta preciosa creación un cuerpo de soberbio conjunto. Lo confeccionamos sobre medida en fino coutil de hilo floreado con elástico de seda y 4 ligas, por

$ 30.-

Nuestro departamento de expedición al interior despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de flete.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 4913, LIBERTAD



Equipo del Newbery Football Club que disputó un interesante match con el Club Roque Pérez.

Team del Atlético Club Roque Pérez, que defendió tenazmente sus colores en el match antedicho.

Los Miserables

por LUZ Y SOMBRA

Ha sido necesario sacar a Tutankhamón de su sueño de 36 siglos para que los modistos se acordaran de que los egipcios tuvieron un estilo, el cual nos puede *ofrecer un campo* de inspiraciones como los ya agotados estilos oriental, rumano, romano, griego, etc.

La influencia de Tutankhamón en la moda de 1923-24

Y ahora, después que hubo quien arriesgó — y perdió — la vida para darnos a conocer las maravillas con que los egipcios embellecían la muerte de sus reyes, después que diarios, salones, novelistas, modistas y artífices cocinaron el argumento, cada uno en su horno, para las diversas aplicaciones modernas, ahora hay quien dice, con la mayor serenidad, que lo egipcio no sirve sino en los museos, pues ya no hay Cleopatras sino en efigie.

Sin tener en cuenta que entre el reino de Tutankhamón y el de Cleopatra hay *algo como 35 siglos, considerándolo* todo «egipcio» no más, es sin embargo necesaria una distinción: Si se nos cree capaces de salir a la calle, de paseo, con la cortísima túnica de *tul usado por* las reinas del Nilo, con sandalias y el famoso casco metálico en forma de buitre, símbolo de la Maternidad, está muy bien decir que es cosa para museos. Pero con otro *criterio* se ha aplicado a la moda el dicho descubrimiento.

En el mueblaje ante todo. Sin transformar la casa en una tumba egipcia, se pueden tener modernísimos sillones de pura inspiración egipcia, almohadones, carpetas, pantallas, centros de mesa bordados en ese estilo. En cuanto a la moda personal, grandes casas de París han creado modelos de trajes de fiesta con anchas guardas de figuras egipcias, blusas de crepe con aplicaciones de esfinges *et similia*, en lugar del *monograma ya usado*; cinturones preciosos, y en la mayoría de los tocados de fiesta se nota una marcada influencia egipcia.

Vestido de noche en Salambó oro. De fondo a la pollera, muy fruncida, una guarda egipcia (véase detalle), pintada a «pochoir» verde Nilo. Una cinta ancha, del mismo verde, de satín, forma cinturón y se ata adelante. Metraje: 3.25 por 1 metro.

¿Quién puede afirmar que Cleopatra era una belleza fría, de las que ya no existen? Una mujer pintada se *diferencia mucho de una mujer de carne*... y además, a juzgar con nuestros ojos acostumbrados a las cosas de nuestro siglo, se corre peligro de falsa interpretación. Basta con decir que los que presenciaron el famoso descubrimiento declararon que el maravilloso lecho de oro de Tutankhamón está formado por dos grandes animales *que*, a pesar de ser *obra* de valor inestimable, no se puede precisar si son elefantes o leones...

De todas maneras, damos en nuestros grabados un ejemplar de adorno estilo egipcio y una de las maneras de aplicarlo.

En otras naciones están en gran favor todas estas antigüedades nuevas, y en las grandes reuniones sociales de París, según hablan las crónicas, se han visto aplicadas en diferentes y bonitas formas. Los géneros *modernos*, tejidos con hilos de oro y de plata, con todo su lujo de bordados y fantasías, y las centelleantes túnicas *drapeadas* hacia el centro del talle, recuerdan más que nada las orgías de los egipcios y el refinamiento oriental, causas de la decadencia de Roma.

San Clemente de Alejandría, condenando en su «Pedagogo» esas vanidades importadas en la ya austera Roma desde los países conquistados, dice que las mujeres «mostraban su debilidad hasta en sus calzados, pues sus sandalias estaban bordadas de oro y realzadas con clavos del mismo metal y solían llevar grabadas imágenes amorosas, como si quisieran dejar en la tierra las huellas de la corrupción de su alma».

No son imágenes amorosas las que vienen en forma de broches en los últimos modelos de zapatos de fiesta; son diminutos pavos *reales con el plumaje* de oro y pedrería — pero como símbolo de vanidad no tienen nada que envidiar a los primeros. Su valor intrínseco es mucho menor, eso sí; los zafiros, las piedras *preciosas y la misma mano* de obra de entonces están hoy convertidos en burdas imitaciones. Los metales preciosos y las joyas con que se hacían ajorcas y pendientes son para nosotras cosas *tan maravillosas* como las pirámides. De aquellas riquezas, esparcidas entonces a manos llenas, nos queda pálida imagen en esos hilos de oro y de plata de nuestros tejidos, en la pedrería barata cosida a nuestros vestidos de gran fiesta.

Pero los que abran nuestro sepulcro dentro de 36 siglos *no* encontrarán lechos preciosos ni otras cosas de museos. Los tejidos — lo único precioso que tenemos — se los habrá pulverizado el tiempo. Encontrarán, dentro de un *cajón rectangular, unos trozos* pequeñitos de diferentes colores, trozos de piedra verde o negra o colorada sin valor ninguno; eso es todo lo que habrá quedado de las pobres riquezas de nuestra civilización.

Entonces, comparando nuestro siglo, en el que las *mujeres tienen un concepto* tan falso de la elegancia que llegan a deshacerse de sus alhajas buenas — herencia de varias generaciones — para presentarse en público envueltas en esos tejidos brillosos que no verá dos primaveras, nos envidiarán las maravillas, las obras de arte, toda la herencia y los ecos de grandezas que otras *civilizaciones* supieron dejarnos a nosotros. Nuestras joyas de bazar les harán hablar quién sabe cómo de nuestra civilización...

En la historia de las generaciones seremos para ellos los Miserables; al lado de las Edades de la Piedra, del Hierro, del Oro, será la nuestra la Edad de la Quincalla.

Menos mal que a 36 siglos de distancia todo esto no nos afectará demasiado.



Detalle de la guarda del vestido reproducido en el otro grabado.



— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De Dufaur (F. C. S.)



Concurrentes a la demostración de simpatía ofrecida por este vecindario al señor Juan Bedascanaburse con motivo de su próximo traslado a Tandil.

EL AUTOR GRÁFICO Y EL AUTOR ORAL

La escritura acarrea una división de poderes y de jurisdicciones en la autoridad, quiero decir, en la actividad de los autores. De un lado, el autor que sabe escribir y escribe para los que saben leer; de otro lado, el autor que no sabe escribir y se produce oralmente para los que no saben leer. (La clase de los autores que no saben escribir subsiste, y con gran exuberancia, en nuestros días.) La división de autoridad, en esta segunda época, implicó una división de la masa sobre la cual se ejerciese la autoridad, esto es, una separación de públicos, y en consecuencia una disminución de autoridad. El público de los autores que sabían escribir, por fuerza era tan selecto y exigente como poco numeroso. Y el público de los autores que no sabían escribir, era por fuerza tan numeroso como poco educado y mal parado de fortuna. El autor que no sabía escribir, desdeñado de los selectos y exigentes, perdió la autoridad para con su propio público también; la plebe no podía pedirle que la doctrinase, pues era hombre sin doctrina, sino que la divirtiese y lisonjease, por donde no le era lícito crear nuevas palabras sutiles, antes bien, servirse únicamente de las palabras comunísimas y cotidianas que la plebe corrompía y sin cesar deformaba. Así el autor que no sabía escribir se vió compelido a emplear un instrumento de escasa resistencia y extremadamente cambiante, mudadizo; el *sermo vulgaris* o idioma vulgar con que más tarde se formaron nuestras lenguas romances.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA





De los pies a la cabeza
se lava, pule y aliña,
lo que prueba que la niña
no descuida la limpieza.

Y aun otro detalle veo,
que consignar es muy justo,
y es el exquisito gusto
que tiene para el aseo,

pues usa el **REUTER,** jabón
por el cual, según es fama,
toda niña y toda dama
tiene gran predilección.

Y es natural que suceda,
porque este jabón famoso
pone el cutis más precioso
y más suave que la seda.

De General Viamonte



VISITA DEL GOBERNADOR. — Público presenciando el acto de la colocación de la piedra fundamental del Hospital de Caridad.

Banquete servido en honor del gobernador señor J. L. Cantilo y de la comitiva que lo acompañó en su reciente visita a esta ciudad.



Dispepsia y asfixia terrestres

Me acuerdo de haber leído, en una obrita muy interesante, el párrafo siguiente:

« Aun entre los ocultistas se considera como » uno de los más difíciles problemas el investigar la mis- » teriosa construcción de la Tierra. Todo ocultista sabe » que es mucho más fácil investigar la región astral y la » *misma región mental* que investigar concienzuda- » mente los secretos de nuestro planeta, porque para » hacer eso debe uno haber pasado por las nueve » Iniciaciones menores y la primera de las Grandes » Iniciaciones.

» Respecto a las erupciones volcánicas, el mundo » científico moderno dice que el centro de la Tierra » está en ignición y que las erupciones son producidas » por filtraciones de agua.

» Estas teorías, en cierto sentido, tienen alguna base, » pero no contemplan las causas espirituales que para » el ocultista son las únicas reales. »

Prosigue el autor de la obrita clasificando los estratos terrestres: mineral, fluídico, vaporoso, acuoso, germinal, ígneo, reflector y atómico, expresión material del Espíritu Terrestre y centro del Ser del Espíritu Terrestre.

Parece que « las tendencias reflejadas de inmoralidad » y antiespiritualidad de los hombres despiertan las » fuerzas de la naturaleza del *séptimo estrato* a una » actividad destructora, de manera que las erupciones » volcánicas aumentarían en proporción del crecimiento » del materialismo. »

Y como ejemplo de su afirmación cita el autor al Vesubio, cuyas erupciones no pasaron de seis en los primeros 1000 años después de Cristo, mientras las últimas cinco se verificaron en el breve período de 51 años.

Muy dueños de creer o no creer lo que afirma el autor de la obra citada, pero hace ya un tiempito que los observatorios van señalando temblores que empiezan a preocuparme.

No son temblores vulgares, de aquellos que nos dejan medio de buen humor.

— ¿Te fijaste ayer?... ¿Eh?... ¿No te fijaste? ¡Caramba, qué manera de dormir! Se movió la araña de mi cuarto, se paró el reloj... ¡Un temblor!... Sí, hombre. Los temblores que se señalan ahora son señores temblores; dejan casi siempre descompuestas las agujas de los sismógrafos. Fíjense y verán.

Podría ser también que el material con que se hacen las agujas de los sismógrafos hoy en día fueran de calidad inferior, pero no me parece. Para mí que realmente los temblores *modernos* son mayúsculos, proporcionados al materialismo imperante.

Y efectivamente (¡ni hecho a propósito!) me han comunicado la inminencia de un cataclismo, de un algo que tomará las proporciones del desastre de la Atlántida. Y lo peor del caso es que no se trata de una profecía basada sobre el don de la doble vista, que no es lo mismo que la vista doble... No. Se trata de una serie de silogismos cerrados que os dejan ahí, aplastados, cabizbajos, sin poder decir otra cosa que lo siguiente:

— Sí, señor... Usted tiene razón... Vamos a ver si puede usted hacer algo para conjurar o siquiera postergar la catástrofe.

El viernes pasado me remitieron a domicilio una carta con muchas impresiones digitales en el sobre y una indiferencia absoluta por las bellezas del arte caligráfico.

Como no profeso ninguna admiración para los calígrafos no hice caso de estos detalles; al contrario: profeticé que el remitente debía ser un intelectual... Quién iba a pensar que...

Pero vamos por partes:

« Ilustrado señor:

« Yo soy el Mesías, y Dios me ha confiado la misión » de revelar a los hombres la naturaleza y las nece- » sidades de la Tierra, la misión del hombre.

» Escuchen los hombres la palabra del enviado de » Dios si quieren evitar a la Tierra y a ellos mismos » dolores y desastres; escuchen la voz del Mesías, » quien en nombre de la Madre que sufre les habla » por orden de Dios.

» Venga, hijo mío, a refocilarse en las puras fuentes » de la sabiduría y reciban sus oídos la palabra del » que todo lo ve, y su corazón limpio de orgullo quedará » penetrado por la verdad. La Tierra está enferma. » La gravedad del momento exige una voz de alarma. » Yo: *El Mesías.*

» P. S. Le espero sin falta: s/c. calle Yatay N.º .... »

Confieso que en el momento me dejé llevar por la impaciencia y dije en voz alta:

— Puedes esperarme un rato largo.

Pero pocas hora después llegaba otra esquelita, esta vez traída por un mensajero:

« Necesito hablarle urgentemente. — *El Mesías.* »

Reflexioné que, agotados los medios de comunicación epistolar, el Mesías se prendería del tubo telefónico sin dejarme tranquilo, y entonces contesté:

« Mañana de nueve a diez. »

Era una contestación categórica que sin embargo me procuró un tercer mensaje:

« No deje para mañana lo que puede hacer hoy. »

Lejos de conmoverme tanto apuro no hizo más que confirmar mi resolución de ir a ver al Mesías la mañana siguiente de 9 a 10.

Sin embargo, como a las cinco de la tarde un toque interminable del timbre de calle anunció la llegada de un personaje, si no sobrenatural, por lo menos más que ordinario.

Un hombre de luengas barbas, facciones de asceta, ojos dulces muy expresivos, vestido modestamente, en cuanto me vió me dijo con la voz característica de los que hablan durante el sueño magnético:

— No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy...

— ¿El Mesías?

— ¡Yo soy!...

Un *Ego sum* por el estilo de aquel que hizo caer largos y tendidos a los fariseos en el huerto de Gesemaní.

Lo hice pasar a mi escritorio, dejando entornada la puerta, por si acaso. No sé si era a causa de la emoción de encontrarme por primera vez delante de un personaje de semejante categoría, pero el hecho es que no me sentía tranquilo.

— Yo, señor, le escribí diciéndole que mañana...

— Usted, señor, me considera loco; por consiguiente tuve mis buenas razones para dudar de que vendría... a mi casa.

— ¿Yo?... Pero ¿qué dice, señor?... Ni lo piense remotamente... ¿Loco? ¿Y por qué?

— Yo leo sus más escondidos pensamientos... Por otra parte, si usted no tuviera esta opinión respecto de mi persona daría prueba evidente de no ser un hombre normal...

La argumentación era de una lógica aplastante, así que no me quedó más que levantar los ojos al cielo y abrir los brazos como si mentalmente pronunciara un *orates frates*.

La época moderna no permite que las profecías mesiánicas vengan propaladas por obra de los humildes... Hoy son otros los sistemas de propaganda.

— ¿En qué puedo serle útil?

— ¡La Tierra está enferma!



El hombre se puso de pie y me pareció más alto que cuando entró en mi domicilio; extendió el brazo derecho y apuntó con el índice mientras sus ojos echaban chispas.

— Debilitada por la acción funesta del hombre, la Tierra se encuentra en vísperas de un cataclismo. La mano del hombre altera las funciones fisiológicas de este ser viviente que es el planeta en que vivimos.

Me recosté en el sillón, resignado a aguantar todo el chaparrón de las profecías y a no oponerme más a la divina voluntad.

El Mesías pareció más tranquilo.

— La Tierra es un organismo animal con formas y funciones determinadas. Se alimenta, respira, se mueve, piensa.

En este punto tuve un movimiento involuntario de profunda sorpresa, pero el Mesías seguía imperturbable:

— Se alimenta de bólidos y aerolitos que atrae con su fuerza magnética. Estos aerolitos caen en el mar, donde las corrientes los transportan a las fosas oceánicas, que los absorben y los empujan al centro asimilador. La Tierra inspira oxígeno y emite ácido carbonico. La Tierra se mueve, voluntariamente y por fuerza propia, alrededor del Sol, al que está vinculada por necesidades vitales y afinidades magnéticas y psíquicas, verdaderos lazos de familia. Piensa con su cerebro situado en el polo norte, y con su cerebro se comunica intelectualmente con los astros del espacio.

— Disculpe... ¿Dice usted que el cerebro de la Tierra está situado en el polo norte?

— Precisamente.

— ¡Lástima!...

— ¿Por qué?...

— Digo para nosotros, que nos encontramos situados en estas latitudes... Nosotros quedamos reducidos al papel de muslos, pantorrillas, tobillos... No hablemos del Brasil...

— He ahí otra prueba evidente de que usted me consideraba alterado en mis facultades mentales.

— ¿En su polo norte? De ninguna manera... Es una ocurrencia que me ha salido así, al oir que usted localizaba los diferentes órganos de la Tierra...

— Escuche: las aguas del mar, desde el fondo de los océanos ecuatoriales, por galerías especiales se distribuyen por todo el globo desde el centro a la superficie, hasta la cumbre de las montañas. En este largo viaje se despojan de la sal y del oxígeno y vuelven a los océanos cargadas de carbonatos de cal, ácido carbónico y otros residuos...

— ¿Así que durante el viaje las aguas saladas se convierten en dulces?

— Exactamente. Las dulces se reunen y por vías internas y externas vuelven a la mar, y una vez purificadas se mezclan con las saladas, convirtiéndose en alimento para la Tierra.

— ¿Y la respiración?

— Los océanos se abastecen de oxígeno tomándolo de la atmósfera, que a su vez se aprovisiona de los inmensos depósitos del espacio. El intercambio se verifica en el ecuador y en los polos... que son las bocas de respiración de la Tierra.

— ¿De veras?

— La boca ecuatorial se parece a una muralla que ciñe todo el globo; las bocas polares se asemejan a columnas. Por la boca ecuatorial pasan dos corrientes laterales: una ascendente y otra descendente.

— ¡Qué me cuenta!

— La corriente del medio arrastra los residuos, se eleva en la atmósfera y se pierde en el espacio. Las descendentes llevan a la Tierra el aire puro del espacio.

Aquí el Mesías entra en una disertación muy compleja sobre el funcionamiento de las corrientes, tanto que no logré comprender gran cosa. Son ideas que necesitan calma y estudio prolijo. Lo único que alcancé a comprender fué lo siguiente: que los vientos alisios son ni más ni menos que la respiración regular y periódica del organismo terráqueo.

— Este... De acuerdo, señor, por lo que se refiere a las funciones fisiológicas terrestres; pero con esto no alcanzo a darme cuenta de los síntomas que le hacen sospechar a usted un próximo cataclismo. Las funciones digestivas son bastante normales por las vías... periféricas; todos los fenómenos de eliminación...

— Las minas de carbón, las aguas termominerales, el kerosene, los gases, son productos fisiológicos elaborados por las vísceras terrestres...

— Por eso digo... Las funciones de eliminación se cumplen regularmente... Por lo menos... me parece a mí... De vez en cuando uno que otro temblor de tierra, pero... poca cosa... Y por lo visto éstos deben ser fenómenos de eliminación...

— Vaya despacio... Los metales son productores y distribuidores de electricidad y magnetismo. Son el sistema nervioso del planeta. La continua extracción de carbón, kerosene, azufre y demás gases priva a la Tierra y a su aparato digestivo de los órganos importantes y de los jugos necesarios para su sustento. Además, el carbón hace más pobre la atmósfera, y quemado substrae oxígeno y envenena las aguas y el aire.

— Así que nos encontramos frente a un caso de dispepsia y asfixia...

— ¡Usted lo ha dicho! Es preciso que se levante una voz de alarma. La Tierra está enferma...

— Baje la voz, por favor, porque al lado viven una punta de profanos, que...

— Antes de que el mal siga adelante, antes de que sobrevengan complicaciones de aquellas que obliguen al organismo terrestre a reaccionar con catástrofes irreparables, abandonemos las minas, los pozos petrolíferos, las canteras, todo trabajo de excavación. Confórmese el hombre con aprovechar las fuerzas disponibles sobre la superficie terrestre sin ofender a los órganos interiores... los órganos vitales...

— Muy bien... De acuerdo... Pero ¿en qué podría serle útil, señor, con respecto a lo que me dice?

— Con la propaganda... Divulgue usted estas verdades, no se canse de predicarlas... Hágalo por el bien de la humanidad.

— Con muchísimo gusto, a pesar de que, francamente, no tengo mucha fe en el resultado...

— Es cuestión de vida o muerte...

— Ya sé, señor. Lo comprendo muy bien. Pero usted conoce a los hombres mejor que yo... Ya lo ve... En Buenos Aires proyectan hacer un nuevo *subte;* en Comodoro Rivadavia sigue la explotación del petróleo... Y eso que la Argentina es una nación muy joven...

Me pareció que por la frente del Mesías pasaba como una nube de tristeza. Me disparó esta frase:

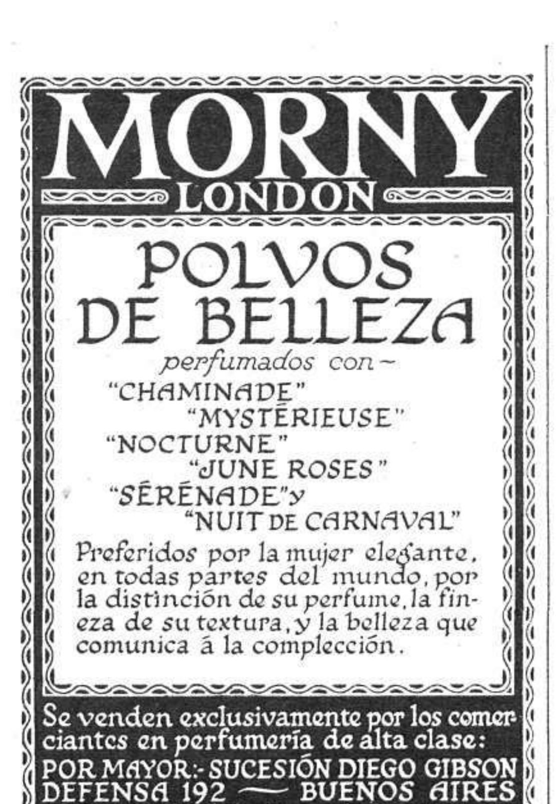
— ¡Dios enloquece a los que quiere echar a la perdición!...

Exactamente lo mismo que iba pensando yo, lamentando mi mala suerte al tropezarme con un latoso de tan profunda magnitud.

De Tapalqué



Almuerzo criollo ofrecido en honor del destacado vecino señor Alfredo B. Baés por sus numerosos amigos.





ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS

INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

De Sarmiento



Vecinos de esta localidad que concurrieron al almuerzo criollo ofrecido por los destacados comerciantes señores Cayetano Maltagliatti y Andrés Chiappero festejando la instalación de una oficina de Correos y Telégrafos.

REQUIESCAT

Anda con ligero paso, que ella está cerca, muy cerca, bajo la nieve.

Habla en voz queda, que ella puede oir crecer las margaritas.

Toda su bella cabellera dorada ha tomado el tinte de la herrumbre; ella que era joven y encantadora, ahora no es más que polvo.

Semejante al lirio, blanco como la nieve, apenas sabía que era mujer ¡tan dulcemente había crecido!

Las tablas del ataúd y una pesada losa oprimen su pecho. Y ahora solo yo, me torturo el corazón: porque ella reposa para siempre.

¡Silencio! ¡Silencio! No podría ella oír la lira ni el soneto: toda mi vida yace aquí sepultada. Amontonemos tierra sobre ella.

EL DISCÍPULO

Cuando Narciso murió, el río de sus delicias se transformó de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, y las Oreades vinieron llorando por los bosques a cantar junto al río y a consolarle.

Y cuando vieron que el río habíase convertido de copa de agua dulce en copa de lágrimas saladas deshicieron los bucles verdes de sus cabelleras. Y gritaron al río y le decían:

—No nos extraña que le llores así. ¿Cómo no ibas a amar a Narciso con lo bello que era?

—¿Pero Narciso era bello?

—¿Quien mejor que tú puedes saberlo? —respondieron las Oreades.— Nos despreciaba a nosotras, pero te cortejaba a ti, e inclinado sobre tus orillas dejaba reposar sus ojos sobre ti, y contemplaba su belleza en el espejo de tus aguas.

Y el río contestó:

—Si amaba yo a Narciso, era porque cuando, inclinado en mis orillas, dejaba reposar sus ojos sobre mí, en el espejo de sus ojos veía reflejada yo mi propia belleza.

OSCAR WILDE.

TOS

CURACIÓN PRONTA Y SEGURA
CON LAS
PASTILLAS del Dr. ANDREU
De venta en todas las Farmacias

ASMA

Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.



COLORANTE IDEAL

Floriol

Con un gasto insignificante podrá convertir en nuevos sus vestidos desteñidos, en todos los colores de moda.

Precio de la pastilla, $ 0.80

En todas las farmacias.

Pastillas y Jarabe

DASAC

Evitan y combaten eficazmente
TOS Y RESFRIOS
Bronquitis
Influenza
Catarros.

Pastillas, la caja, $ 1.—
Jarabe, el frasco, » 1.20

En todas las farmacias.

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. MITRE, 2176 BUENOS AIRES

Pietro Canonica



Después del prematuro fin de David Calandra, que ha dejado a su amigo Rubino la honrosa tarea de concluir el magnífico monumento que los argentinos levantarán en Buenos Aires a la gloria de Bartolomé Mitre, al Piamonte le han quedado dos grandes escultores, consagrados por la fama: Leonardo Bistolfi y Pedro Canónica. Esto no quiere decir, se entiende, que no haya muchos piamonteses entre los jóvenes que representan una positiva promesa para el arte escultórico; los hay, e inspirados y estudiosos; ninguna duda que el Piamonte seguirá siendo una de las regiones de Italia más ricas en temperamentos artísticos.

Pedro Canónica ha sido un precoz. Hace veinte años que se habla de él, de sus trabajos, en sentido admirativo. Entró en las batallas del arte como un caballero armado de pies a cabeza, para el cual combatir era lo mismo que vencer.

Y, sin embargo, su arte no es el arte que asombra, el arte que agarra el espectador y lo arrastra; si yo pudiese atreverme a dar una definición, diría que el arte de Pedro Canónica es todo psicológico: nada de escenografía, nada de efectismo, nada de esos recursos ornamentales que son arte también, pero ayudan mucho a una obra y sirven para ocultar deficiencias y defectos; generalmente Pedro Canónica elige, para desahogar su emoción artística y fijar en el mármol o en el bronce su sueño plástico, una sola cabeza; y nadie ignora que en escultura no hay nada tan difícil como el retrato, que los artistas deberían tentar sólo después de una larga educación. Cuando un escultor joven trata el retrato y alcanza a hacer obra de arte ya no necesita más: él puede seguir su carrera con la certidumbre de trepar muy alto.

Pedro Canónica tiene, entre sus obras más perfectas, un retrato de nene que sobrepasa, por la verdad anatómica, por la hechura, por la vivacidad de la mirada, por todo, en suma, todo lo que se hizo en materia de retratos escultóricos en los últimos siglos; si aquel pequeño busto lo viéramos en una «loggia» de Florencia o de Roma y tuviese la pátina del tiempo, y nos preguntasen por el autor, nosotros contestaríamos, sin pensar dos veces: Donatello.

Puede que esta opinión mía parezca algo o mucho exagerada; pero ella es sincera; y convencido estoy que muchos de los que admiraron el pequeño busto compartieron y comparten conmigo esa sensación de algo superior, de un trozo de escultura que nos recuerda a los maestros imperecederos.

Las composiciones de Pedro Canónica tienen ese sello de sobriedad que es la característica del escultor; pero, repito, él es el escultor de los retratos y el retratista de los reyes, pues entre príncipes y reyes más de diez han posado para él, empezando por Eduardo de Inglaterra y Humberto I de Italia.

Pedro Canónica nació en Turín el último día de febrero de 1869; carácter muy independiente, o en su niñez no iba a escuela o, si iba, no sacaba ningún provecho; le gustaba más correr por las afueras de Turín, a orillas del Po, admirando, con verdadera alma de artista, la puesta del sol detrás de los montes. Tuvo que trabajar mucho para convencer a su madre que tenía aptitudes de artista; pero a los doce años modeló una cabecita tan expresiva que le permitieron entrar en la Academia, donde enseñaba el célebre escultor Tabacchi.

El muchacho valía; Tabacchi lo quiso; y a los diez y siete años Canónica abrió estudio. Lo que puede parecer atrevimiento era conciencia de su propia fuerza.

Cuando hubo concluído los cinco cursos de la Academia, Pedro Canónica, no obstante su juventud, se dió cuenta de que había empezado su responsabilidad; todo lo que sabía no le pertenecía; tenía que crear su arte creando su alma.

Viajó por Italia, conoció artistas, estudió las grandes obras maestras, comprendió que había elegido un camino muy arduo. Aceptó con entusiasmo su misión y a los pocos años ya tenía una fisonomía inconfundible entre los escultores italianos: era alguien.

El narró una vez esta anécdota de su vida: «Mi viaje a Inglaterra me dió ocasión de conocer a la duquesa de Portland, la cual, ignorando quien era yo, me manifestó el deseo de conocer personalmente al autor de una escultura que había visto en la Exposición Internacional de Venecia.

Entonces tuve que presentarme por el autor de aquella obra. La misma duquesa me presentó a la corte de Inglaterra, y fué así que tuve el honor de modelar los retratos del rey Eduardo y de la reina Alejandra.»

La misma acogida Pedro Canónica la obtuvo en Berlín; y en las dos capitales anglosajonas le encomendaron muchos retratos y otras obras. No todas, se entiende, son perfectas, pero en todas hay la huella de su personalidad; y en cada una hay como el testimonio de un camino ascensional continuado, de un perfeccionamiento alcanzado con un esfuerzo constante y consciente, con una voluntad férrea de subir, subir siempre.

El primer triunfo artístico Canónica lo obtuvo a los 24 años, en el Salón de París de 1893, donde habíase presentado con «El voto», estatua en mármol representando una monja; luego, en la Exposición de Palermo de 1901, obtuvo una medalla de plata.

Más de treinta monumentos sepulcrales, diez de ellos óptimos; monumentos rememorativos en las plazas de las ciudades italianas y extranjeras; veinte o más obras sueltas, en mármol o bronce; el grupo maravilloso en el monumento a Víctor Manuel en Roma: la producción de este artista asombra. ¡Y no tiene más de cincuenta y dos años!

Pero su valor grande, lo que le asegura un lugar muy encumbrado para el porvenir, entre los artistas italianos, es su fuerza, su gracia, su verdad en los retratos: Pedro Canónica es el Van Dyck de los escultores italianos.

ITÁLICUS.

En las reuniones familiares

es objeto del mejor comentario **la calidad insuperable y el gusto delicado** de nuestros

"Vinos Arizu"

Esmeradamente embotellados llevan como distintivo la marca **"Arizu"** estampada en las etiquetas, cápsulas y corchos.

Exíjalos a su proveedor.

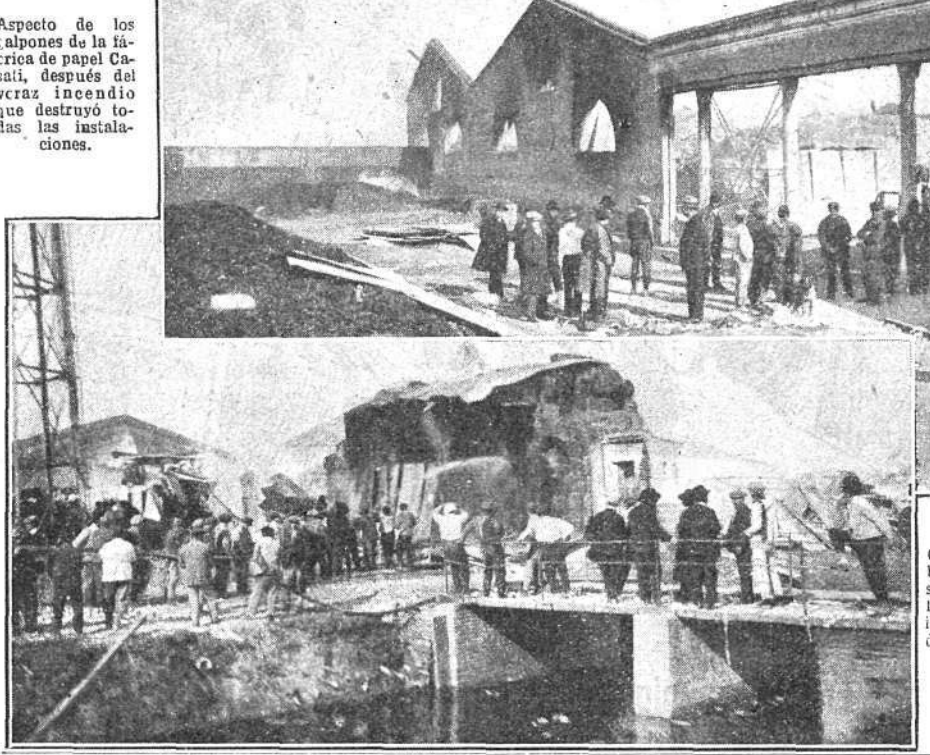
Vinos Arizu

El Orgullo de la Producción Nacional

Soc. Anón. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU

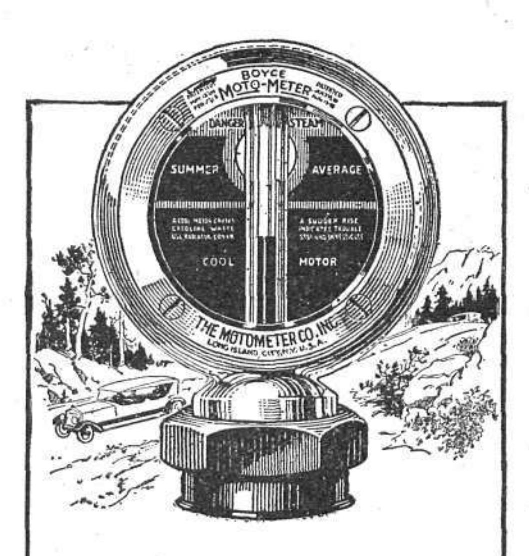
Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032
BUENOS AIRES
Sarmiento, 561 - Moreno, 931
ROSARIO





Aspecto de los galpones de la fábrica de papel Casati, después del voraz incendio que destruyó todas las instalaciones.

Obreros de la fábrica tratando de sofocar el fuego, localizado en un inmenso montón de materia prima.



En la Ciudad o en la Carretera—

UN Boyce Moto-Meter le indicará la temperatura de su motor en cualquier momento.

Un Boyce Moto-Meter le avisará, diez o quince minutos antes de que resulte cualquier daño-que necesita agua en el radiador, que tiene poco aceite o que la correa del ventilador está rota.

El calentamiento excesivo arruinará su motor. Los cojinetes y los cilindros quemados, las válvulas combadas, etc., son daños costosos Un Boyce Moto-Meter los evita.

Un motor demasiado frio desperdicia de 30 a 40% de combustible.

Las molestias peligrosas y costosas que causa un motor demasiado frío o demasiado caliente, se evitan usando un Boyce Moto-Meter.

Compre uno hoy mismo

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I., E. U. A.

BOYCE MOTO METER

"Su automóvil merece uno"



EL CINEMA de la BUENA SALUD



Millones de personas deben su buena dentadura a ***Sozodont.***

Cinta No. 2

Escena No. 1

Una buena sugestión. Para obtener dientes limpios y encías sanas *use* ***Sozodont*** *dos veces al día.*

Escena No. 2

Resultados inmediatos obtenidos agradablemente. **Sozodont** tiene un sabor muy gustoso.

Escena No. 3

Dientes blancos como perlas y encías firmes y rosadas son requisitos de la belleza. Una encía inflamada es una encía enferma.

SEÑORITAS

Por qué no ser bellas ?

Dientes blancos son una señal de refinamiento.

No experimente con dentífricos medicinales ásperos y arenosos. Use **Sozodont** que ha sido probado segura y eficazmente por cerca de un siglo.

Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.

Representantes

Harold F. Ritchie & Co.
171 Madison Ave., N. Y., U. S. A.





LA POLICIA RUSA

La educación de un hijo es para todo padre que habita una aldea punto menos que imposible, y si esta aldea es rusa, el *punto menos* está de más.

Tal era el caso de Pedro Suwaroff, riquísimo habitante de Balta, a quien sus muchos centenares de miles de rublos no habían decidido nunca a abandonar la aldea que le vió nacer en aquel apartado rincón de la Podolia, donde descansaban los venerados restos de sus padres y las no menos sagradas cenizas de su esposa.

Pedro era, pues, huérfano y viudo; pero además tenía *otro sí*, o sea un hijo, obra única y por cierto póstuma de su llorada consorte, que apenas le dió a luz se retiró de la escena; conducta que algunos escritores deberían imitar.

Miguel, que así se llamaba el chico en remembranza de su abuelo paterno, salió como las primeras producciones, con muy buenos versos, pero con muy poca sustancia; es decir, hermosa de formas, pero sin fondo. A los catorce años era ya un jastialote que casi le llevaba dos dedos a su padre; uno de estatura y otro que por poco le arrancó de cuajo tirando de él para levantarlo de una silla en que dormitaba el buen señor.

Pedro luchaba, pues, entre el natural deseo de hacer de su hijo un hombre de carrera y el temor de que, trasladándole a San Petersburgo, su candidez pudiera ser explotada por los malévolos; porque, según parece, también en Rusia hay quien vive cazando gangas.

Venció la sabiduría, y se organizó todo para que el chico trocase la aldea por la capital. Llegado el momento de la marcha, Pedro entró en el cuarto de Miguel, y entregándole unas monedas y tres botes de barro:

— Toma — le dijo — para tus primeras necesidades.

El muchacho se guardó el dinero sin preguntar nada, porque hasta los tontos saben para lo que sirve; pero al recibir los cacharros hizo un gesto de ignorancia más acusado que el que habitualmente imprimía carácter a su fisonomía, y el padre, comprendiendo sus dudas, le salió al encuentro, diciéndole:

— Carne de membrillo.

— ¿Y para qué?

— Para que te la comas.

— ¿Ahora?

— No; durante el viaje. Tú no has salido nunca del lugar e ignoras las contingencias en que vau a ponerte tres días de ferrocarril.

El mancebo abrió los ojos, y esclamó:

— ¿Cómo?

— Ya te he dicho que aún no — repuso el padre, sobrepujando la candidez del hijo. — El tren va tan de prisa que muchas veces no tendrás tiempo de bajar. Y sin embargo, tal es la vida, hay ocasiones en camino en que el hombre se apearía de buena gana; pues bien, la carne de membrillo te permitirá mirar con desprecio el miserable minuto que en cada estación dan las empresas al viajero para solaz del cuerpo y del espíritu. Particípame el resultado en cuanto llegues.

Miguel iba a abrazar por última vez a su padre; pero éste, parándole los remos:

— No he terminado — adujo. — Yo sé que tú eres íntegro y recto; pero la influencia de los amigos es temible. Vas a un país minado por el nihilismo. Huye de la política, hijo de mi alma, porque así como puedes llegar a ser ministro, te pueden ahorcar, y luego el remordimiento sería tardío. Ten presente que allí la policía está montada de un modo, que aun no has pensado la cosa cuando ya la sabe ella. Júrame que no conspirarás.

— Lo juro.

— No vayas a los cafés, porque cada camarero es un agente disfrazado.

A Miguel se le ponía la carne de gallina. Pedro, para que la impresión fuese más profunda, no cesaba de insistir:

— El pobre que te pide limosna, el individuo que ocupa una butaca en la ópera junto a la tuya, el sastre que te toma la medida, el zapatero que te calza, no son más que esbirros que te acechan para, al menor indicio, a la sospecha más leve, hacerte subir las gradas del cadalso. La policía lo sabe todo; no hagas por lo tanto nada.

Las lágrimas se agolpaban a los ojos de los dos interlocutores, y el espanto del chico fué tal, que por un momento estuvo a punto de desistir del viaje a San Petersburgo, substituyéndolo por otro a la inmediata ciudad de Kamenetz; pero la deficiencia de sus colegios y la justa observación que hizo Pedro de que para el hombre de bien la policía es tan inútil como el minuto de parada en las estaciones, rehicieron los ánimos, y el estudiante se metió en el trineo que debía conducirle al primer punto de la línea ferrocativa.

— Adiós, padre — balbuceó Miguel entre sollozos.

— El cielo te bendiga.

El vehículo partió.

— Hasta la vuelta — gritó por última vez el jurisconsulto en ciernes.

A lo que Pedro, haciendo bocina de sus manos, contestó:

— Cuidado. Ninguna amistad y mucha carne de membrillo.

Casi un bote se comió el primer día el obediente hijo, viendo pasar las estaciones con la indiferencia que inspira un peine a un calvo. Verdad es que su preocupación era la policía; así es que ni comunicaba con sus compañeros, ni respondía más que con la cabeza a los empleados que subían a taladrarle el billete.

El crepúsculo vespertino del segundo día coincidió con el fin del segundo tarro. Muy presentes tenía las advertencias de su padre; pero ya empezaba a inquietar a Miguel el apego que le iba tomando al vagón. Por más que se apeaba en los puntos donde anunciaban fonda para ver si tenía gana de bajarse, no conseguía sino aumentar su pereza, y al momento se restituía al coche.

Lo único que sentía era sed, pero sed devoradora. Hasta tal punto, que ya en la última etapa y próximo al término del viaje, como hubiese agotado la provisión de su cantimplora, se resolvió a pedir un poco de kummel al vecino de enfrente, a trueque de habérselas con un polizonte.

Por fin dió en San Petersburgo con su humanidad y en un estado de desasosiego fisiológico en extremo molesto e irritante.

Dirigióse a la casa de huéspedes que le había indicado su padre, y pidió un cuarto. Diéronle uno que se acababa de desocupar; pero interior y tan sombrío, que el muchacho suplicó que se lo cambiasen si podían.

— Precisamente — dijo la patrona, — tenemos en la casa a un señor muy enfermo e impedido que no sale de la cama y a quien molesta el ruido de la calle. Voy a ver si quiere permutar con usted.

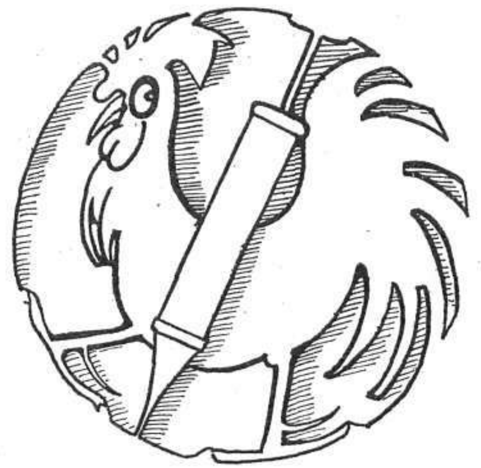
El pobre anciano, creyendo que el que llegaba era el practicante que diariamente venía a propinarle la medicina que recetaba el médico, se dispuso como pudo para recibir la prescripción del día, de esas que se reciben sin que el paciente se dé cuenta visual de la misma.

— Soy yo, don Fulano — dijo la casera, echándole la manta encima, — soy yo que venía a ver...

Y aquí le expuso el objeto de su misión, que fué aceptada y aun aplaudida.

Una hora después roncaba Miguel en su nuevo cuarto, reposándose de las fatigas del camino, con la esperanza de vencer las irregularidades que el viaje le había ocasionado, cuando sintió una cosa extraña de que al pronto no supo darse cuenta.

Volvió la cara, pues se había acostado contra el muro, y aun pudo ver en la penumbra a un hombre que abandonaba la habitación blandiendo un instrumento cilíndrico que le era familiar.



Era el practicante, que, no habiendo sido advertido oportunamente, acababa de llenar sus funciones con la impremeditación de una costumbre inveterada.

Miguel, echando pie a tierra, abrió el balcón, y tomando papel y pluma, escribió lo que sigue:

«Querido padre: No he hecho más que llegar a San Petersburgo y ya ha sabido la policía que me había comido tres botes de carne de membrillo.»

ENRIQUE GASPAR

DIBUJOS DE MACAYA

PAZ

La fina sombra verde de las movidas hojas
acaricia la página pura que voy leyendo...
— De allá del sol vecino de las colinas rojas,
viene un olor a lirios, que ya van floreciendo.

Por el arroyo seco, que enarena su fondo,
regueros de verbenas se pierden a lo lejos...
El corazón de la torre vieja da un hondo
campanazo en su armadura de azulejos. —

Soledad. Luz. Silencio. En la vibrante calma,
— entre página y campo, — mece la hora tranquila
arrobamientos claros que le sacan al alma
una brisa, una flor, un pájaro, una esquila...

REMORDIMIENTO

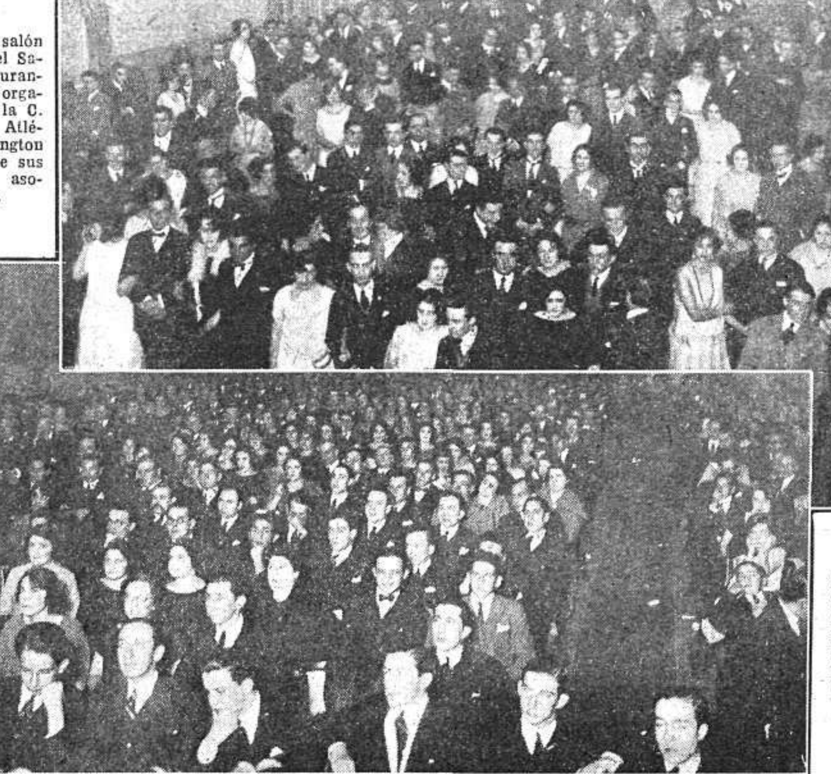
La tarde hace más grande mi dolor, más oscuro.
Como un fantasma, se adelanta el remordimiento,
y, con dedos de sombra, escribe sobre el muro
un «Mane Thecel Phares» inminente y sangriento.

Con el llanto que brota mi corazón, habría
para colmar un mundo de miseria y de escoria;
las nubes pasan negras, y me ponen umbría
la ilusión, frío el sueño, y medrosa la gloria.

¡Oh, qué mano pudiera desbaratar lo hecho,
clavar en cada espina una hoja de rosa,
poner la tarde en orden, y convertir el pecho
en una estrella grande, serena y luminosa!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ





Aspecto del salón de bailes del Savoy Hotel durante el festival organizado por la C. D. del Club Atlético Wáshington en honor de sus numerosos asociados.

Sala del Palace Theatre durante la función artística organizada a beneficio de la institución de caridad Asilos Maternales.

ESPECIALIDADES DE LA CASA AMERICA

OFRECIDAS A PRECIOS DE VERDADERA OPORTUNIDAD

Los famosos PATHEFONOS y sus DISCOS PATHE "sin púa" con las últimas creaciones del arte musical parisién, ofrecemos a los cultores de la buena música.

LISTA DE DISCOS PATHE

Fatma la Brune. Chanson Orientale.

Reviens Musette. — Chanson.

Le Miserere du Marin. — Romance.

Revons. — Valse chantée.

Chanson du Trombone. — Fox Trot chanté.

NUESTRAS CUERDAS ARMONICAS darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.



Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas seda amarilla........................ **$ 2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta pesos.......... **3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a............... **$ 4.20**

Adquiriendo los tres encordados juntos cobramos solamente $ **10.—**. Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos. Pidan Catálogo N.º 30. — Solicitamos agentes.

Guitarras «América»

las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales en guitarras:

Nº 3013 $ 12
Nº 3015 » 17
Nº 3002 » 25
Nº 3021 » 36

Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 23, enviando $0.20 en estampillas.

NUEVO METODO "AMERICA" Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles. PRIMERA EDICION $ 1.50 POR O. R. DECORA

¡¡OJO!! Ahora todos podrán tocar el ACORDEON

Ofrecemos este precioso **ACORDEON de 8 bajos**, sonido fuerte y vibrante, construcción esmerada, con el **nuevo método «América»**, recién aparecido y de resultados garantidos, por sólo pesos **18.**

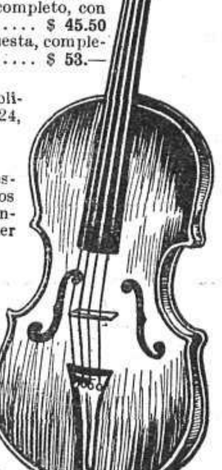
Método solo, porte pago **$ 1.50**

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez...... **$ 33.—**
N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez............ **$ 38.—**
N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez.................. **$ 45.50**
N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez.......... **$ 53.—**
(Embalaje gratis.)



Otros modelos desde $ **25.—**. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio, pesos................ **$ 1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata, **$ 2.60**
Encordado **«Concertola»** de gran concierto, con 4.ª de plata............ **$ 3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez .... **$ 7.50**

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos**, exclusivamente artículos finos y modelos de **«Stradella»**, precios de verdadera oportunidad. — Solicite Catálogo Ilustrado N.º 26, enviando 20 ctvs. en estampillas.

De Rosario



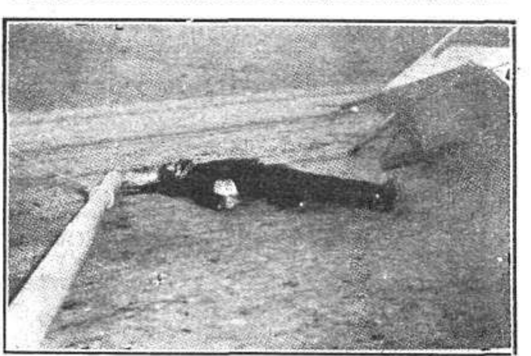
Bomberos tratando de limitar el incendio que estalló en el interior del gran depósito de bolsas de los señores Calvente.



Otro aspecto de la lucha contra el fuego que, debido a la eficacia del ataque, pudo ser dominado antes de propagarse a las casas vecinas.



Curiosa instantánea tomada durante un duelo criollo en el barrio Refinería y que, gracias a la intervención de la policía y de las esposas de ambos contendientes, no tuvo mayores consecuencias.



El cadáver del obrero Enrique Ecevsky al lado de la columna eléctrica que, al caer, destrozó el cráneo del desgraciado jornalero, produciéndole una muerte instantánea.

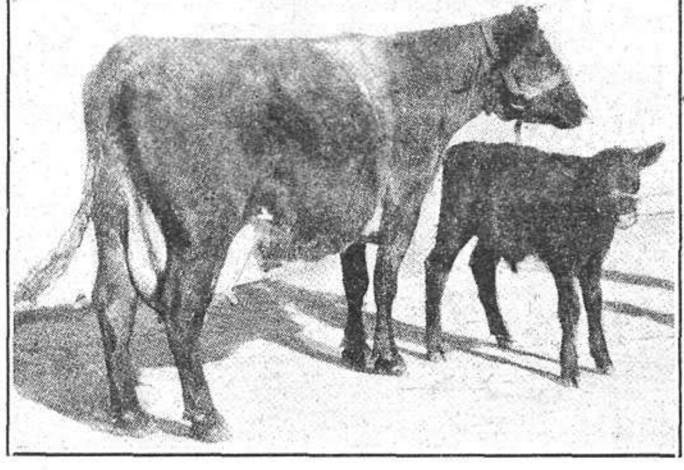

Mueblería "SAN MARTIN"
1359, CORRIENTES, 1359 = Pedro Pasquariello
La fábrica más GRANDE y ANTIGUA de Sud América. Fundada el año 1870.
REGIO JUEGO de DORMITORIO en cedro-caoba, con marqueteria seleccionada. Compuesto de 1 ropero 3 cuerpos, de gran formato, 1 toilet, 2 mesas de luz, 1 cama de 2 plazas, 1 elástico especial, 2 sillas, 1 mesita centro, $ 620
El mismo juego, de cedro macizo,
$ 490
Soliciten el Nuevo Catálogo 1923
MODELO EXCLUSIVO DE LA CASA.
ideal para el interior por su formato y solidez, lustrado al verdadero roble N. A. o cedro-caoba, con lunas biseladas y aplicaciones de bronce, compuesto de un aparador, un trinchante, una mesa para 8 cubiertos y seis sillas esterilladas, COMO GRAN RECLAME
$ 295.-

LA EXPOSICION NACIONAL DE PRODUCTOS

FUÉ UN GRAN ÉXITO A PESAR DE

El veredicto oficial recaído en la sección de trigos y anexos organizada por el Ministerio de Agricultura el día 20, puede decirse que remató dignamente la primera Exposición de productos de Granja y el noveno Concurso de vacas lecheras organizado por la Sociedad Rural Argentina, la cual comenzó, en el local que dicha institución tiene en Palermo, el día 5.

Considerando el positivo valor que significa la exhibición en conjunto, no caben dos opiniones diferentes. Como un notorio ejemplo de las ventajas que se han obtenido por un buen sistema de «mixed farming» ha sido, ciertamente, todo un éxito completo dada su propia naturaleza y significación en el país, excepto, quizá, en cierto respecto: en el de la pequeña representación que tuvieron, en todas sus diversas categorías, los ejemplares vacunos nacionales.



Vaca Shorthorn N.º 2141, «Josefina I,» Campeona de la Exposición.

La exhibición a que nos referimos ha demostrado, sin género de duda, la gran importancia que tiene este ramo de la agricultura, mientras, por otra parte muy significativa, los productos expuestos y colocados en los diversos departamentos de los varios edificios de la Exposición, así como en los del espacioso museo de la Sociedad Rural, cuyo frente da a la calle Santa Fe, fueron un magnífico ejemplo de lo que puede desarrollar la república por un buen orientado sistema de «mixed farming» o granjas; y el que esto escribe se halla muy satisfecho al haber advertido que los más significados personajes que hicieron uso de la palabra el día de la inauguración, mostraron explícitamente su simpatía por los artículos que, bajo mi firma, han venido publicándose en estas páginas acerca de la creciente importancia de la industria lechera; y desde luego es fácil establecer una excelente y provechosa combinación entre los pequeños terratenientes y el recomendable sistema de granjas, que se presta tan bien para que éstos desenvuelvan en ellas sus trabajos.

Los muchos visitantes que frecuentaron los diversos departamentos de la Exposición el primer día de su apertura, así como la mayoría de los tamberos y chacareros, sufrieron una natural decepción al ver menos de treinta animales de todas categorías en toda la sección vacuna, y todos ellos propiedad de ocho exhibidores, entre los cuales, como más importantes, citaremos a los señores Carlos Braggio (Jerseys y Holandesas) e ingeniero Pedro T. Pagés, presidente de la Sociedad Rural Argentina (Shorthorns) quien, al presente, está liquidando todo su plantel Shorthorn de pedigree y todas sus vacas lecheras, las que él aprovechara con la idea de cultivar especialmente las mejores «foster-mothers» o criadoras con qué alimentar sus crías Shorthorns de pedigree.

En la clase A correspondió el premio al señor Carlos Braggio por sus vacas de raza Holando-frisio (Sección Holstein-Freisian, British-Freisian, Javerland y otras variedades) de las que fué el único exhibidor, así como también se le adjudicó premio en la clase C por sus ejemplares de la raza Jersey.

La única competencia de alguna importancia pudo observarse en la clase B para las razas Shorthorn, Red Polled, Hereford, Aberdeen-Angus, Normando y otras similares, puras y mestizas.

Es de lamentar el hecho de que solamente la raza Shorthorn estuviera representada, perteneciendo los mejores ejemplares a los propietarios de las cabañas «La Josefina» y «Chapadmalal» y al señor Guillermo A. Brown, dueño de la llamada «El Central», Pazos Kanki, F. C. O.

El primer premio para vacas del tipo de raza, con o sin cría, categoría 2, correspondió al número 2144, un hermoso y crecido ejemplar vacuno blanco y rojo de 6-7 años, procedente de «La Josefina», con su cuarta cría al pie. Esta vaca premiada es, indudablemente, uno de los mejores tipos lecheros de la raza Shorthorn que se haya exhibido en Palermo, de fina calidad y muchas características, circunstancia esta última que le valió también el segundo premio, aunque como productora del nutritivo líquido no pudo resistir otras competencias.

El segundo premio, categoría 2, tipo de la raza, fué ganado por un ejemplar de la cabaña «Chapadmalal», una vaca de nueve años, blanca y roja, que demostró ser una gran criadora y lechera y poseer todas las características del caso, ganando, además, el tercer premio como productora del preciado jugo. Se trata de un notable ejemplar de hermosa cabeza, bien encornada, y de abundante ubre, de gran vena lechera y buen escudo.



N.º 2129, «Payasa», vaca Shorthorn, ganadora de muchos premios.



Vaca Shorthorn N.º 2158, «Forastera», ganadora de tres premios. Expuesta por el señor Guillermo A. Brown, «El Central».

DE GRANJA Y LECHERIA EN PALERMO

LOS ESCASOS EJEMPLARES VACUNOS

El tercer premio de la anterior categoría fué para la cabaña «La Josefina» por un ejemplar de cinco años, rosilla, de pedigree Shorthorn, padre Volta, un toro cuya descendencia ganó varios premios en Palermo, en exhibiciones nacionales de cría vacuna. Esta vaca, número 2141, «Josefina I», es de poco volumen, pero de gran ubre, buenas tetillas y escudo prominente. También se le adjudicó el quinto premio por sus características lecheras y ganó como competidora a 21 otros ejemplares, dos de los cuales fueron Holland-frisios y cinco Jerseys. Además alcanzó el campeonato de la exhibición y los siguientes premios particulares: Unión de las Sociedades Suizas para la cría de ganado bovino, para la vaca nacida en el país, de cualquier raza, que obtenga el mayor número de puntos, y el «Premio Narciso P. Lozano» para el grupo de tres vacas de una misma raza que obtenga el mayor número de puntos y que sea presentada por el mismo expositor. Sus compañeras en este premio fueron las numeradas 2142 y 2143.



Vaca Jersey, Primer premio.

El cuarto premio en esta misma categoría fué para el número 2136 — «Villegas», — una rosilla blanca de 8 - 9 años, de magnífica línea superior, carnes rollizas y amplios cuartos traseros, dando una impresión de ser una buena lechera y un excelente ejemplar.

Se le adjudicó el quinto premio en la competencia lechera, correspondiéndole 17 puntos menos que a la campeona.

«La Josefina» ganó el quinto premio para tipo de raza por un ejemplar de 6 años, blanco y rojo, que asimismo logró el cuarto premio en la competencia lechera y también otro cuarto premio por sus características, formando parte del grupo que obtuvo la distinción «Premio Narciso P. Lozano».

En categoría 4, para vacas Shorthorn con cría al pie de 6 a 12 meses, el señor Guillermo A. Brown, de la cabaña «El Central», ganó el primer premio para tipo de raza y características lecheras con el ejemplar señalado con el número 2158 — «La Forastera», — una vaca de 4 - 5 años, color rojo, con una cría de ocho meses al pie, su tercera parición; y aunque este ejemplar fué exhibido en flaco estado, sin embargo, fueron apreciadas sus excelentes condiciones, su buena línea superior, su gran toque y sus excelentes características lecheras.

Muchos criadores desearon adquirir este hermoso animal con su cría, pero el señor Brown rehusó todas las ofertas. «La Forastera», que consiguió el segundo lugar en competencia lechera, será admirada en próximas exhibiciones con su ternera.

Otro ejemplar procedente de «El Central», N.º 2135 — «Nata», — ganó el sexto premio en las pruebas lecheras venciendo a once competidores.

SECCION PORCINOS.

Duroc Jerseys y Poland Chinas fueron las crías mejor representadas en la Exposición, y su propietario, el señor Juan C. Campión, otra vez ganó el campeonato y los principales premios con sus excelentes machos y hembras.

Middle White Yorkshire fueron también apreciados, y la cabaña «Los Alamos», que fué la única expositora de estos ejemplares, obtuvo todos los premios para este tipo de raza.

Berkshire hubo de todo: malo y bueno, y de una y otra calidad bastante inferior a los ejemplares exhibidos en otras exposiciones anteriores.

Además, los premios obtenidos por esta sección no resultan muy satisfactorios por razón de que los chanchos con manchas blancas (aparte de las corrientes en las patas y en el hocico) no deben obtener distinciones sino contravienen una inveterada costumbre. El campeón un cerdo joven exhibido por el Patronato de la Infancia, tuvo gran suerte, pues a duras penas podía sostenerse sobre sus patas de puro grasoso, igual que un gran rollo de manteca que se moviera. Jamás pudo soñar este mal sobrecebado animal conquistarse el campeonato.

Cabaña «Miraflores» exhibió un excelente tipo macho que ganó su categoría y fué designado «reservado campeón», teniendo condiciones para que se le hubiera otorgado el primer lugar.

«La Porteña» exhibió algunos buenos ejemplares y ganó varios premios. Entre otros agraciados, lo fueron las cabañas «Esther», «Granja Nenucho», «Las Acacias», «La Holandesa» y «Los Cachorros».

SECCION CANINA

Juzgada en conjunto, fué la más pobre exhibición de todas las que se hayan presentado en Palermo. No hubo ejemplares pomerianos, galgos, setters, Dobberman-terriers, y en cuanto a crías, no pudimos apreciar ejemplares de gran mérito. Sin embargo de ello, en cótegorias para Fox-terrier de pelo corto y pelo duro había un par de buenos ejemplares.

SECCION MAQUINARIA

En esta sección de utensilios y maquinaria para la industria lechera los señores Goldkuhl y Brostrom Ltd. ganaron bastantes premios, y la Compañía de Comercio y Agencias del Río de la Plata obtuvo el primer premio por sus instalaciones frigoríficas «Sabroe».

LA INAUGURACION

Fué un animado día el de la Exposición en Palermo. Entre otros caracterizados visitantes estuvo el Presidente de la República acompañado del ministro de Agricultura, del gobernador de la provincia y otros miembros representativos de la banca y del comercio.

El ingeniero don Pedro T. Pagés dió la bienvenida a tan distinguidos huéspedes en un discurso alusivo al acto, y después el doctor Tomás Le Bretón habló en nombre del doctor Alvear, declarando inaugurada la Exposición.



Campeón macho raza Berkshire.



Campeona de la raza Berkshire.

40 AÑOS DE DESARROLLO DE LA GANADERIA
EN LA
REPUBLICA ARGENTINA
COMO RESULTADO DE LA EVOLUCION DE LA INDUSTRIA FRIGORIFICA

AÑO	HACIENDA VACUNA					HACIENDA LANAR			HACIENDA PORCINA		INAUGURACION DE CADA FRIGORIFICO
	ENTRADA EN MATADEROS	MATANZA DE LOS FRIGORIFICOS	EXPORTACION DE CUARTOS			ENTRADA EN TABLADA	MATANZA DE LOS FRIGORIFICOS	EXPORTACION DE RESES	ENTRADA EN MATADEROS	MATANZA DE LOS FRIGORIFICOS	
			CONGELADOS	ENFRIADOS	TOTAL						
1883	NO TENEMOS ESTADISTICA	—	—	—	—	NO TENEMOS ESTADISTICA	NO TENEMOS ESTADISTICA	17.165	NO TENEMOS ESTADISTICA	—	RIVER PLATE F. M. Co.-1883
1884		—	—	—	—			108.823		—	
1885		—	—	—	—			190.571		—	
1886		—	—	—	—			434.699		—	Cía. SANSINENA 1884
1887		—	—	—	—			641.866		—	
1888		—	—	—	—			908.689		—	
1889		NO TENEMOS ESTADISTICA	5.182	—	5.182			966.495		—	LAS PALMAS - 1887
1890			6.829	—	6.829			1.198.731		—	
1891			10.111	—	10.111			1.127.453		—	
1892			4.478	—	4.478			1.248.295		—	
1893			26.534	—	26.534			1.356.389		—	
1894			3.844	—	3.844			1.366.457		—	
1895			14.701	—	14.701			1.652.625		—	
1896			32.442	—	32.442			1.798.882		—	
1897			46.252	—	46.252			2.122.999		—	
1898			67.088	—	67.088			2.400.640		—	
1899			113.432	—	113.432			2.435.949		—	
1900			261.365	—	261.365			2.372.969		—	LA BLANCA-1903
1901			498.375	—	498.375			2.722.727		—	
1902			830.213	—	830.213	2.455.088 (TÉRMINO MEDIO)		3.429.222		—	LA PLATA (SWIFT) 1904
1903	605.376		996.023	—	996.023	2.455.088		3.381.600		—	
1904	609.789		1.209.998	—	1.209.998	2.455.088		3.673.778		—	
1905	654.582		1.496.755	426.002	1.922.757	2.455.088		3.325.124		—	SMITHFIELD - 1905
1906	681.926		1.563.068	455.459	2.018.527	2.455.088		2.833.031		—	
1907	772.772		1.327.360	439.613	1.766.973	2.627.613		2.785.739		—	ARGENTINO (WILSON) - 1905
1908	956.074	729.985	1.503.101	789.348	2.292.449	2.627.613		3.265.879		—	
1909	987.835	818.012	1.512.827	1.071.474	2.584.301	3.311.340		2.723.870	92.681	—	
1910	1.168.081	963.993	1.291.014	1.608.608	2.899.622	4.132.420		2.843.676	111.035	—	
1911	1.431.059	1.251.304	1.605.911	2.131.791	3.737.702	4.606.685		3.497.639	105.213	—	
1912	1.296.305	1.351.538	1.853.292	2.269.474	4.122.766	3.533.240		2.955.295	79.746	—	
1913	1.073.219	1.344.319	1.102.938	2.989.805	4.092.743	2.511.235		1.729.633	95.398	—	
1914	1.088.345	1.422.964	1.155.597	3.244.721	4.400.318	2.834.931		2.344.187	157.649	4.489	
1915	1.181.183	1.522.652	3.259.242	1.109.676	4.368.918	2.057.190		1.423.394	220.243	21.309	ARMOUR - 1915
1916	1.348.583	1.925.271	4.672.004	216.335	5.488.339	2.940.646		2.010.391	276.337	35.226	ANGLO - 1916
1917	1.726.739	2.232.202	4.328.394	620.096	4.948.490	2.835.661		1.530.997	279.552	109.173	
1918	2.056.755	3.069.269	6.215.397	21.002	6.236.399	2.823.238		1.610.155	239.961	51.871	
1919	1.726.429	2.255.898	5.194.089	77.616	5.271.705	3.180.987		1.736.447	351.373	152.126	
1920	1.300.035	1.674.806	4.522.412	665.012	5.187.424	3.884.266		1.726.059	482.831	250.217	
1921	1.387.742	1.470.626	2.966.602	1.864.121	4.830.723	4.286.386	2.994.424	2.446.143	460.508	279.688	
1922	2.005.897	1.942.025	1.705.403	3.066.441	4.771.844	4.904.674	4.467.826	3.584.179	466.152	258.414	

ESTA ESTADISTICA NO INCLUYE LA PATAGONIA.

MATANZA DEL FRIGORIFICO "LA BLANCA" DURANTE 20 AÑOS DE VIDA

AÑO	VACUNOS	OVINOS	PORCINOS	AÑO	VACUNOS	OVINOS	PORCINOS
1903	17.310	311.439	—	1913	283.315	116.801	—
1904	45.399	414.035	—	1914	305.729	213.156	4.489
1905	58.767	269.338	—	1915	271.619	123.403	6.758
1906	69.178	88.508	—	1916	279.409	356.935	11.593
1907	77.573	57.068	—	1917	327.630	185.670	5.725
1908	95.183	128.034	—	1918	474.527*	139.195	1.357
1909	99.879	197.380	—	1919	330.506	173.486	24.514
1910	131.093	393.270	—	1920	252.309	269.741	28.153
1911	207.838	382.334	—	1921	202.843	276.891	18.857
1912	201.258	429.215	—	1922	339.176	504.181*	31.027*

* AÑO DE MAYOR MATANZA.

EVOLUCION DE LAS FINANZAS DEL PAIS

DEPOSITO EN LOS BANCOS EN CUENTAS CORRIENTES, PLAZO FIJO Y CAJA DE AHORROS, SEGUN ESTADISTICA MENSUAL DEL MINISTERIO DE HACIENDA.

AÑO	PESOS PAPEL	AÑO	PESOS PAPEL
1900	399.900.000	1912	1.419.800.000
1901	398.200.000	1913	1.522.300.000
1902	417.800.000	1914	1.303.000.000
1903	504.100.000	1915	1.324.400.000
1904	585.500.000	1916	1.495.700.000
1905	720.200.000	1917	1.756.900.000
1906	755.300.000	1918	2.367.300.000
1907	778.600.000	1919	2.732.200.000
1908	814.500.000	1920	3.185.600.000
1909	1.026.200.000	1921	3.223.900.000
1910	1.251.600.000	1922	3.205.700.000
1911	1.348.400.000		

DATOS RECOPILADOS POR EL FRIGORIFICO **"LA BLANCA"**

CANGALLO, 499 — BUENOS AIRES

JABON

CAMPANA

Garantizamos su pureza, y por este motivo una barra de jabón "Campana" es **MAS GRANDE** que una barra de jabón del **mismo peso** que no es puro.

Exija el legítimo Jabón "CAMPANA" con la marca registrada de

THE ANGLO SOUTH AMERICAN MEAT Co. Ltd.



235, SAN MARTIN
BUENOS AIRES

AGRICULTURA

TERRENOS SALITROSOS Y SU UTILIZACIÓN

En muchas regiones de Europa, Norte América, Africa y Australia hay terrenos salitrosos y abundan más en las zonas áridas o semiáridas; y en la Argentina también los tenemos en algunas provincias, como Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, Mendoza, San Juan y en la Pampa y Río Negro, aunque no podemos decir que abundan, ni mucho menos.

Debemos advertir que esta denominación de *salitrosos* asignada generalmente a los terrenos salados o alcalinos no es exacta ni correcta, pues en ellos no hay propiamente salitre, o nitrato de sodio o de potasio; son cloruros y sulfatos de sodio principalmente los contenidos en el suelo, los que, disueltos por las aguas, son llevados desde las capas inferiores, por sus movimientos ascensionales, a la superficie, donde, evaporada el agua de la solución, quedan cristalizados formando delgada capa de eflorescencias salinas cuando trátase de un grado eminente de saturación, que se hace, de esta manera, visible, constituyendo lo que suele llamarse *salitre blanco*, cuya proporción en el suelo está subordinada a varias condiciones derivadas de la naturaleza del suelo, del subsuelo y de la variedad del clima y su marcha.

Ahora, la distribución de las tierras alcalinas podríase decir que es un tanto general en las provincias y territorios mencionados; así, por ejemplo, en la provincia de Córdoba el análisis químico de sus tierras comprobó una insensible alcalinidad en un 5 por mil sobre trescientos análisis practicados; mientras solamente en ocho muestras de tierra se observaron proporciones de cloruros y sulfatos solubles, agronómicamente apreciables, tratándose en la mayoría de los casos de terrenos bajos o próximos a cañadas de escaso o difícil desagüe.

Una proporción elevada de estas sales, cloruros y sulfatos alcalinos, origina la esterilidad del suelo; pero el límite de tolerancia de las plantas comúnmente cultivadas, respecto a las mismas, es una cuestión muy relativa; sin tener en cuenta las plantas propias de los terrenos salados, como los juncos, los cachiyuyos y otras, sabemos que el efecto perjudicial de estas sales está subordinado a la especie de plantas cultivadas, al período vegetativo en que se encuentran, a la composición física del suelo y a la cantidad de agua en él contenida; así, por ejemplo, sufren menos las gramíneas que las leguminosas; son más perjudiciales estas sales durante el período de la germinación que durante su pleno desarrollo; en los suelos arenosos la difusión de las soluciones alcalinas se hace más rápida y fácil, y en estado de sequedad del suelo, siendo éstas saladas, dañan más a las plantas que no en estado de máxima humedad.

La tolerancia de las plantas respecto al grado de alcalinidad de las tierras es, en efecto, muy elástica; los tratadistas afirman que con un cinco por mil de cloruros y sulfatos solubles el terreno es inadecuado a la vida vegetal; otros elevan este término al 10 por mil; sin embargo, en nuestras excursiones a través del país comprobamos que una tierra que contenía, según análisis efectuados, uno y medio por mil de cloruro de sodio y diez y siete por mil de sulfatos solubles, se cultivaba desde siete años con trigo y lino sin dificultad ninguna; y otra tierra en una zona de la provincia de Córdoba, que contenía el diez por mil de cloruro de sodio y un veinticinco por mil de sulfatos, se explotaba desde quince años con trigo y lino; esto, naturalmente, en zona húmeda.

El *salitre negro* es, en cambio, más intensamente perjudicial; en los campos bajos, o en los bordes de las cañadas, se observan a veces unas playas de forma redondeante, cuya superficie, especialmente después de una lluvia, forma una costra negra, dura, reluciente; el material alcalino de esos manchones, que contiene carbonatos de sodio o potasio, disuelve una parte del humus, y reduciendo la arcilla en partes más finas da lugar al color negro de la costra reluciente, constituída en efecto por finísimo limo; allí no vive planta alguna, ni cultivada ni espontánea.

La mejora de estos campos salitrosos es posible dentro de ciertos límites; el cultivo de secano, que con sus prácticas tiende a impedir la evaporación del suelo, contribuye a que las sales se queden en las capas inferiores, y por tanto que no perjudiquen a las raíces de las plantas cuando éstas no sean muy profundas; el lavaje por medio de la irrigación es un sitema que se aconseja, pero económicamente no es aplicable a terrenos del escaso o ralativo valor; también se sugiere el cultivo de secano combinado con el riego, pero fácilmente se advierte el mismo inconveniente que hemos señalado; el desagüe de los campos salados con buenas obras de canalización superficial hemos observado que es un medio eficiente para mejorarlos y a veces sanearlos; y en fin, la corrección de estos campos con la aplicación de cal viva, tres a cuatro mil kilos por hectárea, para el salitre blanco, y de yeso (sulfato de cal) a razón de dos a tres mil kilos por hectárea para el salitre negro, ha sido experimentada y recomendada por su éxito práctico.

En resumen, pues, se puede concretar que la mejora posible de nuestros campos salados o salitrosos sólo es posible económicamente, y según zonas, por la aplicación del cultivo de secano, el desagüe artificial o su enmienda por la cal. En cambio es más fácil su utilización por el cultivo de plantas que, si no resisten en absoluto a las sales de que nos ocupamos, se adaptan por lo menos más que otras y en este sentido podemos afirmar que, entre los cereales, la cebada y el centeno son los más resistentes; de las forrajeras, la cebadilla y el lupino blanco; de las industriales, la remolacha azucarera, y entre los frutales algunas variedades de manzano y damasco y especialmente la viña demostraron una notable resistencia al salitre blanco del terreno.

RASTRILLEO DE LOS ALFALFARES

Con el último corte efectuado ya y las primeras heladas que denuncian el invierno definitivamente declarado, los alfalfares entran en período de reposo vegetativo, y es tiempo entonces de pensar en renovarlos o fortalecer su desarrollo para la próxima primavera.

Se observa con frecuencia que los alfalfares no duran todo lo que debieran durar, ni rinden siempre en proporción a su edad y a la clase de la tierra; a veces es la «Rizocthonia» que forma esos manchones característicos en que se pierde la alfalfa; y otras son los yuyos, las gramíneas, principalmente que los invaden; en campos de tierra un tanto arcillosa y compacta sucede que en años en que llueve con exceso, y si se recarga el campo con hacienda, la tierra pisoteada excesivamente forma una costra dura e impenetrable que impide su aereación y a las plantas su libre desenvolvimiento.

A fin de evitar estos inconvenientes y estos resultados perjudiciales nada mejor que el rastrilleo de los alfalfares, operación que debe efectuarse durante el invierno y mejor aún a fines de estación, antes de que en las plantas empiece a moverse la savia, procurando hacerlo en día templado y húmedo.

Para esta operación empléase la rastra común de dientes y mejor aún la de discos; con esta labor, aunque superficial, pues no pasa de pocos centímetros de profundidad, se rompe la costra formada en el suelo, se destruyen los yuyos y se facilita el rápido acceso del aire y del agua de lluvia a las capas profundas del suelo.

Esta operación resulta doblemente útil en los alfalfares viejos, porque la rastra de discos efectúa algo así como una poda a los troncos viejos y leñosos de la alfalfa, y los obliga a producir nuevas yemas al ras del suelo, por lo cual la planta sale como renovada y fortalecida, brotando en primavera con más fuerza y siendo, en fin, su producción más abundante y más durable, si es que se repite esta operación todos los años cuando sea necesario.

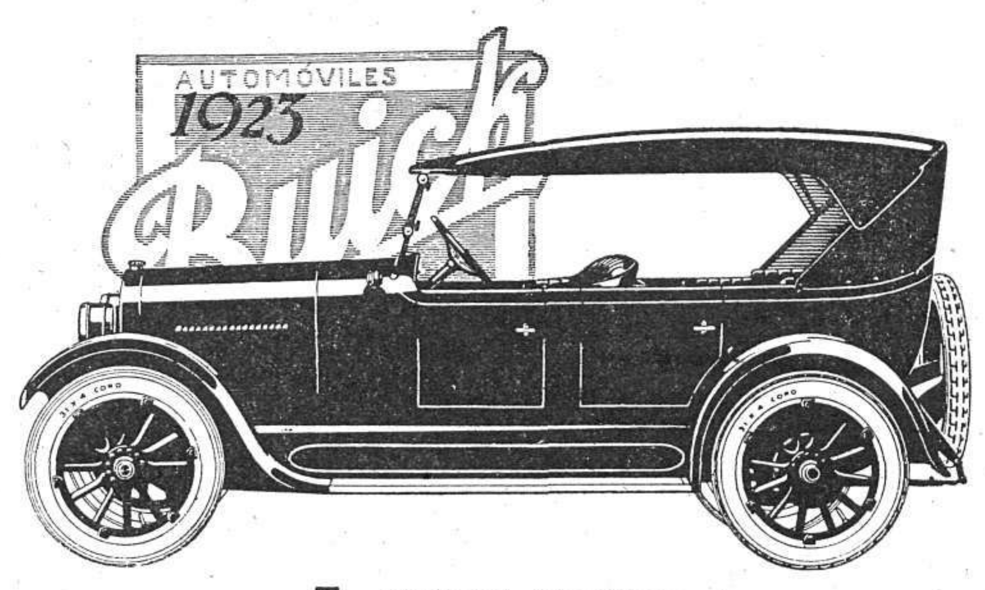
HUGO MIATELLO
ING. AGRÓNOMO

De Santa Fe



La jura de la bandera por los aspirantes a oficiales, uno de los cuales pronunció patriótica alocución en nombre de sus compañeros.

El teniente coronel Valentín Olaechea arengando a los jóvenes aspirantes.



La BUICK MOTOR COMPANY produce su coche número

1.000.000

Este acontecimiento, tan extraordinario en la historia de la fabricación de automóviles de clase, demuestra la simpatía que BUICK goza entre el público comprador de automóviles.

Solicite catálogos x 23.

HENRY W. PEABODY & Co.

BARTOLOME MITRE, 1746 — BUENOS AIRES

NEW YORK
LONDRES

TALLERES:
BOLIVAR, 1650

De Santa Fe

SUNCHALES. — Banquete con que los empleados y obreros del Banco de la Nación celebraron la terminación del nuevo edificio.



Edificio de la sucursal del Banco de la Nación en esta localidad, recientemente inaugurado.

Los topamientos

Por Ciro Torres López

En la casa de la Eulalia Mansarás, en el patio sombreado por moreras y talas frondosos, se alzaban tres arcos de grandes ramas de sauce, entrelazadas con verdes plantas de maíz, con matas de alfalfa en flor y con largas guías de zapallo cubiertas de ásperas y enormes hojas. Viboreando por entre ellas, guirnaldas de mirasoles semejantes a la luna llena por agosto cuando presagia los huracanes; infinidad de «virreinas» dobles de un gualda crepuscular, de florecillas rojas de «sangre del Señor» y blancas de «leche de la Virgen», se confundían entretejidas con fragantes gajitos de menta, de yerbabuena y de poleo cogidos en las acequias y en los callejones del lugar. Hacia el centro, en la curva misma de los arcos, se destacaban grandes florones de bejucos azules, escarlatas y lechosos, punteados de negro, en consorcio con ramilletes de albahaca, con rubias hojas de tabaco, con flores de maíz de un color blancuzco de marfil antiguo, y con flores de zapallo semejantes a lustrales campanillas de oro. Pendientes de los arcos, atados con las propias guías de los vegetales, se columpiaban unos quesillos diminutos, de leche de vaca, resplandecientes de inmaculada albura, oliendo a pastos, y unos rosquetes de flor de harina con yema de huevo y azúcar, untados de miel.

En un extremo del corredor de rectos horcones y techo de torta en pronunciado declive, yacían varios tinajones de chicha tierna de maíz, de chicha madura guardada bajo tierra durante algunas semanas y de la aloja de algarroba sabiamente fermentada. En el pequeño cobertizo, a espaldas de la casa, estaban los tinajones de arrope de chicha, las sandías overas como sapo, los melones de grandes tajadas y una ollita con miel de puisquillo.

En la cocina se asaban ya algunos trozos de carne de cerdo, de cordero y de vaca. Las empanadas de gallina quedaban expeditas para ser horneadas.

Todo estaba listo, pues, para celebrar dignamente, como de costumbre, el jueves de comadres, fecha en que empiezan de verdad las juergas de carnaval, aunque éste fuera saludado ya el jueves de compadres, ocho días antes.

A eso de las once la casa estaba llena de convidados. En el corredor, en el patio, en la cocina, por todas partes había gente en movimiento, charlando, contentísima. Unos rasgueaban en sordina las guitarras, afinándolas o ensayando preludios. Otros jugaban de mentirijillas a la taba. Estos observaban una vez más sus cajas adornadas con flores, con cintas y con gajitos de albahaca. Aquellos concertaban riñas de gallos. Los de más allá, carreras o pechadas de caballos. Todos eran aldeanos, amigos de la Eulalia y de su padre don Tranquilino Mansarás. De tez morena, de ojos chicos, de pómulos algo salientes, cenceños y de hablar despacioso, eran peones a sueldo, arrenderos o criados de las fincas vecinas que rodean al villorrio. Luciendo prendas flamantes, los hombres ostentaban en su mayoría botas nuevas, de charol; amplias bombachas nuevas; chaquetilla nueva, atiborrada de tablas y botones; pañuelo nuevo, de seda, anudado al desgaire en el cuello, y sombrero alón, nuevo también. Casi todos calzaban espuelas, llevaban facón y, sujeto a la muñeca, el infaltable talero. Algunos exhibían anchos cintos llenos de relumbrantes chirolas. Las mujeres vestían polleras amplias, floreadas o a cuadros, y blusas muy ajustadas, de colores vivísimos. Se cubrían las cabezas con sombreros de paja, adornados de cintas, de flores o de plumas, igualmente llamativos y recién estrenados.

Al contemplar a todos estos aldeanos, tan relucientes, tan lustrosos y emperifollados, se les habría creído ricos; sin embargo, a excepción de tres o cuatro, todos los demás no ostentaban prenda alguna adquirida por compra de contado. Todo cuanto vestían lo adeudaban a los comerciantes árabes o italianos de la aldea que se los entregaban al fiado, por precios exorbitantes, sabiendo muy bien que tarde o temprano habrían de cobrar. Los peones no ignoraban en modo alguno la clase de garras en que yacían, sobre todo si se trataba de comerciantes árabes, pues no sólo sus cosechas, sus animalitos, sus labores manuales y cuanto produjeran desaparecía como por arte de encantamiento en las fauces insaciables de los «turcos», sino que jamás terminaban de pagar sus deudas, e invariablemente las de un año se encadenaban a las del otro, sin solución de continuidad.

Por eso mismo tal vez, por reacción violenta, en estos días, queriendo olvidarlo, y olvidándolo todo, sintiéndose y siendo tanto más libres cuanto más esclavos en el resto del año, los aldeanos reían ahora sin tasa, charlaban desaforadamente, bebían bailaban y comían hasta más no poder, haciendo toda clase de locuras, recobrando por completo sus derechos viriles y los atributos inalienables de su personalidad.

La charla, desmedida, se extendía, se agitaba, iba de un extremo al otro, flotante, encogiéndose a ratos, y estallaba por momentos en gritos de salutación de los ya instalados a los que recién llegaban. A veces su runruneo y el bisbisear eran tajados por los relinchos agudos de las caballerías amarradas en el palenque, en los árboles y en los cercos de en frente a la casa, más allá de las moreras y de los talas.

Se veía a los perros de los convidados junto a sus amos o guardando las cabalgaduras. Se veían las gallinas, los pavos y unos cerdos pequeñitos, a la zaga de la madre, que vagabundeaban por los alrededores.

Don Tranquilino, que hasta entonces repartiera su actividad entre la cocina y la recepción de los visitantes, calculando que todo estaba listo y que era tiempo ya de empezar, avanzó hasta el centro del patio y dijo:

—¡Y por fin de los fines, salú a tuita la amigada! Tuitos están en su casa. Y por fin de los fines, que el Señor haga que pal año sean los mesmos, y más muchos entuavía!

—¡Que el Señor lo oiga, compagre!

—¡Que así sea, don Tranqui! ¡Que no nos largue de su mano!

—¡Bien dice, don! ¡Y que me lo conserve a usté, y me lo ayude, y me le bendiga su trabajo pa contento de tuitos! — respondieron algunos.

Don Tranquilino volvió a hablar:

—¡Güeno; principiaremos pues los topamientos!

Todos respondieron afirmativamente, en algazara, plenos de dicha. El hombre cogió su caja y golpeando en ella con porrazos breves y secos empezó a cantar acompañado a coro por la concurrencia. Se oyó:

...tún... tún-tún... tún... tún-tún...
¡Di-gán, di-gán todos
...tún... tún...
¡Ay vidalita yo tam-bién diré!
...tún... tún...
No jué ma-la pren-da
...tún... tún...

¡Ay vidali-ta la que yo a-doré
...tún... tún...

Las voces graves, calmosas, de los hombres hacían magnífico contraste con las agudas, flexibles y penetrantes de las mujeres y de los niños. El canto seguía:

¡La que yo a-doréee!
...tún... tún...
¡Ay vidalita por el carnaval!
...tún... tún...
¡Que si ha de a-ca-báar!
...tún... tún...
¡Ay vidalita y al año ca-bal!
...tú ... tún-tún... tún... tún-tún.

La caja cesó. Todos prorrumpieron en exclamaciones, opinando. Era necesario saber quien sería la comadre, pues el compadre lo era, por dueño de casa y por su mucha edad, don Tranquilino. Los mozos, y tanto o más que ellos los viejos, bromeando, lanzaron el nombre de tal o cual pollita, recomendándolo con picante ironía. Las interesadas protestaron muy vivamente. Los hombres insistieron tanto más cuanto menor fuese la edad de la aludida, dando origen ello a sonoras y generales carcajadas; pues el de ser comadre era un honor que debía de discernirse a la mujer más respetable, más anciana y más grave de cuantas se hallasen presentes.

— ¿Y cuáles son, pues, las comagres, y cuáles los compagres? — preguntó el dueño de casa.

Las bromas subieron de punto. Arreció el protestar. Se redoblaron las carcajadas. Al fin, alguien gritó:

— ¡Que sea mi mama la comagre!

La mujer se volvió hacia su hijo con fingido y terrible disgusto, y exclamó:

— ¡Ah mocoso! ¿Quién te mete ande no te importa?

El holgorio llegó a su culminación. Nadie dejó de reir, pues el hijo era un hombre de unos treinta años y la anciana, doña Tecla de Alanís, pasaba de los sesenta, sin que fuese un misterio para nadie que a ella, más que a otra alguna, le correspondía el puesto. Fué elegida por unanimidad.

Don Tranquilino tomó de nuevo su caja. Con los primeros tún-túnes, toda la chiquillería presente, traida a la fiesta por sus padres y sus hermanos, ganó hacia un costado del patio, instalándose en línea paralela a los arcos. El mismo canto anterior tornó a dejarse oir mientras los hombres se agrupaban en fila, a la zaga de don Tranquilino, que yacía de pie en el arco de un extremo. Aquel hombre alto y delgado, de barbas escasas de un color cenizo, llena la tez de arrugas, de nariz roma, de ojos pequeños cargados aún de fuego, era en ese instante, entre esas ramas, aureolado por esas flores, como un dios de mieses, aldeano, familiar; un dios sencillo, de trabajo, que debía de oler a tierra.

En el tercer arco, al extremo opuesto y llenándolo casi a lo ancho, estaba doña Tecla, la comadre, anciana de cabellos blancos, de rostro amplio, todavía fresco, lleno de salud. Era una mujer fuerte, gorda, petiza, jovial y dicharachera; algo médica, algo negocianta; madre de varios hijos, incansable bailadora; muy servicial y muy querida. A su espalda, en grupo también, aparecían todas las demás mujeres.

Cuando terminó el canto y se hizo un relativo silencio, alguien dijo:

— ¿Y tienen roscas, pues?

— ¡Lo que es yo tengo la mía! — respondió doña Tecla levantando en alto un enorme rosquete de harina untado con albúmina y azúcar y adornado con palomitas, corazones y espigas de dulce en relieve.

— ¿Y la del compagre? — gritó un tercero.

— ¡Velay aquí está! — contestó la Eulalia acercándose a su padre y entregándole una rosca mayor aún que la de doña Tecla. Fabricada de quesillo macizo, semejaba un blanco salvavidas. Era de tamaño como de un disco de arado. A su aparición todos la saludaron pregustándola golosamente.

Con la rosca en la mano don Tranquilino avanzó seguido de los hombres. Doña Tecla, a su vez, y al mismo tiempo, echó a andar con las mujeres por atrás. Se encontraron cabe el arco central. El aldeano dijo:

— ¡Tope comagre!

La mujer respondió:

— ¡Tope compagre!

Y al punto se enlazaron por el cuello con las roscas. Simultáneamente se produjo un formidable alboroto. Todos se abalanzaron sobre los compadres, arrebatando las roscas. En el entrevero cada cual cogió lo que pudo, comiéndolo o arrojándoselo, previo aviso, a los chiquillos, que a su vez armaron el candombe entre ellos.

Apretujándose, bromeando, todos reían confundidos en sonoras cháchara, en fraternal regocijo.

Quienes tuvieron rosca, podían y debían de toparse ahora.

La Guadalupe, una muchacha esbelta, de senos firmes, de boca ancha y sensual, de rostro ovalado, al cual unos ojazos de un suave color café claro le daban un ligero tinte melancólico, que había estado tratando de encontrarse muy disimuladamente con el hombre a quien amaba, lo consiguió al fin. Ofreciéndole una rosca, le dijo:

— ¡Tome pa que se tope, ño Eladio!

— ¿Y con quién, pues, me güá topar?

— ¿Y? ¡Con la que se li antoje!

— Con usté, entonce.

Ella se puso muy seria y contestó:

— ¿Y? ¡Cómo no, don!

El hombre la miró fijamente a los ojos, y con tono de reproche, habló:

— ¡Capaz nomás hábiai ser!

Ella sonrió ligeramente:

— ¿Y pa qué propone entonce? — dijo.

El, conciliador, replicó:

— Proponer nu es ofender, Guada.

— ¡Si, se mete a camisa i once varas y se echa pa atrás en cuantito le ve las orejitas al lobo!

— ¡Linda la gallinita por lo cacariadora! — exclamó él.

Y ambos, en plena dicha, libres ya de zozobras, celebrando la chanza, se echaron a reir con todas sus ganas. El hombre, Eladio Pistan, era un mozo como de veinticinco años, de buen alto, bien formado, sin barba, moreno, de rostro, y de modales sobrios. Tenía los ojos retintos y más bien grandes, de un mirar límpido, adormilado pero al mismo tiempo firme. Usaba un pequeño bigote. Iba mejor trajeado que los demás y sus espuelas eran de plata.

La contenida, pero real virilidad que a través de su dejo cachaciento se trasuntaba de inmediato; su cuello fornido, su espalda firme, sus brazos y sus piernas potentes, todo ello elástico, de líneas suaves, casi ligeras; la simpatía de su rostro, bello por la cantidad de vida que había en él más que por su pureza de facciones, y el hecho de ser torero de «Miraflores», una de las fincas más importantes de esa región del valle, le hacían el más pleiteado de los mozos.

La Guadalupe era casi su novia. Hija de don Emeterio Carrizo, un arrendero, vivía en «La Población», a tres cuartos de legua de la aldea. Allí la visitaba Eladio desde hacía más de dos años. Sus relaciones habrían sido más íntimas ya, pues el hombre la quería verdaderamente, a no mediar la Eulalia, cuyo interés en el guar-

dador de toros se había venido manifestando con menos recato cada vez en los últimos tiempos.

La Guadalupe era superior a su rival en belleza, en lozanía y en buen nombre. Pero la Eulalia, chichera de profesión como su madre, le aventajaba en trato mundano, en don de gentes y en lides amatorias. Ella había nacido y vivido siempre en ese ambiente de juerga y de luchas de toda clase, que es el de la chichería. A la muerte de su madre heredó el negocio y el arte de fabricar la bebida. Con esas armas sabiamente manejadas atraía a los amigos, a las murmuradoras y a los parroquianos, de modo que su casa era como la mansión de la sociabilidad lugareña. Era evidente que nadie ignoraba que su madre había sido una bruja de las peores, pues su horrible muerte lo confirmó así de una manera categórica. Tampoco era un misterio que la hija fabricaba la mejor chicha del valle, una chicha estupenda, que nadie podía ni siquiera imitar; que siempre andaba en tratos con los muchachos a los cuales les compraba sesos de chasca, uñas de lechuza y ojos de quitilipi, y con los yungueños, de quienes adquiría atinca, corqueja, guairuros especiales, polvos de gualicho y otros elementos no menos sospechosos que emplean las hechiceras en sus menjurjes. Sabíase, igualmente, que su padre, zapatero del lugar, componía el calzado roto de tal guisa que resultaba más fuerte que de nuevo, cosa ésta imposible sin la ayuda de poderes misteriosos. Todo, en fin, hasta el propio físico de la Eulalia hacía suponer que era verdaderamente una bruja. Por ello mucha gente la quería mal, secretamente; le guardaba un no confesado temor. Pero como hasta entonces nunca había hecho daño a nadie, antes por el contrario se captaba la simpatía de todos, y como su padre era un santo varón, víctima de la que había sido su mujer, los aldeanos acudían a su casa relativamente gustosos.

Era así, pues, atrayéndolo a sus reuniones, como la Eulalia distraía la atención de Pistan con respecto a la Guadalupe, y lo conquistaba poco a poco.

Ambas mujeres, conociendo muy bien sus armas, recelosas la una de la otra, se guardaban en lo íntimo un odio secreto. Su rivalidad aumentaba sin cesar con el transcurso del tiempo. Pistan, como buen gallo, asistía tranquilo a esa lucha; las dejaba pelearse, divertido o indiferente, sin importarle casi lo que sucediese, pues estaba seguro de que ambas, tarde o temprano, habrían de ser suyas.

La Eulalia, dispuesta a toparse, enseñando su rosca, a voz en cuello, dijo:

— ¡Ma ver! ¿quién quiere ser mi compagre?

La Guadalupe se volvió hacia el guardador de toros, y con fingida seguridad, pero ansiosamente, en tono burlón, le habló:

— Velay, ñu Eladio: ¡ai tiene una güena moza que anda desiando ser su comagre!; ¿por qué no la topa?

El muchachón se sonrió, y aceptando de hecho, silenciosamente, el desafío, avanzó por entre la multitud y reciamente exclamó:

— Oiga, ñatita, ¡Yo la topo!

La mujer simuló no haberle escuchado.

Pistan, acercándosele, insistió:

— ¡Oiga ña Eulalia, ¿no quiere que nos compagriemos?

— ¿Y diánde ha sacao rosca? — dijo ella, volviéndose.

— La Guada me la regalao!

— ¿Y por qué no se topa con ella?

— Es que no quiere.

— ¡Entonce yo tampoco aceto!

— ¿Así que no quiere ser mi comagrita?

— No, don...

La conversación había sido escuchada por los otros. Doña Tecla intervino:

— ¿Cuál es el que tá cacariando: el gallo o la gallina?

— ¡La gallinita! ¡Esa es la qui arrastria la ala! — exclamó uno de los gauchos.

— ¡Sa mosita! ¡Así me gusta, caray! — comentó otro, un viejo de barbas achivatadas.

— ¡Chairiadora la polla! — dijo otro.

— ¿Ah, con que le tais presumiendo al Eladio? — afirmó picarescamente una amiga.

— ¡Esas son las güenas: las que se agarran como garrapata! — prorrumpió un muchacho compañero del hermano de la Guadalupe y envidioso de la suerte donjuanesca de Pistan.

La Guadalupe intervino también:

— Topesé, ña Eulalia, que puede que ese mozo ya tenga dueña, que puede que esté comprometío. ¡Quién sabe si ya nu es carne i cogote! — dijo.

— ¡Güena pa consejera la polla! ¡No si aflija, ña Guada!...

La Eulalia se detuvo. Libraba consigo misma una feroz batalla. Sentía deseos irresistibles de aceptar el topamiento para evitar así las pullas que tanto la mortificaban, para impedir que sus amigos continuaran haciéndola objeto de sus burlas mordaces, para recobrar su puesto de hembra que debe de ser rogada, que debe con su actitud pasiva provocar el sometimiento incondicional, a discreción, del hombre que pretenda su amor; pero no se animaba. Sabía muy bien que de toparse, de aceptar el compadrazgo que crea un vínculo sagrado, indestructible, de hermandad, perdería para siempre toda esperanza con respecto a Eladio. Y el adquirir esa fraternal obligación para violarla después, ¡imposible!, no podía ser en modo alguno! Porque de llevarlo a cabo, todo el valle, su padre incluso, y hasta el mismo Pistan abjurarían de ella como de una sacrílega, como de una mujer infame, peor que una apestada, cuya alma, a su muerte, habría de convertirse en fantasma perverso y repulsivo, de esos que horrorizan a los viajeros en la media noche y desencadenan las peores calamidades sobre el lugar en que se condenaron.

Así pues, completamente resuelta, agregó de inmediato:

— ¡Vea, ña Guada; ya que es tan güena pa dar consejos, ¿por qué no se topa usté, ma ver? Si quiere, le doy mi rosca ya que usté ha regalao la qui ha tráido!

La Guadalupe, roja de vergüenza y de ira, derrotada, bajó la cabeza, sin contestar palabra.

La Eulalia, tendiéndole la rosca con una mano y apoyada la otra en la cadera, moviendo un pie, la miraba fijamente, agresiva, esperando.

Eladio Pistan, sereno en apariencia, cachaciento, alegrábase en lo íntimo de ver que las mujeres se lo disputasen tan abiertamente.

Esa falsa situación no podía prolongarse. Doña Tecla, interesada por la Guadalupe, y más aún por la ventura de la fiesta, envió a uno de sus hijos para que se topase con la Eulalia, y a la Presentación, su hija, para que lo hiciese con Pistan. Ambos zanjaron la querella.

Con el consabido arrebato de las roscas de los nuevos compadres, tornó la risa y la alegría y se olvidó el incidente.

Y como ya nadie más quería toparse por carecer de roscas, todos se avalanzaron sobre los arcos, extrayendo de las plantas de maíz las «llana chacra» ojeadas oportunamente, con las cuales se embadurnaron la cara unos a otros, entrelazándose al mismo tiempo con los bejucos, con las guías de zapallo, con las ramillas de sauce y con los demás vegetales, en un ambiente perfumado por la yerbabuena, por el poleo, la albahaca y la inconfundible menta.

Los chiquillos, que irrumpieran entre la concurrencia cuando empezó la destrucción de los arcos, se revolcaban por el suelo, entre las ra-

mas, pleiteándose los quesillos diminutos y los rosquetes de flor de harina, con huevo, untados de miel.

Los dueños de casa pusieron a disposición de los invitados los tinajones de chicha, de aloja y de arrope, las sandías, la miel de puisquillo y cuanto guardaban para agasajarlos dignamente.

Don Tranquilino, en compañía de varios hombres y de otras tantas mujeres, se marchó hacia el trasero de la casa a hornear las empanadas.

Los aldeanos ganaron a la sombra de los árboles, instalándose en cajones, en sillas, sobre peleros, sobre troncos, sobre cabezas de vaca, o en cuclillas. Resonó el acordeón acompañado por las guitarras y las cajas. Y los bailes, los cantos y las relaciones se sucedieron unos a otros.

Era un día magnífico, de mediados de febrero. El sol, calcinante, reverberaba sobre los verdes prados, sobre los caminos blancos como lenguas de ceniza, sobre las rocas bermejas de los cerros de enfrente. Infatigables, en los algarrobos, las chicharras aturdían con su tableteo menudito y áspero, con su chirriar lleno de calofríos, como de lija, que se oía por doquier, vasto y monótono; el cual cesaba únicamente, y por un corto tiempo, cuando, horadándolo, prorrumpía el coyuyo con su canto trémulo, viril, cristalino y magnífico como el eco de una campana de oro que tuviese fugitivas y penetrantes vibraciones de plata. Alrededor de la casa, y en toda la extensión, hasta el confín, se alzaban aquí y allá, desordenadamente, grandes árboles cuyo follaje de un verde negro cobijaba miles de pájaros en algarabía. Esas notas flotantes, entrelazadas y purísimas, de invisibles músicos; esos trinos que diríase brotaban de las propias hojas; esas voces aéreas: coros de notas húmedas, como de agua; de solos largos y dulces, como de caramillo; de rozar suavísimo de alas, eran como el alma misma, como la exhalación sonora de esa luz maravillosa del día que en los campos, en el cielo, en los cerros de nítidos peñascos, en los árboles, en las libélulas, y en toda la naturaleza ponía tal esplendor, tal brillo, tal pristina vida, que era cual si hasta la última florecilla acabase de surgir de las manos de Dios.

Los aldeanos, igualmente rebosantes de vida, de sol, de ansias desbordadas de felicidad bebían hasta más no poder, riendo, charlando, en descomunal algazara, soliviados por la música, encantados con los agradabilísimos tufillos que surgían de la cocina vecina y venían del horno.

Doña Tecla, bajo su aparente felicidad, sin perder su desenvoltura de siempre, rumiaba el incidente entre las dos mujeres. Comadre de Emeterio Carrizo, ella sentía un vivo afecto por su ahijada la Guadalupe; la amaba con entrañable consideración, como a la moza más guapa, más honrada y más digna de buena suerte. En cambio la Eulalia le producía una secreta repugnancia. Experimentaba por ella la misma animadversión que sintiera siempre por su madre, con la cual había andado en malas relaciones a causa de amores encontrados y de rivalidades curanderiles. En lo íntimo, esa mala voluntad provenía antes que nada, de un secreto pero verdadero temor a su arte maléfico. Creía de un modo absoluto en las brujas y en su poder. No se explicaba así, de otro modo, la incontestable preponderancia que ejerciera sobre el Pedro, su hijo, con el cual hizo lo que se le vino en ganas hasta que se aburrió y lo dejó. No admitía igualmente que sin esas malas artes pudiese la chichera atraer y retener, como lo hacía, al guardador de toros, apartándolo de la Guadalupe.

Venciendo su muy fundado temor, doña Tecla, resuelta a intervenir en pro de la Guadalupe, aprovechó un momento de general algazara para hacerle señas de que se acercase. Cuando pudo hablarle con relativa libertad, le dijo muy seria, en tono grave:

—¡Ve aijada, vos sabís que yo te quiero y por eso mesmo te güa decir qui has hecho mal, que es mejor que no la proboquís a la Eulalia. Vos sabís que su mama jué una bruja de las piores, y ella li ha heredao las mañas ¡que el que lu hereda, no lu hurta! Así pues, tené mucho cuidao, que te puede brujiar a vos y al Eladio pior que cuando lo brujió a mi Pedro. ¡Yo sé lo que te digo; que las viejas tenimos un punto más que el diablo!... ¡¡Cruz bruja!!... ¡¡Ah, Lunareja!!...

Y la anciana volvió rápidamente la cabeza en dirección contraria a la que había mirado, temerosa de aojo; en tanto, ingenuamente, la Guadalupe clavaba sus ojos en la dirección que señalara su madrina. Allí, de pie, bajo el corredor, estaba la Eulalia. Acababa de distinguir entre la concurrencia a las dos mujeres y las observaba sañuda. Vestía pollera azul, floreada, y una blusa de color rosa palido, terriblemente llena de randas al través, en forma de cascada. Mujer menudita de cuerpo, de boca ancha, de labios finos, la chichera tenía los ojos muy negros, de un mirar tan penetrante que, sabiéndolo por harta experiencia, los velaba de continuo entrecerrando un tanto los párpados. Su nariz, pequeña, algo curvada, pero graciosa. Su rostro, fresco, de un mate suavísimo. Su sonrisa, agradable. Todas sus formas completas, bien moldeadas, eran casi esculturales. Daban la sensación de algo llegado a su plenitud, pero que conservaba intacta aún su tersura pristina. Era como un capullo, pero con toda la fragancia y la completa esplendidez de una flor definitivamente abierta. Mas, lo que en verdad tornaba singular y agradable a la mujer, lo que había en ella de propio, era una cierta fuerza interior, algo potente, misterioso, que se exhalaba de su ser, como un efluvio afirmativo. De sólo verla se tenía la seguridad tan absoluta de que ese cuerpo menudo encerraba una cantidad tal de vida, una reserva tan grande de energías, de voluntad, de ímpetu, que en ningún momento se pensaba en lo precario de su físico. Quedaba siempre, de pie, una mujer verdadera, capaz de cualquier cosa; un ser de una resistencia a prueba contra toda adversidad. Habría sido, pues, una bonita mujer, una compañera digna de cualquier hombre. Pero en el pómulo derecho, junto al ojo, un lunar negro, grande, con algunos pelos rizados, prestaba a su cara una expresión tal de hipocresía, de crueldad, de algo tan bajo y canallesco, tan repelente, que todas sus otras cualidades de belleza se borraban casi, reapareciendo únicamente cuando sonreía. Esa mancha peluda era la causa de su mote «La Lunareja».

En el patio, entusiasmados ya por la aloja de algarroba y por la chicha madura, al son de dos guitarras afinadas por derecha, con bordoneo en la cuarta y en tono de estilo antiguo, un gaucho cantaba, con voz llena y magnífica, estas coplas:

Dirme nomás vidita
Del mal que andáis padeciendo,
Que yoi de romper imposibles,
¡Como que ti andoi queriendo!

Ingrata dirme por quien
Querís quitarme la vida:
¿Qué ganáis con que yo muera?
¿Qué perdís con que yo viva?

Noche oscura y neblinosa
Y atrevio el que camina:
El mocito que queriendo vive,
¡A tuito se determina!

Fin



El criminal León I. Avendaño.



El jefe de policía, señor Ismael M. Schiaffino; el secretario, señor Luis Gil; comisario Andrés . lenchaca, comisario Reyes y auxiliar Luis Torres, a cuyo cargo estuvo el descubrimiento del crimen.



Aureliano Mansilla, otro de los victimarios.

VICTORIA. — Por resentimientos personales, y dando pruebas de una ferocidad sin límites los sujetos León I. Avendaño y Aureliano Mansilla, alias El Negro, asesinaron ferozmente a Demetrio Paredes, alias El Paraguay, disparándole varios tiros y ultimándolo a puñaladas.

Para poner más de manifiesto sus sanguinarios instintos, los asesinos abrieron el cadáver y extrayendo sus vísceras las arrojaron en un arroyo cercano al lugar del suceso, y, con la siniestra intención de impedir la identificación de la víctima, desfiguraron su rostro cortándole la nariz y las orejas.

Este horrendo crimen, que sin la acertada actuación policial hubiera quedado impune, ha causado en esta ciudad la más viva indignación, esperándose para los criminales el condigno castigo.



Cadáver de la víctima.

Necrología



Señora Olinda Anselmi de Forastiero. — Capital.



Señorita Blanca N. Oberti. — San Antonio de Areco.



Señora Lucía Locatelli. — Rosario.



Señora Donata Posadas de Franke. — Rosario.



Señorita Colomba Betinotti. — Rosario.



Santiago Antonio Codegoni.— Lomas de Zamora



Señor Juan Bonel. — Rosario.



Señor Félix Alonso. — Rosario.



Señor Faustino Manrique. — Escobar.



Señor José Codegoni. — Lomas de Zamora.

La disparada del capellán



l cañón tronaba junto al arroyo de Pavón. Era el 17 de febrero de 1861. La juventud de Buenos Aires, dispuesta siempre a la defensa de los grandes ideales, había acudido presurosa al llamado de Mitre para resolver por las armas el grave problema de la organización del país, que reclamaba con urgencia su solución en cualquier terreno; y allá, en los campos de Palacios, en los límites de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, se habían dado cita todos aquellos patriotas que anhelaban ver grande y feliz al país donde nacieran.

Mitre había reorganizado sus tropas después de Cepeda y se preparaba para la batalla decisiva. El general Venancio Flores mandaba, a la derecha de aquél, cinco divisiones de caballería. Al frente de las demás figuraban jefes prestigiosos, probados en todos los terrenos, viejos militares como el general Hornos, los coroneles Paunero, Machado, Cascallares, Emilio Mitre, Rivas, Agüero y tantos otros a quienes animaba el nobilísimo ideal de la unión de la familia argentina. Y de aquí que podían verse mezclados entre aquellos veteranos a los jóvenes más conocidos de Buenos Aires, la muchachada estudiantil, los universitarios, en una palabra, los apellidos más ilustres de la capital. La verdad era que la elocuencia cálida y arrebatadora de Mitre llevaba en sí el entusiasmo y la pureza de las grandes causas que palpitaban en su espíritu generoso, como gritos de redención contra el desorden y la anarquía de aquellos tiempos. Urquiza lo sabía.

Aquel día debía, pues, decidirse la suerte de las provincias, la suerte de Buenos Aires, los destinos del país, y con ello la conquista de la paz, supremo bien de las naciones.

Un delirante entusiasmo patriótico, una convicción profunda de triunfo dominaba en todos los espíritus. Se presentía la victoria que había de coronar tanto sacrificio.

El primer cañonazo había partido de una batería situada en una pequeña eminencia del terreno, mandada por un oficial porteño, cuya conducta en la acción de Cepeda fuera muy admirada por sus jefes, quienes le recomendaran calurosamente a la superioridad en el parte oficial de aquel día.

El combate estaba empeñado. Las tropas del ejército de Buenos Aires ocupaban sus respectivas posiciones, hábilmente dispuestas. En breve el fuego fué generalizándose. El ejército de Urquiza se extendía a lo largo del arroyo; y al frente de sus divisiones se hallaban los generales Galarza, Francia y Juan Saá (el famoso Lanza seca).

Al sonar aquel primer disparo un caballo que parecía desbocado, conduciendo un jinete, se alejaba del campo de batalla en una carrera vertiginosa. El jinete era el capellán del ejército, un presbítero español muy popular en él. El pobre hombre se había sentido presa en aquel momento de un pánico horrible, y encomendándose a todos los santos de la corte celestial, compungido, poseído de un terror que le llevaba a santiguarse continuamente, puso los pies en polvorosa trepando en el primer caballo que halló a su paso, y apretando los ijares del «noble bruto» y animándolo con gritos y rebencazos, desapareció en la extensión inmensa de la verde campiña. De tiempo en tiempo había vuelto la cabeza y tapádose los oídos; y sin darse cuenta de que ya se hallaba a una discreta distancia de las balas, y que éstas no le alcanzaban en su huída, no cesó de apretar los ijares del animal que le conducía... ¿a dónde?, ¡a cualquier parte! Cansada la caballería, sudorosa, bañada en espuma, dando cabezadas, tascando el freno, como enfurecida, chocó contra el alambrado de una estancia, giró jadeante y espantada, deteniéndose luego sin fuerzas ya para seguir andando; y el capellán, más muerto que vivo, y prendido como un mono de la crin del animal, descendió pálido, sin alientos y se dejó caer al suelo tendiéndose en él cuán largo era. Abarcó con la mirada el horizonte, secóse el sudor que le corría abundante por la frente, levantó los ojos al cielo, lanzó un profundo suspiro, balbuceó luego una oración y, poniéndose de pie, libre ya de todo peligro, se encaminó hacia un rancho próximo donde una mujer, rodeada de varios chiquillos que jugaban con unos perros flacos y hambrientos, daba de comer a las gallinas que picoteaban las hierbas junto a éstos. Un gallo viejo y coquetón que se paseaba altivo, como un gran señor en medio de su harem, dió un salto y se posó insolente en los hombros del presbítero, como protestando de su intromisión en sus dominios. Agitó las alas y lanzó un do de pecho.

Entretanto la infantería de Urquiza huía a la desbandada desde los primeros momentos de iniciado el combate, y a poco el vencedor de Caseros abandonaba el campo de la acción seguido de cuatro mil entrerrianos. Una gran confusión se producía entre las filas de su ejército.

La victoria de Mitre era cuestión de minutos; y el bravo y viejo coronel Paunero, sereno en medio de sus valientes soldados, era proclamado general en el campo de batalla entre los vivas de su tropa enardecida, precisamente en momentos que su caballo caía muerto por una bala de cañón. El ejército de Buenos Aires, alentado desde los primeros instantes por la dispersión de la infantería enemiga y la huída de su general y de sus más caracterizados jefes, realizaba proezas. Pocas horas después caían en su poder casi todo el parque de Urquiza y gran número de prisioneros.

Las bandas entonaban himnos de victoria y el entusiasmo y la alegría invadía todos los espíritus de un extremo a otro del ejército de Buenos Aires.

El triunfo de Mitre era completo: estaba asegurada la unidad de la nación y el porvenir de la patria. Las exclamaciones no cesaban y los nombres de Mitre, Flores, Paunero, Hornos y de muchos otros jefes eran ensalzados en las filas en medio de las dianas del triunfo.

A los pocos días de librada la batalla el ejército de Mitre entraba triunfante, con banderas desplegadas y al son de marchas guerreras, en la ciudad del Rosario. Celebróse una misa de campaña en acción de gracias a Dios por el éxito de las armas de Buenos Aires, a cuyo acto concurrieron no sólo los vencedores sino también todo el vecindario de la localidad y sus alrededores. Las aclamaciones no cesaban y las flores caían a su paso y los obsequios de toda clase se multiplicaban. Las bandas militares prestaban mayor solemnidad al acto que se iniciaba.

Cuando se vió al sacerdote que se dirigía con el misal hacia el altar, y los presentes reconocieron en él al capellán del ejército que había huído de la acción al dispararse el primer cañonazo, se observó en la mayoría de los circunstantes una exclamación de sorpresa; y Adolfo Alsina, que mandaba un batallón de guardias nacionales, no pudo contener una pintoresca y expresiva interjección que oyeron complacidos los subalternos que le rodeaban; y una nueva y vivísima sorpresa experimentaron todos cuando notaron que seguía al sacerdote, en el solemne carácter de monaguillo, para ayudar la misa, nada menos que el alferez Florencio Madero, un imberbe que rayaba a la sazón en los diez y ocho años, y era el más travieso y vivaz de los muchachos incorporados a su batallón: de ingenio agudo, que se revelaba a cada momento en sus conversaciones pintorescas y chispeantes, era el predilecto del cuerpo. Camarada incomparable, formaba parte de aquel grupo de románticos que con Juan Chassaing, Ricardo Gutiérrez y otros jóvenes intelectuales se destacaban por sus talentos, sus entusiasmos patrióticos, sus arranques apasionados en aquel período un tanto turbulento de la política argentina en que los poetas que formaban en las filas del ejército cantaban en endecasílabos la alborada de la unión nacional y la grandeza de la patria. Aun se recuerdan hoy en la Argentina aquellas estrofas del tribuno popular, el inolvidable Juan Chassaing, el fogoso orador que electrizaba con sus arengas al pueblo de Buenos Aires, estrofas escritas en el campo de batalla y que empiezan diciendo:

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de eterno amor desconocido,
. . . .

Y todos, al ver a Madero desempeñando con tanta gravedad el papel de ayudante del sacerdote, comprimieron la sonrisa que saltaba a sus labios y se miraron de reojo los unos a los otros. Transcurridos algunos minutos y en el solemne acto de la consagración, cuando el sacerdote alzaba tembloroso el cáliz y pronunciaba las sagradas palabras del caso, se notó en él un movimiento extraño, una violenta nerviosidad que llevó al teniente Evergisto Vergara, que se hallaba en las primeras filas, a decirle al capitán de su compañía:

— ¿Qué tendrá el padre que se mueve como pavo en lata caliente?

Y el teniente Miguel Molina, al ver que se acentuaban más los movimientos del sacerdote, exclamó a su vez:

— ¡Está el padre como de boleras! ¿Qué diablos tendrá?

Mil ojos se fijaron en el capellán.

Pronto se supo la causa de tal inquietud: Madero se había arrodillado, y levantando la casulla del sacerdote, y dándose los consabidos golpes en el pecho, había elegido aquel momento para decirle con voz que llegaba claramente a los oídos del padre y de los numerosos militares que ocupaban las primeras filas:

— ¿Por qué disparó tan fiero, padre, el otro día?...

Y repitió tres veces la pregunta al compás de los tintineos de la campanilla.

A L B E R T O I . G A C H E



La mucama. — ¿Qué tienes, Juancito? ¿No te gusta tu hermanita?

Juancito. — ¡Preferiria que fuese un niño! Ahora mi primo va a creer que le imite, porque él tiene una hermana.



¡PREFERENCIA!

— ¡Vamos, buen señor, compre estas flores; embalsame a su esposa!
— No, gracias; prefiero hacerla incinerar.

De Tucumán



Aspecto de la plaza durante el gran mitin celebrado por los obreros últimamente, y en el cual pronunció un elocuente discurso el ex diputado nacional doctor Pinedo.

UN VICIO CARO

El profesor Foester, de Zurich, da cuenta de un hecho digno de ser citado, el cual demuestra los males del alcoholismo y lo que cuesta al estado.

Una mujer, Ada Furke, nacida en 1740 «alcoholista inveterada», murió a principios del siglo pasado dejando numerosa descendencia, cuya historia ha reconstituído el profesor Foerster.

De su profundo estudio resulta: 142 descendientes han sido vagabundos, viviendo de la rapiña y mendicidad.

62 descendientes han sido sostenidos por la beneficencia pública.

184 mujeres han llevado una vida públicamente infame.

76 personas han sido condenadas por diferentes delitos.

7 hombres por asesinato.

Esta terrible casta, sostenida por la caridad pública, hospitalizada en las prisiones o en los establecimientos de locos, ha costado en 65 años al gobierno suizo la suma de 6 millones.

He ahí las consecuencias de la bebida para el individuo, para la raza y para el estado.

PENSAMIENTOS

Moldear un pensamiento al capricho del deseo es abrir una brecha entre la VANIDAD y el SENTIMIENTO.

— Hay un orgullo que todo hombre debe tener en gran estimación: EL DE LA DIGNIDAD.

— Ser INDEPENDIENTE es vivir la libertad en todas sus formas.

ANILINA ALEMANA
VENUS

La única en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de géneros, seda, lana, algodón, sin dañar las telas por finas y delicadas que sean. No mancha las manos ni los utensilios. Es la única que da los colores más firmes y brillantes. Es la más sencilla, la más económica y la más segura de cuantas se conocen.

SOLICITE POR CARTA MUESTRA GRATIS
SE LA REMITIREMOS A VUELTA DE CORREO

20 COLORES

Negro	Rosa viejo
Azul marino	Rosa pálido
Violeta	Punzó
Lila	Kaki
Verde obscuro	Naranja
Verde claro	Vert-gris obscuro
Castaño obscuro	Bleu
Castaño claro	Azul celeste
Gris perla	Colorado
Amarillo	Vicuña

PRECIO DEL PAQUETE $ 0.80

EXIJA ESTA MARCA



CODINA & Cía.
TACUARI, 24 - Bs. Aires
Unión Telefónica 5850, Libertad.

Vd. puede vivir

13 días sin alimento,
3 días sin agua,
pero solamente

Tres minutos sin respirar

La consecuencia lógica es que la respiración se afecta, que los bronquios se irritan y el resfrío, más o menos intenso, sigue su proceso, degenerando en crueles dolencias si se abandona.

La Ciencia preconiza el uso del

Jarabe — Pastillas

Bronquialina Ruxell
REGENERADOR DE LOS PULMONES

tanto por sus excelentes condiciones curativas como por la rapidez y eficacia de su acción contra

Tos, Asma, Catarros, Bronquitis, etc.

De venta en todas partes, rechazándose el envase que no lleve la firma del

Concesionario:
FEDERICO TAUBER
Sáenz Peña, 890 - Buenos Aires

PRECIOS DE RECLAME
PARA LOS LECTORES DE ESTA REVISTA



AROS de moda, estilo antiguo, el par pesos...... **5.—**

ANILLO de oro Fix, 18 kilates, a $ **8.—**

EL PLESIOSAURO, prendedor de moda, esmalte negro, a **1.50** pesos......

Preciosos **AROS** con piedra fantasía, gran novedad, el par por sólo.... $ **3.—**

¡EXCEPCIONAL! La famosa lapicera con depósito de tinta «A. Waterman», con adornos enchapados en oro, pluma de oro, por sólo.......... $ 7.50
La misma, sin adornos, con cargador automático, pluma de oro, por sólo.......... $ 5.50

ANILLO sello de oro Fix 18 kilates, con monograma grabado, a... $ **8.—**

AROS de platina, gancho de oro, piedras finas en colores, a pesos...... **4.—**

Preciosos **AROS** de oro sobre plata, nácar y azabache, por sólo.... $ **3.50**

ANILLO CHINO DE SUERTE
De metal, $ 3.—
De plata fina, a pesos...... 6.—
De plata fina con esmalte, a $ 8.—

BONITO CORTAPLUMAS, hoja de acero fino «Solingen», con portamina para lápiz, niquelado fino, por sólo pesos.................. **1.50**

CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:
CASA MATUCCI
Avenida de Mayo, 1062 — Buenos Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada no

De Territorios



GENERAL PICO (Pampa). — El gobernador del territorio, comandante Arturo Núñez, acompañado por el secretario señor Manuel Degref, después de haber inspeccionado el desarrollo del acto electoral recientemente realizado.

Mesa electoral N.º 6, compuesta por los señores Domínguez, Brudaglio y Gandulfo y en la que alcanzaron un franco éxito los candidatos socialistas.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio, Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.


PRODUCTOS
SUPREMA
Armoniosamente combinados
el perfume sutil y delicado de las flores con ingredientes de óptima calidad, es la base primordial de la preparación de los exquisitos productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO Y AGUA DE COLONIA
Finísimo y adherente. La caja.......... $ 1.10
De exquisito perfume. El frasco.......... $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes
Productos SUPREMA.
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725 — Buenos Aires
Se remite gratis a quien lo solicite una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
2.20

Comentarios

De que suspendió el viaje, por múltiples razones,
Elpidio se ha enterado
y gime:
— Este Marcelo mató mis ilusiones.
¡Adiós, banda querida! ¡Adiós, bastón amado!

———

— Al Colón abonada
suele aprovechar bien la temporada.
Los contempla con ojos soñadores,
pues la enamoran todos los tenores.
— Es que tiene, según hoy sabido,
voz de bajo el marido.

———



— Viendo la iluminación
le dieron un pisotón
a un entusiasta de Alvear.
Y él se limitó a gritar:
«¡Viva la constitución!»

———



El intendente
no le ha premiado. Y él, fieramente
dice:
— ¡No es justo!
Un individuo que obra tan mal,
ni es un sujeto de muy buen gusto
ni es un Mecenas municipal.
A un novelista
de mi calibre, ¡todo un artista!
nadie, en conciencia,
puede tratarle como a un novel.
¡Que se retire de la intendencia!
¡No quiero nada con un Noel!

Su carácter feroz y atrabiliario
no sabe aprovechar. ¡Qué cosa rara!
Es un sujeto que ni sirve para
crítico literario.

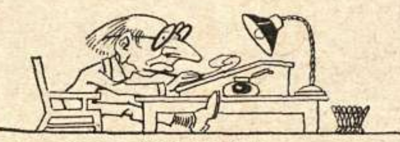
———

De una conversación entre señoras:
— Bailando es una artista verdadero.
¡Cómo baila la «Danza de las horas!
— Y se explica. Por algo es relojero.

———

— Vea usted lo que ocurre en Tucumán
y en Jujuy y en San Juan.
— El señor presidente supo aquí
lo que sucede allí
y está muy satisfecho, como ve.
Ha suspendido el viaje.
— Ya lo sé.
Es la demostración
de su satisfacción.

———



Imparcial historiador,
fundamentalmente serio,
de esta manera se ocupa
de sus héroes predilectos:
en público los alaba
y los calumnia en secreto.

———

Le Breton, con palabras elocuentes,
habla de cien proyectos sorprendentes
ante un grave concurso
de personas pudientes
que escuchan complacidas su discurso.
Y sale de repente disparando,
descortés o incorrecto,
sin saludar, gritando:
— Es que se me ha ocurrido otro proyecto.

———

— Marcó resuella por la herida
y dice cosas aplastantes
para los pobres estudiantes.
— Es un decreto infanticida.

———

A ese sujeto envidian mil sujetos:
— Tiene — al decir del que es más envidioso —
cuatro lustros, un libro de sonetos
y un puesto de escribiente. Es muy dichoso.

———



— Estoy harto de mi esposa;
pero hace poco advertí
que ella, siempre tan melosa,
también está harta de mí.
Yo estoy harto, ya lo sé
y no hay nada más que hablar.
En cambio, que ella lo esté
no lo puedo tolerar.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Pedro y Juan, por **F. Defilippis Novoa.** La mala suerte de Punto y Coma, por **Enrique M. Rúas.** Maneras de decir, por **Leonardo A. Bazzano.** El pescador de lo desconocido, por el **Vizconde de Lascano Tegui.** Un coleccionista, por **Samuel Glusberg.** Era un suave encanto, por **Alejandro Inzaurraga.** La corona de la vida, por **Rafael de Diego.** El horno, por **Guy Dent.** Por el sendero florido, por **G. Martínez Sierra.** Caperucita llora, por **Alvaro Retana.** El puesto embrujado, por **Carlos Wadsworth Camp.** El diamante Mazarin, por **A. Conan Doyle.** Bergamot y Garaska, por **Leonidas Andreiev.** El secreto de ella, por **Henry Duvernois.** Hombres célebres: Khuniaton, por **Eduardo del Saz.**